
Gorgni



Wille Arrúe

PRÓLOGO

Agradezco al Dr. Wille Arrúe, compañero en Salud Pública desde los primeros años del Plan de Salud de Neuquén, que me haya solicitado prologar su nueva obra dedicada a un médico genial que desde los años 60 hasta principios de los 80 del pasado siglo, tuvo una trayectoria que lo ubica entre los grandes hacedores de la medicina integral y social en la Provincia de Neuquén

Fue en el duro invierno de 1965 cuando conocí al Dr. Antonio Manuel Gorgni en el Departamento Minas de la Provincia de Neuquén. Por entonces, cumplía mi deseo de iniciar mi carrera de médico en algún pueblito donde mis servicios pudieran ser de utilidad.

Cuando el Director General de Salud Pública, el Dr. Jalid Mohamed Jalit, me ofreció el cargo de médico en el pueblo de Andacollo, me advirtió que me iba a encontrar con muchas carencias, que se trataba de un lugar muy pobre y que, si no me adaptaba en un par de semanas a esas condiciones, lo entendería y me daría otro destino. Por último, me señaló que, por algún lugar del Departamento Minas, Andacollo era su cabecera, se encontraba el Dr. Gorgni, un médico con el que es muy difícil comunicarse por su carácter cerrado y poco sociable. Pero el Dr. Jalit agregó, sin embargo, presiento que usted se va a llevar muy bien con Gorgni.

Durante el viaje de Neuquén a Andacollo mi ansiedad crecía por conocer el pueblito y ubicar a este médico que despertaba en mí una particular inquietud. Pero no pude ubicarlo de inmediato porque Gorgni andaba por Las Ovejas y la nieve impedía trasladarme hasta ese lugar.

Pasó un par de meses hasta que se abrió el camino y pude hacer el viaje. A Gorgni lo encontré en un pequeño cuarto que le había cedido el propietario de un almacén de ramos generales y que servía de vivienda y consultorio. Y tenía razón el Dr. Jalit, de entrada, se estableció entre los dos una relación que luego se convirtió en amistad, la que duró hasta que Antonio se fue de este mundo a fines del año 1983.

Era un hombre genial, de una inteligencia y talento que percibí apenas lo conocí. Sus virtudes se ocultaban detrás de una apariencia huraña que, cuando uno lograba disiparla, aparecía el ser bueno y transparente que desbordaba experiencias y conocimientos asombrosos. Tenía formación humanística y su gran inteligencia le permitió desarrollar una visión de la salud con elevado contenido social. Su gran obsesión era mitigar la pobreza y el hambre, dirigiendo su acción especialmente a los niños.

El Departamento Minas fue su ámbito, recorriendo largos caminos para llegar a parajes lejanos, perdidos al pie de la Cordillera del Viento. Gorgni recogía datos de las familias, proveía recursos de su propio bolsillo para que los niños tuvieran algo que comer, peleaba con las autoridades para lograr apoyo. Y muchas veces lo conseguía, a pesar de que él nunca quedaba satisfecho con lo que le mandaban.

Una renguera, secuela de una operación que le dejó rígida la cadera, le producía fuertes dolores que no alcanzaban a frenar su ímpetu de andar y de andar.

Por su carácter poco sociable, por huir de las manifestaciones de falso afecto, por dedicarse solo a su trabajo, por resistirse a cierto encuadramiento de su trabajo mediante órdenes y normas que le quitaban libertad, muchos lo consideraban un personaje aproximado a lo resentido, a lo cómico o grotesco. Otros, los que nunca faltan para emerger de su mediocridad criticando a los demás, llegaron hasta al insulto llamándolo el loco Gorgni. Pero para aquéllos que lo recibieron en su casa, que supieron de su bondad, de su inteligencia y de su afecto, su memoria pervive con el agradecimiento sincero.

El autor ha tenido la buena idea de escribir este libro que tiene el sentido de un homenaje, aunque no sea en rigor una biografía. Ha sabido rescatar los aspectos y pasajes de su vida recogiendo testimonios valiosos y, con mucho cuidadoso tino, ha imaginado escenas de la vida que hacen de este libro algo así como una historia novelesca, bien ubicada en el contexto histórico-social donde ocurrieron los hechos.

Se trata, en definitiva, de recordar con afecto y mucho respeto al gran médico y excepcional ser humano que fue el Dr. Antonio Manuel Gorgni.

Me cabe entonces la satisfacción de felicitar al Dr. Wille Arrúe por esta excelente iniciativa.

Horacio Lores.

PREPARANDO EL REGRESO

Corría el año 1958. Don Antonio Gorgni trabajaba como médico en la Marina Mercante de Suecia, en la empresa naviera Johanssen Line. Había arribado años atrás obedeciendo a sus impulsos de conocer mundo. Recorrió mares y continentes, se nutrió de experiencias, conoció lugares, personas y culturas, pero siempre con la intención del retorno.

Su vocación la tenía clara. Siempre entendió la medicina como un medio de operar en lo social. También tenía definido su territorio: algún sitio en la cordillera del norte neuquino, que conocía de niño. Pretendía acompañar a aquellas familias de crianceros de chivos y ovejas que le mostraron un modo de vida sostenido en la solidaridad en un marco de pobreza extrema. Todo en medio de valles con sauces otoñales y aguas serpenteantes entre montañas matizadas por toda la gama del arco iris. Nada que ver con el modo citadino en el que creció, signado por la exigencia del éxito en una dura competencia por el tener, en un ambiente donde reinaba el ruido y el gris del cemento.

Pero todo exigía su tiempo. Quizás el suyo del regreso se definió cuando se separó de Greta, la única pareja que se le conoció. Volcada a la música desde su infancia, era primer violín en la Filarmónica Sueca, y viajaba por todo el continente constantemente para responder a la demanda que su arte le exigía. Había compartido con ella un tiempo de felicidad y no le cerraba la idea de arrastrarla en lo que denominaba su delirio, tan diferente al camino que ella había armado en su vida. Si bien manifestaba su deseo de acompañarlo, don Antonio entendía que la renuncia a su proyecto le sería catastrófico. La prudencia –que no era clienta habitual en la agenda de don Antonio- le exigió una decisión dolorosa pero inspirada en la intención de no lastimarla.

Y fue así que aquella mañana don Antonio ingresó en las oficinas de la naviera en Estocolmo. Había acordado dos días atrás una entrevista con el Director de Personal, don Olaf Petersen, quién lo aguardaba en su despacho. Corpulento, con rasgos nórdicos definidos y actitud resuelta y jovial, lo recibió con un cálido, aunque enérgico apretón de manos.

- Buen día, doctor Gorgni. Lo estaba esperando. ¿Le sirvo un café?
- Gracias señor. Le acepto porque no hice tiempo para desayunar.

El atento directivo lo preparó rápidamente acompañado de unos scones de su predilección. Con un ademán lo invitó a sentarse y en tanto degustaban la humeante infusión entró en tema inmediatamente:

- Recibí su nota y le asigné prioridad de tratamiento.

El diálogo entablado en un marco de respeto y cordialidad por ambas partes hablaba de afecto.

- ¿Qué podemos hacer por usted, doctor? Nos anuncia su deseo de renunciar. Usted nos adelantó cuando ingresó de su intención de retornar a su patria natal, pero confieso que esperábamos que cambiara de idea.

- Es verdad que me he sentido muy cómodo con ustedes y con la tarea, pero entiendo que llegó el tiempo del regreso. Usted merece que le sea sincero y directo.

- ...

- Me ha surgido una oportunidad para hacer realidad mi vocación, en el lugar y con la gente que conocí en mi niñez. Y siento que no puedo ni debo desaprovecharla.

Ambos guardaron silencio, como digiriendo la definición. Y don Antonio prosiguió:

- Y debo decirle que la decisión ha sido meditada a pesar de costos que debo aceptar.

- Lo entiendo, don Antonio. Más allá de nuestra sorpresa.

- La mantuve en reserva hasta que se la envié. Y quiero aclararle que es de carácter personal. Estoy muy conforme con el trato que recibí por parte de ustedes.

El diálogo transitó fluido hasta que don Antonio entendió que era prudente retirarse.

- Agradezco que me hayan brindado la oportunidad de trabajar con ustedes. Quiero que sepa que me enorgullece haberlos acompañado este tiempo y que me hayan aceptado a pesar de ser extranjero.

Una sonrisa blanqueó el rostro habitualmente ceñudo de don Antonio. Señal de su sinceridad.

- Nosotros también estamos conformes con usted y su desempeño. Y nos gustaría que siguiera en su puesto actual. Por ello necesito que le quede claro que respetamos su elección. Y sepa que tiene las puertas abiertas para que regrese cuando desee.

Se fundieron ambos en un estrecho abrazo, expresión del afecto mutuo que se profesaban.

Un quiebre más necesario para emprender una etapa que asomaba incierta pero plena de esperanza.

Al llegar a su departamento ubicado en el centro de Estocolmo, se tendió en la cama e hizo un somero balance de situación.

Ya las cartas estaban jugadas. En pocos días embarcaría rumbo a la Argentina. Tras intercambio de correspondencia había definido con el Director Provincial de la cartera su ingreso a Salud Pública del Neuquén. Allí debería definir el lugar en recorridas que iniciaría lo antes posible. Conocía la carencia de médicos en el territorio por lo que sabía que sería bienvenido. Tuvo la precaución de informar que portaba una lesión tuberculosa por lo que tenía fijada su cadera, lo que le dificultaba la deambulación y le provocaba dolores. No mencionó que para amenguarlos utilizaba cada vez con más frecuencia el alcohol. Es que los analgésicos habituales ya no lo sostenían.

No le cerraba volver a Bahía Blanca, donde residía su familia de origen y de la que estaba alejado. Rechazaba el estilo autoritario de su padre y la impotencia de su madre, y con sus hermanos tenía un trato distante. Tampoco apreciaba el ámbito urbano. En cambio, se ilusionaba en instalarse en algún lugar de la cordillera y compartir con su gente. La conocía de pequeño y había estudiado en profundidad su historia y geografía. También se inició en los vericuetos del mapudungun, la lengua de los pobladores originarios.

Por sobre todo necesitaba expresar su vocación solidaria social, para así encontrarse consigo mismo y acceder a la esperanza. Había llegado su tiempo.

BALANCEANDO TIEMPOS

Hacia dos días habían zarpado desde Estocolmo en dirección a Buenos Aires. Don Antonio gozó del apoyo por parte de la empresa naviera donde trabajó un prolongado tiempo: pasajes y viáticos de recompensa por los servicios prestados, además de la seguridad de reingreso si así lo decidiera. Don Antonio también les estaba agradecido.

Su interior bullía en la contradicción. Por un lado, el dolor por alejarse de Greta, que lo había acompañado en tiempos difíciles y por el otro, la alegría por intentar cumplir con el sueño que portaba desde niño: vivir en la Cordillera del Viento acompañando a las familias crianceras.

El viaje proponía lo habitual: comidas con los pasajeros o con la tripulación, las consabidas tertulias, los reencuentros con conocidos. Pero también y como siempre, el ubicarse en su lugar preferido, el último asiento de la cubierta de popa. Allí se ensimismaba contemplando la turbulencia provocada por la propulsión del enorme vapor. Se procuraba así un presente de introspección para ordenar un poco el vaivén de los tiempos pasados y por venir, en un juego en el que la esperanza campeaba por encima de la incertidumbre.

Y acompañado por el ronroneo de las turbinas don Antonio se encontró con el recuerdo de su familia. Ambos padres, don Antonio y doña Ángela, con un vínculo en ocasiones conflictivo. Antonio, el mayor de cinco hermanos, se rebelaba con la rigidez de su padre, en tanto que su madre lo sobreprotegía. Con sus hermanos mantenía una relación distante.

Todo ello determinó su estilo retraído y huraño. No tenía amiguitos, solo acompañantes escolares. La única persona que le expresaba amor era su mamá, aunque muchas veces se sentía invadido.

La casona familiar era muy espaciosa y cercana a la escuela de la congregación salesiana donde concurría. De una planta, lindaba con la zona de chacras. El primer patio, con jardín, bancos y mesa, rodeado por una galería a la que daban varias habitaciones. El patio de atrás, su preferido, tenía gallinero, huerta y algunos árboles frutales. Allí acostumbraba jugar con su perro, un ovejero apodado Yip, con el que desarrolló un vínculo muy cercano. Murió en un accidente vial y fue su primera gran pérdida afectiva.

En dicho patio estaba su rincón, el escondrijo protegido por un sauce llorón, donde se ocultaba del asedio familiar. También solía tenderse en el suelo debajo de su cama, o en el techo, al lado del tanque de agua. Y siempre con su lectura de turno. En un principio

revistas, atraído en parte por los dibujos. Pero muy pronto se impusieron Salgari, London, D'Amicis, Dumas. Sus padres adquirieron con buen criterio la Biblioteca Billiken, con las colecciones Verde, Roja y Azul. Después de Editorial Jackson, El Tesoro de la Juventud, con sus veinte tomos tapa dura de color marrón, y por si fuera poco el Mundo Pintoresco. Todo un universo a descubrir que compartía con sus hermanos y disfrutaba con fervor. Luego llegó el tiempo del acceso a la biblioteca de su padre, bien nutrida, por cierto, donde abrevó su sed de conocer. Así se internó en el mundo de los clásicos y contemporáneos. Y como le fuera poco se hizo asiduo concurrente de la biblioteca pública.

Esa necesidad de saber, nunca satisfecha, lo acompañaría toda su vida.

La escuela primaria de su ciudad la transitó con sensaciones contrapuestas. Poseía una tremenda facilidad para estudiar, lo que impulsó el recelo de sus compañeritos que lo hicieron blanco de agresiones. Sus docentes, a veces, intentaron protegerlo. Su estilo solitario se reflejaba en sus juegos: balero, bolitas, tiro al blanco con su gomera. De deportes - excepto el ajedrez- ni hablar. Directamente no entendía el gusto de sus pares en correr alocados tras una esfera que picaba.

Antonio respondía a las agresiones de sus camaradas con su estilo, rehusando acompañarlos y refugiándose en sus lecturas.

Muy pequeño sufrió una tuberculosis ósea que requirió un agresivo tratamiento médico. Y fue entonces que comenzó su relación con el doctor José Rosenbaum, dueño de una exquisita sensibilidad y con el que supo construir un vínculo afectuoso que trascendió en mucho lo terapéutico. Era referente regional de enfermedades infecciosas. Se había formado en el hospital Muñiz de Buenos Aires.

Luego de estar internado, las consultas se transformaron en domiciliarias. Concurría al hospital solamente para hacerse análisis o radiografías, por otra parte, escasas pues el galeno prefería valerse de la clínica, para la que era muy dotado.

Inicialmente el puente fue el ajedrez, para el que Antonio era particularmente hábil, y pronto se expresó en la pasión mutua por los libros, que borró del todo la diferencia generacional. El galeno aportó su profunda vertiente humanística y el niño su incipiente creatividad. Y así surgieron coautorías en forma de sonetos o cuentos. O las lecturas a dúo. Esa llamativa amistad contó con el respeto de sus padres, aunque no acababan de entenderla.

La escuela primaria la completó sin faltar un solo día a clase. La autoridad, paterna o de los pedagogos, no influyó en ello para nada. Por el contrario, el aprender era el

refugio elegido por Antonio para enfrentarla. Su espíritu crítico en ocasiones provocaba en los adultos inquietud. No ahorra sus cuestionamientos ni energías a nadie. Aunque también construyó vínculos con algunos que simpatizaron con su firmeza y capacidad.

Al iniciar el ciclo secundario su padre decidió que cursara el secundario en Buenos Aires, en el colegio Euskal Echea de Lavallol. A pesar de la débil oposición de su madre que aducía que no estaba preparado para ello. La elección se fundaba en la exigencia de una formación religiosa y de excelencia académica, no garantizada a su entender en el medio local.

Esos años los transcurrió internado en el colegio, y en las vacaciones retornaba a la casa familiar. No pudo lograr que su padre accediera a externarlo pesar de sus reiterados pedidos. Fue entonces que se profundizó su carácter hosco a la vez que se potenció su formación intelectual, quizás compensando así su limitación física.

Al finalizar sus estudios secundarios sufrió una pérdida. Fue la primera de las muchas que le infligió la vida. Su amigo y mentor, el doctor José Rosenbaum, falleció por un accidente de tránsito. Tras cartón y sin mediar ninguna explicación, dando muestras de su estilo resabiado, rechazó la medalla que su colegio otorgaba al egresado sobresaliente. Nunca explicó su conducta. Y ya en esos trances, tampoco aceptó la orden paterna de ingresar al seminario.

Ya para entonces Antonio había intuido el camino que quería recorrer en su vida.

CONTINÚA EL BALANCEO

Mientras transcurría el viaje intercontinental, el vapor seguía atravesando olas y desparramando turbulencias en su popa, al compás de los recuerdos de don Antonio en su sendero rumbo al lugar añorado. En tanto escanciaba la ginebra de su inseparable petaca, imprescindible analgésico para su cadera y su espíritu melancólico. Rememoró así aquel primer encuentro con la cordillera neuquina. Fue en aquellas vacaciones de verano cuando con su familia se dirigieron a la estancia de don Marcelo Gregorini, en los alrededores de la Cordillera del Viento, a la vera del camino entre Chos Malal y Andacollo.

Aquel lejano viaje en el clásico Ford V8 fue pleno en emociones. Surcar la versátil geografía lo impactó profundamente. Se habían sucedido llanuras pletóricas de verde, pampas salitrosas, ríos que refrescaban el espíritu y calmaban la sed, pueblos y ciudades con matices para todos los gustos.

Y así el pequeño Antonio se distraía contando los postes al costado del camino, adivinando los animales con los que se cruzaría, o leyendo los libros que previsoramente había seleccionado. En tanto sus hermanos peleaban por quién se sentaba al lado de alguna de las ventanillas del sector posterior del automóvil.

Hasta que, de pronto, se toparon con la Cordillera del Viento en toda su plenitud: los montes con sus arroyos cantarines que descendían serpenteantes esquivando chivos y sauces, y por sobre todo la simpleza de los pobladores que los recibían en cada parada que hacían.

El estanciero, amigo de su padre con el que además sostenía vínculos comerciales, residía con su familia en los alrededores de Andacollo, un pueblito encantador. Se alojaron en el casco del establecimiento y se inició para los niños un tiempo de descubrimientos felices. Los paseos a caballo o en sulky, el corretear con los corderitos, el buscar huevos en el gallinero para la tortilla del almuerzo, y así.

Pero para Antonio la impronta fundamental de aquel viaje fue el encuentro con las familias crianceras de chivos y ovejas. Fue a través del capataz de la estancia, don Arzobindo Llanquitar, que conoció a los niños del lugar. No dudó en sumarse a sus recorridos acompañando las majadas por los montes, contagiado por la alegría y ya lejos de las antiguas competencias escolares con sus pares urbanos. Así aprendió a jugar con piedritas que encontraban a su paso, a contonear su cuerpo en las primeras danzas inocentes y a hacerle cosquillas al cielo con barriletes armados con papel de colores y

engrudo casero. A su vez aportó lo suyo: balero, figuritas, revistas y relatos de sus lecturas urbanas, que fueron atentamente escuchados por sus pequeños camaradas en ronda. De ese modo transcurrieron entre otros muchos los vaticinios de Verne y las aventuras de Sandokan, los recorridos de pequeños héroes viajeros y las historias de la selva. En reciprocidad los pequeños crianceros le revelaban los secretos de los arroyos y las leyendas de los cerros. Se sorprendió cuando advirtió que en dichos trances se olvidaba del dolor de su cadera.

Ya estaba lanzado en la aventura del compartir. Lejos habían quedado los tiempos del aislamiento tendido bajo su cama y de las burlas de sus compañeritos. Le sorprendió sentir la alegría en su alma al aceptar y ser aceptado.

Para su fortuna durante algunos años el norte neuquino se constituyó en el espacio de vacaciones estivales de su familia. Pudo así saborear reencuentros y construir desde el deseo su lugar en el mundo.

Y así entre recuerdos y sueños transitando por su interior, aquella tarde divisó a lo lejos la bahía de Guanabara. Prestamente se dedicó a preparar el desembarco. Es que coincidía la escala en Río de Janeiro con la celebración del famoso Carnaval Carioca.

Se había entusiasmado con la posibilidad de disfrutarlo. Sabía del colorido del acontecimiento, de la festiva creatividad de las Escolas de Samba, y se felicitaba de la oportunidad que la vida le brindaba. Tal vez se animaría a mecerse en un baile con alguna mulata que lo hiciera olvidar su tristeza, su dolor de cadera y quizás hasta a Greta.

AVANZA LA CERCANÍA

Transitaba la última parte del viaje marítimo. Se le estaba haciendo corto a pesar de su ansiedad. Absorto en los recuerdos o avizorando el futuro inmediato, se fueron sucediendo las distancias.

Atrás había quedado el Carnaval de Río. Lamentaba no haber podido participar pues se agarró una borrachera de aquellas. Maldijo su limitación en controlar la ginebra. Es que tras el primer sorbo le costaba no proseguir. Encima, el calor anuló el deseo de salir de su camarote, donde al menos el ventilador de techo lo habilitaba con su ronroneo a seguir respirando. El insomnio lo terminó de complicar.

Al otro día llegaría a Buenos Aires. Era entonces el tiempo del gobierno del doctor Frondizi. Hacía un par de meses que se comunicó con el doctor Gervasoni, Director de Salud de la recientemente creada provincia neuquina. Don Antonio le había manifestado su deseo de trabajar en el norte de la misma, en zonas rurales. Acompañó la solicitud con sus antecedentes profesionales. Inmediatamente le ofrecieron un cargo de médico. La respuesta le informaba que la necesidad era acuciante: los índices de mortalidad infantil - signo primordial del estado de salud colectivo - eran alarmantes. Se requería con urgencia de profesionales de la medicina. En toda la provincia solamente había treinta y cinco ejerciendo. La mayoría radicados en la ciudad capital.

Con decisión don Antonio aceptó la propuesta definiendo su regreso. Necesitaría recorrer para ver dónde se radicaría. Le atraía la cordillera norteña, no tanto por el paisaje - sin duda bello - de los valles surcados por los ríos cuajados de sauces, sino por la modalidad de sus pobladores rurales, criollos tanto como originarios pertenecientes al pueblo mapuche. La alegría de los mayores disfrutando de las cuecas, de los niños jugando con los chivitos y las recorridas de los veranadores lo había subyugado en aquellos sus ya lejanos tiempos infantiles. Ya era el momento de sentar cabeza y hacer propio aquel lugar en el mundo.

Mientras continuaba - como era su rutina - sentado en la popa contemplando el torbellino de espuma generado por el vapor, se adentró en los difíciles tiempos de su formación. El temperamento hosco y beligerante que portaba no lo había ayudado en absoluto. Conflictos relacionales especialmente con los docentes prolongaron su carrera innecesariamente. La dificultad no radicaba en su capacidad intelectual ni en su compromiso con el estudio.

El ingreso a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires se precedió de una difícil lucha con su padre que pretendía que se hiciera sacerdote. Al fin lo tuvo que aceptar, dada la férrea determinación de Antonio. Aunque le advirtió que el apoyo económico iba a ser menguado. Eran tiempos difíciles.

Se alojó en una pensión cercana a la Facultad y comenzó a cursar las materias iniciales. El dinero no le alcanzaba para libros por lo que concurrió en un principio a la biblioteca de la institución académica. Al poco tiempo cambió de preferencia. La biblioteca del Maestro, en la calle Pizzurno, si bien algo alejada, le resultó mejor. Era mucho más tranquila, disfrutaba a través de las ventanas de una hermosa plaza a su frente y estaba bien provista de los libros que necesitaba. Sobre todo, también tenía buenos ejemplares de otros rubros. Ya por entonces Antonio demandaba lecturas de ciencias sociales y psicología. Y los devoraba, a pesar de la exigencia de la carrera formal emprendida. Claramente se había convertido en un adicto a la lectura. También le hacía a la escritura, aunque no compartía con nadie su producción, que consistía en cuentos y poesía. Acostumbraba a redactar largas cartas a su madre. Las aprovechaba para hacer una suerte de balance de su transcurrir cotidiano.

Al poco tiempo ya se había empoderado de un sitio en el recinto de los libros, en el extremo opuesto a los ventanales que daban a la plaza. Lo compartía, tres asientos mediante, con un taciturno personaje: alto, enjuto, de aproximados sesenta años, con una nariz prominente. Éste, los lunes, miércoles y viernes de modo indefectible ingresaba a la hora de apertura y se retiraba a la hora de cierre. Dejaba apoyada en un árbol de la plaza su vieja bicicleta y portaba un bolsito de tela con su frugal almuerzo y equipo de mate. Siempre vestía un viejo saco azul remendado en los codos y una boina colorada rutilante. Una insignia en su solapa refulgía: la A del anarquismo.

Entretanto Antonio se dedicaba con alma y vida al estudio. Si bien la remesa mensual era mínima, sus gastos eran también reducidos. En la pensión compartía la pieza con dos personas más - en general obreros de la construcción - que variaban periódicamente. Solía retirarse a almorzar al comedor universitario, que por estar subsidiado era muy accesible. Pero muchas veces prefería no interrumpir la lectura por lo que se conformaba con alguna fruta. Muy de vez en cuando se acercaba al cine Lorraine, en la calle Corrientes. Siempre en soledad, no le daba la vara para cotejar alguna compañera de cursada.

Recordó aquella tarde en que decidió iniciar la lectura de “La Guerra y la Paz”, de León Tolstoi. Ya había repasado lo referente al parcial de Anatomía y del Testut había

extraído los secretos que portaba. No era menor el desafío. Los varios tomos de la obra sobre la invasión napoleónica a la Rusia zarista le exigirían un tremendo esfuerzo, casi incompatible con la demanda académica. Pero los autores rusos lo apasionaban. Ya había leído Dostoievski, Gogol y Chejov.

- Parece que la medicina va a perder por goleada.

El comentario del por tanto tiempo callado compañero del rincón bibliotecario lo sorprendió. Nunca habían intercambiado palabra, aunque ambos se sabían percibidos.

- Y hay más tomos que esperan. Osada la aventura.

Las miradas de ambos se toparon. Primero la de Antonio reflejó perplejidad, pero inmediatamente se tornó en interesada.

- Hace rato que le tenía ganas, pero siempre hay mucho para estudiar.
- Menudo conflicto Tolstoi versus Testut.

Evidentemente el personaje sabía de lo que hablaba. Y como acostumbraba a esa hora don Ignacio Andreu se levantó con su termo y mate a degustarlo en la plaza, aunque esta vez ofreció compartirlo a su joven interlocutor. Entusiasmado, Antonio aceptó el convite.

Don Ignacio era luthier. Su especialidad eran las guitarras de concierto. Se había iniciado en el oficio en su Cataluña natal, en los alrededores de Barcelona. Cuando relató que la pasión por los libros lo sustraía de su trabajo, Antonio sintió una corriente de identificación. Generaba con su tarea artesanal lo estrictamente necesario para sobrevivir.

La mutua empatía fue fulminante. Atrás quedaron los tiempos de las lecturas en soledad. Compartieron inquietudes y autores, experiencias y proyectos. La diferencia generacional no fue una dificultad. Por el contrario, la diversidad se constituyó en un incentivo para el vínculo.

La historia contemporánea era el tema preferido, pero no les rehuían a las otras ciencias sociales. Además, don Ignacio se reveló también como poeta de categoría. Aunque tenía contados lectores.

- La poesía es para el sentir de uno mismo. La prosa tiene habitualmente más sentido de conjunto y transmite sobre todo comprensión. No todo es igual sobre el papel.

Era su punto de vista. Para qué discutirle. Pero, de todos modos, compartió sus versos con su joven contertulio. Muchos de ellos inspirados en la temática de la Guerra Civil Española, de la que había sido actor.

En su Cataluña natal sus padres le transmitieron la pasión por la libertad y la lucha contra el poder que las instituciones ejercían sobre las personas. Ello determinó que por temporadas para ver a su padre - dirigente de la FAI anarquista - debiera visitarlo en la cárcel ya que la lucha independentista era - y sigue siendo - sancionada por el poder central.

Cuando el levantamiento contra la República Española, Ignacio debió enfrentarse a un dilema. Su concepción le impedía tomar las armas, pero no aceptaba la imposición que proponían los insurgentes. No empuñó el fusil, pero sí se alistó como miliciano desarmado. A veces era camillero, otro enfermero, más de una vez médico improvisado. Pero siempre en el frente, sin rehuir el dolor y la muerte. También solía desempeñarse como mensajero, tarea en la que sobresalió gracias a su energía, compromiso y conocimiento cabal del territorio.

Se hizo un lugar muy propio en las Milicias Antifascistas de Cataluña, en la renombrada Columna Durruti, operando en Barcelona y luego en el frente de Aragón. Allí participó activamente en la colectivización campesina, y en la capacitación de las Milicias de Mujeres Libres.

Por último, estuvo en el No Pasarán cuando la Batalla por la Defensa de Madrid, en 1936. Tras la derrota del bando republicano, huyó y lo alojaron en un campo de concentración francés. Con la complicidad de los guardias se embarcó como polizón en un carguero que lo depositó en Buenos Aires. La Argentina fue un país muy receptivo para con los refugiados republicanos.

Cuando terminó su pipa don Ignacio, y con ella su relato, ya era de noche en aquel banco de la plaza Pizzurno. Con la circunspección que lo caracterizaba, se despidió de Antonio, tomó su bolsita de lona y montó su vieja bicicleta. Y antes de retirarse, musitó a modo de despedida:

- La libertad es también dolor. Pero peor es el sufrir de la resignación.

AVANZA LA CERCANÍA -2-

El vínculo con don Ignacio no tardó en profundizarse. Como que estaban hechos el uno para el otro. De alguna manera, revivió Antonio el que había experimentado en su niñez con el doctor José Rosenbaum. Al menos el puente - el literario y la sensibilidad por lo social - era común a ambos referentes.

A su través conoció nuevos autores, y con ellos una dimensión - la política - hasta entonces no transitada. Así aparecieron además de León Tolstoi, David Thoreau, Pierre Proudhon, Mahatma Gandhi, George Orwell - con quién había compartido la lucha en la Guerra Civil en su Cataluña natal -. También los locales, entre ellos José Ingenieros y Florencio Sánchez. Todos ellos referentes de un movimiento que pretendía Libertad y denostaba el Poder.

Extensas discusiones se sucedieron entonces. Antonio planteaba que el deseo no implicaba la posibilidad, y la cuestionaba por utópica. Don Ignacio lo rebatía aludiendo a los modos de las comunidades primitivas. Además, en el tiempo contemporáneo, a las experiencias de colectivización campesina en las que había participado en Cataluña y Aragón. La Comuna de París también tenía un lugar en sus relatos. A su vez Antonio apelaba a que el fenómeno de la Guerra Civil había sido determinante pero puntual, y no trasladable a otras situaciones. Y así se sucedían réplicas y contrarréplicas enmarcadas por el afecto y la sagacidad de los duelistas, que devinieron en sueños repletos de esperanza más allá de las frustraciones de la vida cotidiana. Llegó también el tiempo de las confidencias, hasta ese entonces nunca enunciadas por Antonio. Las familiares, sobre todo.

En eso andaban cuando el estudiante recibió la noticia de que sus padres le recortarían la mensualidad drásticamente. Una enfermedad de su hermana así lo exigía. Fue así que Antonio realizó un viaje a su lugar natal para solidarizarse con su familia en dicha situación.

A su regreso aceptó el ofrecimiento de don Ignacio para compartir su humilde morada en aquel conventillo en Barracas. El joven extendía a la noche un catre en el pequeño cuarto que hacía de taller de luthería cocina y comedor. En otro cuartito estaba el mimeógrafo y las resmas de papel donde el catalán imprimía su gacetilla periódica llamada Tierra y Libertad, donde tanto denunciaba atropellos a la dignidad de las personas como proponía un mundo basado en relaciones de solidaridad, paz y respeto.

El joven ayudaba a su benefactor en la confección de las guitarras, lo que se había convertido en la base del sustento de ambos. También distribuía el periódico cuando podía tirarse. Vale decir cada muerte de obispo. Así se acostumbró a participar en las reuniones periódicas con el grupo de ácratas convocados por la gacetilla. En ellas diseñaban su contenido, colaboraban con su sostenimiento, y por sobre todo compartían sus delirios en la construcción de un mundo ideal.

En tanto continuaba sus estudios de medicina. Se incluyó como practicante en la guardia del Hospital de Clínicas un par de días por semana, con lo que adquirió experiencia. Oportunamente se empleó como sereno en un depósito de forrajes y distribuidora de alimentos del barrio. Aprovechaba el empleo para estudiar, y cursaba las materias de mañana relegando las horas de descanso al horario vespertino. Su ingreso era el único fijo de aquella peculiar sociedad. La disminución de su aporte a la producción de guitarras la compensó con una mesada económica. A pesar de las protestas de don Ignacio se hizo cargo de los servicios: agua y luz. También aportaba alimentos y otros recursos para mantener el hogar. De a poco el habitáculo común se fue convirtiendo en un espacio acogedor. Gracias a ello pudo su ocupante originario continuar con su dedicación a la literatura.

El compromiso de Antonio para con su formación médica crecía a medida que avanzaba en ella. Sus exámenes eran sobresalientes. También su vínculo con los pacientes le proporcionaba grandes satisfacciones. Llamativamente, quizás por su carisma, su hosquedad habitual no complicaba su tarea. La Pediatría era su punto fuerte, siempre en el marco de la Medicina Social. Además de su participación en las salas y guardia de emergencia del Hospital de Clínicas, muy cercano a la Facultad y a la Biblioteca del Maestro - que seguía siendo el espacio de estudio preferido - Antonio desarrolló una intensa actividad social en los nuevos barrios de emergencia. En ellos se radicaban migrantes procedentes del interior del país. En búsqueda de trabajo escapaban de la pobreza reinante en sus lugares de origen. Ya se había lanzado el tiempo de la industrialización en la metrópolis porteña.

Y llegó aquella noche en que, luego de compartir una cena frugal, don Ignacio le espetó la pregunta que rondaba en la interioridad de Antonio:

- Ya estás para recibirte de médico. Unas pocas materias por lo que me contaste.
- Sí. Estimo que en plazo corto completaré mi grado.
- ¿Y qué rumbo planeás para tu vida?

- Mi deseo es dedicarme a la Medicina Social y escribir. Pero aún no sé dónde, ni cómo.

La mirada de don Ignacio reflejó comprensión y deseo de ayudar.

- Para elegir tenés que conocer más. Supongo que lo habrás pensado.

- Lo venía pateando para adelante - un encogimiento de hombros transmitió sus dudas - pero creo que viajaré por algunos lados antes de elegir.

- Es buena idea. Pero no te dejés ganar por el tiempo y andá armando oportunidad. La vida pasa volando y las ganas hay que aprovecharlas.

- También ésa es buena idea.

Un abrazo cálido selló la conversa. Nuevos rumbos se avecinaban.

LA SORPRESA DE DON IGNACIO

Hacía tiempo que don Ignacio había dejado de concurrir a la biblioteca. En su lugar, y por cierto llamativamente, se quedaba trabajando en la confección de guitarras, las que vendía con celeridad. Por supuesto despertó la curiosidad de Antonio, sobre todo porque la acumulación no era el fuerte de su querido mentor y compañero.

- ¿Qué anda pasando que está trabajando tanto? Parece que hasta los libros quedaron para mejor momento.

- Como te dije la otra noche, querido Antonio, hay cosas que no es bueno dilatar.

Sin duda era algo fuerte lo que el luthier catalán estaba gestando. Inquieto, pero, sobre todo, deseoso de apoyarlo, Antonio prosiguió:

- ¿Y en qué lo puedo ayudar, si se puede saber?

- Te acordarás lo que te comenté de la India.

- Sí, claro. De hace mucho lo veo entusiasmado con el movimiento liderado por Gandhi.

Antonio se sentó y luego armó el mate de compartir confidencias.

- Recuerdo la historia de su desempeño en Sudáfrica. También cuando volvió a la India. Sobre todo, lo de la marcha de la sal y el cuestionamiento al consumo de los productos industriales textiles de Inglaterra. Llamativo, aunque dudoso modo de procurar la independencia. Para eso se necesitan ejércitos.

Ignacio, tomando su mate, contestó:

- En realidad vengo siguiendo de cerca ese proceso que aparece muy difícil. Pero, hombre escéptico, la fe mueve montañas, y la esperanza conmueve imperios.

Luego de recibirle el mate, Antonio arriesgó una hipótesis:

- Me imagino qué es lo que le atrae.

Don Ignacio lo miró intrigado:

- ¿Qué se te ocurre?

- Creo que está enganchado sobre todo por el Satyagraha, eso de la Desobediencia Civil. ¿Era así como lo dijo el otro día? ¿Acaso no le dedicó al tema los dos últimos números de Tierra y Libertad?

Una sonrisa de asentimiento del siempre esperanzado catalán lo corroboró.

- Mahatma quiere decir Alma Grande. Y sin duda hace honor a su nombre. Y la estrategia de Desobediencia Civil que propone está dando enorme resultado.

Mientras devolvía el mate don Ignacio prosiguió,

- Como que deja a los ingleses en una posición muy frágil. Dueños de un poder basado en la opresión, y huérfanos de legitimidad moral.

- A mí lo que me llama la atención es la respuesta del pueblo indio - acotó Antonio -.

- Pero no es fácil la cosa. Hay fuerte represión por parte de la Corona. Y además resistencia interna por la situación de los musulmanes.

- Entiendo. ¿Qué podríamos hacer para dar una mano?

Rápido de reflejos, don Ignacio respondió:

- En principio, difundir la situación. Los diarios y la radio casi no hablan del tema. Yo intento desde mis escritos en nuestra hojita, pero es muy poco. Y como decía David Thoreau, luchar para que la violencia deje de ser el modo de resolver las cosas. Sin olvidar que tenés que definir en qué lugar vas a tratar de ser feliz y ayudar a otros que lo sean.

- ...

- El modo de cambiar lo que hay que cambiar es querer lo que uno hace. Y para eso hay que hacer lo que uno quiere.

- ...

- Por otra parte, necesito decirte que no te podré acompañar en tu graduación. Viajo a fin de mes a la India. Trabajaré como corresponsal de un par de periódicos de nuestro Movimiento por la Paz. También seguiré colaborando en Tierra y Libertad, que será guiada por los compañeros zapateros. Mañana les llevaré el mimeógrafo.

Antonio se levantó de un salto.

- Se la tenía bien guardada a la iniciativa.

- Es cierto. No quería levantar la perdiz. - Y con voz pausada prosiguió -. Recién hace unos días conseguí lugar en un vapor como fogonero. Y estuve ahorrando algunos pesos para empezar. Un par de compañeros me esperan en Calcuta y desde allí seguiré.

Sin salir del asombro, el joven dijo:

- La verdad es que no sé qué decirle. Por lo pronto, le propongo que ofrezca el lugar para conseguirse algunos pesos. Los necesitará y yo me puedo mudar inmediatamente.

- De ninguna manera. Este lugar seguirá siendo nuestro. Vos lo cuidarás y cuando no lo necesites más lo entregarás a quién creas.
- La verdad don Ignacio es que por un lado lamento que se vaya. Presiento que no nos volveremos a ver. Pero, por otro, me alegra. Parece que quiere seguir haciendo historia. No se conforma con la gesta ibérica.
- Para algo están las cartas. Y nuestros sueños. Los caminos de la vida son insondables. Y por lo de seguir buscando, es simple, Antonio. Solamente trato de no taparme los ojos.

NUEVA ETAPA

Ese tiempo Antonio sintió fuerte la soledad. En aquel octubre de 1948, acompañado por el grupo de Tierra y Libertad, recibió su diploma de médico y la medalla de oro con que fue distinguido. Y esta vez decidió aceptarla. Le serviría para encontrar trabajo. Extrañó la presencia de don Ignacio, quién le mandó una carta portadora de su alegría. Hacía rato que no sabía de su familia y su hosquedad no facilitaba las cosas. Diversión y amoríos brillaban por su ausencia. Hubo un largo tiempo que disfrutó de la libertad del solitario, pero en ese entonces le pesaba.

Se exigía transitar un camino que respondiera a sus deseos y valores. Nada fácil la cosa. La medicina, al compás de la sociedad, se había tornado una profesión liberal, influenciada fuertemente por el lucro, en especial a través de las corporaciones farmacéuticas y de tecnología de diagnóstico y tratamiento, alejada de los fines solidarios de sus referentes históricos.

La última carta de su amigo Ignacio, el libertario catalán, era contundente. Relataba que no tenía un lugar de estancia fijo. Viajaba por la extensa geografía de la India según lo requiriera su tarea de acompañar y registrar, en su carácter de corresponsal, el movimiento de liberación anticolonial. Las malas noticias surcaban la misiva: la muerte de Gandhi, el líder moral indiscutido del movimiento, a manos de un fanático. Y, por si fuera poco, parecía inminente la partición del territorio reclamado por los musulmanes, que conformaría el actual Pakistán.

Compartió el dolor de su amigo. Eran camaradas de una lucha común, y lo sentía muy cercano, más allá de la distancia geográfica.

Su situación económica era estable, aunque seguía viviendo en el conventillo. Concurría al Hospital de Clínicas y hacía guardias como enfermero en algún sanatorio, cuyos ingresos le habían permitido renunciar a su empleo de sereno. Frecuentaba diversas bibliotecas y participaba en cursos de formación en Medicina Sanitaria.

Siguiendo el consejo de don Ignacio hizo algunos viajes por el interior del país. Cuando se encontró de nuevo en su añorada zona norte neuquina se sintió conmovido. Recordó sus experiencias de niño y confirmó su deseo de radicación. Sabía que era su lugar en el mundo. Aunque decidió no hacerlo inmediatamente. Era su tiempo de conocer lugares y personas, y con ello otras experiencias de organización sanitaria.

Luego de diversos intentos encontró su respuesta. Gracias a la recomendación de su profesor de Medicina Social fue aceptado como médico en una empresa naviera sueca,

la Johansenn Line. Podría cumplir sus inquietudes inmediatas; aprovecharía para estudiar, aprender idiomas, vincularse con personas y culturas. Además, escribir de modo sistemático. Se había propuesto narrar sus experiencias de vida en formato diario. Las dirigía a sí mismo, en un claro intento de elaborar un proyecto de vida.

Siguiendo la consigna de don Ignacio, entregó la morada en el conventillo al grupo de anarquistas zapateros. Así Tierra y Libertad, la gacetilla fundada por su mentor, reencontró su sede originaria. Además, serviría de posada a los impresores, una pareja de viejos remendones de suelas gastadas y esperanzas intactas.

El vetusto mimeógrafo también volvió a su casa.

LA DEVASTACIÓN

Aquella tarde Antonio estaba muy cansado. Los preparativos del embarque lo agotaban. Principalmente, los trámites administrativos. Siempre el papeleo había sido su punto débil. Un par de alforjas y su maletín de instrumental contenía todo el equipaje previsto, que como era de suponer estaba compuesto en su mayor parte por libros. El resto de sus escasas pertenencias había quedado en el conventillo, ahora a cargo de don Segundo y doña María, la pareja de zapateros anarquistas a cargo del periódico.

El novel médico se había mudado a un cuarto en una pensión en Retiro, cerca del puerto. Se acercaba el momento de su partida. Aquel día aceptó la invitación de los compañeros de Tierra y Libertad para compartir un encuentro de despedida.

A su arribo al conventillo se topó con los chicos de la vecindad, que lo aceptaron con alegría en su juego de figuritas. Jugó con ellos unos pocos lances en los que perdió. Pagó la apuesta con el paquete de caramelos que siempre lo acompañaba. Siempre le tocaba perder con tales competidores. Es que su botín consistía en el participar.

Al entrar a su antigua vivienda se sorprendió al encontrar a sus compañeros sobrecogidos por la tristeza. Lo recibieron en silencio, le invitaron con un mate, y doña María le acercó un sobre:

- Antonio, le tenemos mala noticia. Esta carta la recibimos ayer.

El envío postal pasó a sus manos. Reconoció el sello de un país lejano. La remitía una tal Shaila Patel, desde Calcuta. Un temblor frío lo recorrió.

Escrita en castellano y con letra cuidada, Shaila, hija de un dirigente del movimiento de liberación colonial de la India, se presentaba como camarada de don Ignacio en sus correrías por aquel lugar. Refería que, si bien la declaración formal de la independencia había sido en 1950, la paz estaba aún lejos. La situación con la población musulmana seguía convulsionada. Ya se había cobrado muchas víctimas. Uno de ellos, el propio Gandhi, quién había luchado con todas sus fuerzas para lograr un acuerdo sin violencia. Incluso enfrentándose con muchos de sus compatriotas ganados por el fanatismo.

La partición de Pakistán fue otro hito doloroso. Y el conflicto amenazaba extenderse.

Por ello una delegación, integrada entre otros por Shaila y don Ignacio, fue designada para rastrear en territorio posibilidades de negociación con la dirigencia separatista. En dicho trámite fueron agredidos por una turba de extremistas que los

acusaban de traidores. En el tumulto hubo varios heridos, y don Ignacio recibió un pedrazo que le destrozó el cráneo.

Cumpliendo con un deseo previsor del luthier catalán, Shaila comunicó la triste novedad a su grupo de referencia, el de Tierra y Libertad. Se solidarizaba con el dolor y refería que su cuerpo había sido cremado. Como era de suponer, no había dejado pertenencias materiales.

El grupo destilando silencio se unió en un abrazo común y sostenido que unía dolor y recuerdo. Y al separarse fue que don Segundo se acercó a Antonio y le entregó con reverencia los viejos tomos de la Guerra y la Paz, de Tolstoi:

- Antes de partir don Ignacio me encargó estos libros para que te los entregara en caso de que él no volviera. El momento ha llegado.

Antonio no musitó palabra. Y rato después, tras el abrazo de despedida a cada uno de sus amigos, desandó con su preciosa carga el camino hacia la salida.

Era el tiempo de encarar nuevos rumbos.

LA LLEGADA DE DON ANTONIO

La ansiedad se reflejaba en el semblante del Director Provincial de Salud. No era para menos. Pese a los ingentes esfuerzos de su equipo no aparecían médicos que quisieran radicarse en la recientemente creada provincia de Neuquén, y mucho menos en la cordillera.

Por ello la solicitud remitida desde Suecia por el Dr. Antonio Gorgni, recibida poco tiempo atrás, lo sorprendió. El pedido del postulante era claro en todo sentido. Además, con experiencia comprobada, excelencia académica y formación sanitaria. Por si fuera poco, medalla de oro en su graduación. ¿Qué más pedir? Aunque, por otra parte, las referencias obtenidas lo mostraban como huraño, cuestionador y con limitaciones físicas. No cabía otra que darle la bienvenida. Para los potenciales críticos - y para sí mismo - ya disponía de respuesta: estaba la necesidad y era lo que había.

- Me alegra conocerlo, Dr. Gorgni. Lo esperábamos. Supongo que le gustaría tomar un café.

La cordialidad campeaba en la recepción del funcionario que con un ademán le propuso al recién llegado que tomara asiento en un mullido sillón de su oficina.

- Le agradezco, doctor Gervasoni. Yo también deseaba encontrarlo. Le agradezco su amabilidad en gestionar tan pronto mi nombramiento. Le voy a agregar algo de mi petaquita al cafecito. ¿Me acepta que le agregue unas gotas al suyo?

Y allí nomás el Dr. Antonio Gorgni, más allá de la negativa del funcionario a compartir, sumó una porción del contenido de su infaltable envase a la infusión. Al funcionario le costó disimular su desagrado.

El diálogo inicialmente se orientó hacia temas generales, pero en seguida se avocaron de lleno a la tarea a cumplir. El postulante era un hombre bajo, rubio, peinado hacia el costado. Relleno, manos finas, modales cultivados, mostraba un perfil urbano que contrastaba con el sentido de su búsqueda. Claro en ideas y lenguaje, directo en las formas. Mostraba que sabía lo que quería. El anfitrión quedó deslumbrado por su personalidad, pero esa petaquita...

- Necesitamos gente como usted, con su formación y compromiso. Para serle sincero, nos resulta muy difícil conseguir médicos para el interior. Y estamos complicados desde el punto de vista sanitario.

- Comparto la necesidad. Ya cumplí con mis objetivos en la flota mercante sueca, en la Johanssen Line. Conocí muchos lugares, gente interesante y experiencias que

me enriquecieron, pero lo mío es la tarea sanitaria rural. Y digo sanitaria y no solamente médica.

- De todos modos, sumó una excelente experiencia que nos servirá a todos
- la voz del anfitrión trasuntaba energía -.

Luego de un sorbo del café, Antonio se revolvió en su silla, y respondió:

- Lo sé. Hay mucho para transformar, y eso me entusiasma. Tengo 45 años y quiero hacer algo relevante, no solamente desde lo médico, sino desde lo social. Considero que puedo servir a la comunidad a la que pertenezco. Es decir, para que quede claro: estoy buscando ser parte, y no solamente un empleo. Quiero sumar.

- Muy interesante. Por ahora le propongo un contrato para irnos conociendo mutuamente. Le propongo que recorra algunos lugares del interior, sobre todo en el norte, y conozca su gente. Luego acordamos cómo seguimos. Y si todo va bien tendrá nuestro apoyo. Aunque también le advierto que para nosotros lo asistencial es lo relevante. Nos quema la demanda insatisfecha.

Muy claro lo del funcionario. También lo de don Antonio, que de este modo ingresó a la provincia. Corría el año 1959 y en Argentina era el tiempo del gobierno del doctor Arturo Frondizi.

Ganado por la esperanza recorrió diversos lugares del Neuquén, y eligió la zona norte como destino. La más necesitada, por otra parte. Y la zona norte, a través de sus vecinos, en especial los desprotegidos de siempre, lo eligió.

Al decir de don Antonio, era uno de esas situaciones cumbres, que denominó con su peculiar modo como *“momento antropofágico”*.

¡Es que cada uno se expresa como puede, que tanto!

EL CURADOR ARRASTRAPATA – DICEN EN EL PUEBLO -

(En coautoría con Rafael Urretabizkaya)

Me jode que anden hablando de don Antonio. Para mí que hay envidia.

Es cierto que es jodido a veces. Porque hay que decir lo que es. Se enoja enseguida si no le salen las cosas. Le gusta hacer todo bien, pero a su manera. Que suele ser una manera muy propia.

Pero cuando la veterana se nos enfermó, de entrada, no sabíamos qué hacer. Porque doña María, la yerbatera, andaba atendiendo parto difícil desde hacía unos días. Muy capacitada doña María, sobre todo para parto difícil.

En el hospital de Chos Malal está el doctor Gallo. Médico reconocido. El sí maneja hospital con enfermero, hasta ambulancia con chofer. Pero ese pueblo queda a más de veinte leguas de acá y en invierno ni qué pensar. Reconocido el doctor Gallo como andador. Pero desde que agarró ambulancia ya no le hace al caballo. Progresista el hombre.

Pero cuando el Varvarco viene crecido, se acabó la joda. No hay progreso que alcance. Salvo que los viales den una mano con la máquina. Que para eso tienen que estar, claro.

Por estos pagos, nuestro médico es don Antonio Gorgni. Que tanto cura de pastilla, como de yuyo y de palabra. Un poco como doña María. Sólo le falta machitucar al hombre. Pero claro, a nuestra médica el poder le vino por el peuma. En cambio, don Antonio se tuvo que pelar el traste y despelar la pata que le arrastra para capacitarse.

Por este empeño que él hace le salen las cosas medio raras. Uno lo llama por cuestión de churretera con sangre, y cuando llega se pone a preguntar por los chivos. O si le hacemos al laboreo, o por alguna piedra pintada. Y más vale que no salga con el tema de los dibujos de los tejidos, porque ahí sí que tiene cuerda para rato. Capaz que el hombre cree que la churretera sirve para pintura.

Diga que le tenemos tanta fe, que si no... Y enseguidita nomás se le prende al mate. Qué menos se le puede ofrecer a doctor visitante. Y tras un par de pavas, ya hay que hacerle al tinto. Y ahí sí que el enfermo, con cagadera y todo, no lo puede dejar tomando solo. Las tripas llegan a parir para cuando don Antonio se le dispone a la churretera. Pero ya a esta altura, el churreteado anda bastantito mejor. Lo que es la palabra y la presencia.

Eso sí, cuando no hay enfermedad, también el hombre se nos aparece. Ni falta que hace de churretearse. Con un palo en la mano. Un poco para los perros, y otro para sostenerse, porque la pata que le sobra le descompone el equilibrio. Y si está la necesidad, le trae unas zapatillas para los coltros, cualquier pilcha que tenga a mano, o sino, siempre una escuchada. Y vendrá, aunque sea bien tarde, o a la madrugada sin dormir. Y vendrá sólo, si no hay quien lo acerque. Porque donde la pata no le rinde, le sobra corazón. Por eso le dicen loco.

Cosa grande tenerlo en Las Ovejas, y encima, con puesto sanitario. Que él mismo lo armó. Con nuestra ayuda, claro. Porque antes paraba en Andacollo, o en Huínganco. Pero así y todo ya era nuestro doctor. Aunque no nos podía abastecer como ahora, claro.

La cuestión es que a la mamá le agarró ese dolor el pecho. Y a los días se le prendió al cerebro. Para doña Entendida, nuestra vecina, era claramente un daño. Un daño por envidia, no era cosa para doctores. Sí para don Antonio, nuestro querido arrastrapata.

Cuando llegamos al puesto, había más de siete esperando. Alguno que otro medio resabiado. La espera se les notaba en el semblante. Estaban esperanzados para la mierda.

- Este Gorgni no está nunca.
- Y qué va a estar, si cae a ver enfermo y se queda como en la casa.
- Claro, lo que pasa es que siempre anda flojo de casa. Y de familia.
- Como para rastrearlo al hombre.

Me quedé pensando. Seguro que el enojo se les pasaba cuando les tocaba recibirlo a Don Antonio en su rancho. A mí no me gusta que le anden levantando palabra al pedo a mi doctor. Que encima nos deja puesto abierto, leña y mate a disposición. Que más de tres se acercan por pura entretenición. Y lo justo es lo justo. Más de uno le deja un par de brazaditas de leña para cuando vuelva.

Lo rastree por lo de don Repartido. Me rumbearon en el puesto. Al pobre le agarró la dormidera en el costado derecho. Y don Antonio lo controla de vez en cuando. Parece que esta vez le interpretó el mal por el lado de la comida, porque los encontré churrasqueando. Eso sí, don Antonio, muy atento, le cortaba el asado y le pasaba, de a cuchillo y dedo nomás. Y ningún problema con la mordida. Por suerte el veterano podía levantar el vaso de vino con la izquierda, que si no...

- Vaya nomás, mi hijo... Ya le aparezco a la mamá. En tanto le vas metiendo unas friegas con llantén.

Al otro día se apareció por el cerrito Balín arrastrando su pata. Con la otra, la revoleante, dejaba rastro chanfleadito bastante compadrón. Único y reconocido el rastro de Don Antonio. Para mí, que medio lo dejaba a propósito, así los que lo necesitaban le podían seguir el rastro. Bien precavido nuestro médico.

Para esto, a la mamá las friegas a distancia la habían mejorado bastante. Por un lado, se las hice bastante alentadito, y por otro el llantén fresco que corté al lado del arroyo estaba más que bueno. Como para no componer a la mamá.

Así que, cuando la tuvo en propia presencia se nos facilitó la palabra. Y mate va, sopaipilla viene, a la vieja se le aflojó el mal. Ya el doctorcito había salido tres veces a mear, señal que de mate ya estaba bueno. Encima, no dejó torta frita ni para muestra.

Fue ahí que se recordó de dejarle a la mamá ocho pastillas coloradas como pecho de lloica. Muy delicado el doctorcito, pues las había envuelto en papel de diario. Brillaban de lo lindo. Como para no curar con tanta brillantez.

Fue entonces que peló la kodak. Sabía que el hombre manejaba kodak cuando la situación lo mandaba. Pero no se me hacía que lo de la mamá fuera para tanto. Bien negra y bastante engrasada la kodak. Y tiraba más olor a humo que rancho en invierno.

Lo jodido fue cuando me entró a enseñar como tenía que hacer para sacar foto. Hicimos dos o tres amagues, cosa de hacerle a la práctica. Y de repente me mandó la recetada. Y se fue, como había llegado, dibujando su rastro de doctor revoleado. Eso sí, bien armado de torta recién hecha.

La cuestión es que, para cumplirle la receta, tuve que afrontarle a la cueva del león. Antes de que el sol se pusiera del lado del irse. Y le saqué foto como lo recetó el doctor, a la entrada de la cueva, y sobre todo a los dibujos laboreados en piedra, muy reconocidos por los veteranos del paraje. Dibujos de la gente antigua.

Me costó bastante la subida. Ya lo quisiera ver al doctorcito revoleando la pata para hacerle a la trepada. Nunca entendí del todo si las fotos eran para terminar de curarla a la mamá, o de puro gusto. Para mí que las dos cosas, porque sabido es que las fotos muestran el alma, y también que a don Antonio se le da por las piedras y cosas raras. Cuando bajé, a la mamá se le había ido todo el achaque.

La kodak se la tuve que llevar a los dos días, y como para variar no lo encontré, se la dejé a los vecinos mateadores que hacían como que lo esperaban al lado de la económica. Que andaban en la comentación que don Antonio podía ser rengo, pero para las curadas no era nada manco.

En casa nos quedamos con ganas de que nos volviera pronto algún otro achaque, así teníamos razón para volver a matear, mano a mano, con nuestro amigo, el doctor Antonio Gorgni.

LOS RECORRERES DE DON ANTONIO - DICEN POR AHÍ -

(Coautoría con Rafael Urretabizkaya)

El sí que conoce de contrarios. Pero también de dar y recibir cariño. Y como será cualquier cosa menos egoísta, se emperó en conseguir que nuestra gente le pruebe a la bondad.

Así fue que me mandó, de madrugada nomás, a atajar el primer vehículo que pasara.

Como para no estar entusiasmado. Hacía rato que quería acompañar a don Antonio en alguno de sus famosos recorres. Pero nadie pasaba. Y no creía poder convencer a alguno que nos llevara a Andacollo.

Cuando lo paré al Zaino Echegaray se me acogotó la soltura. El hombre había salido a recorrer los puestos para cambiar pilchas y vicios por cueros. Y no le iba mal la cosa, porque tenía campo alambrado. Para más, chata con luces por todos lados. Decía que por la cacería. Pero para mí que era de puro compadrón nomás. Porque para lo que cazaba le sobraba una cajita de fósforo. De última, ni necesitaba. Para eso le cazaban los paisanos. Y él les negociaba los cueros. División del trabajo, que le dicen.

Pero ahí nomás apareció don Antonio y me destrabó el acogote.

- Buen día, don Zaino. Espero que nos arrime, porque necesitamos llegarle a Andacollo. ¿Y andamos medio apurados, sabe?

Y ni lerdo ni perezoso, se agarró de la manija de la puerta, me empujó adentro con la mirada, revoleó la pata de revolear, y comentó como quién no quiere la cosa:

- Lástima no haber cargado mate para desentumirnos un poco.

Y como no tenía mate, que ni necesitaba porque ya se había hecho un par de pavas, sacó una petaquita de ginebra, le echó un par de buenos tragos, y le alcanzó el restito que quedaba a don Zaino, que no le quedó más que probar. ¡Le faltaba chupi, pero le sobraba delicadeza al hombre!

La verdad es que el camino se nos puso duro. Abundaba barro y escarcha. Pero más duro venía siendo la falta de los coltros. Estaban ilusionados con el viaje de don Antonio. Nunca venía con las manos vacías. Corrían muchas comentaciones sobre los modos que tenía nuestro doctorcito para hacerle a la falta de los chicos. Empezando por su propio sueldo. No le duraba ni un suspiro que ya lo había cambiado por zapatillas, caramelos y figuritas. De todos colores y marcas. Y de ahí comenzaban a parir todos los demás. Sobre todo, los que tenían, y no querían.

- Qué linda mercadería anda llevando, don Zaino. Lo felicito por el gusto. A pesar del frío, el nombrado empezó a sudar.

- Si lo estoy viendo al Pelusa con la bombachita bataraza, y a la Jérica con la camiseta de Boca.

No sé si por el frío que habría pasado cuando niño, si por la facilidad de palabra de don Antonio, o porque le tocaron a su cuadro favorito, la cosa es que cuando nos dejó en el Municipio de Andacollo no nos alcanzaban las manos para sostener las pilchas.

Y encima el sudoroso, contento de su bondad. Aunque, si uno saca cuenta, solo había aflojado tres camisetas, dos bombachas, tres pares de alpargatas, media docena de medias y un corpiño que seguro no lo podía vender desde hace rato.

Encima nos ganó en la despedida:

- Buenos días, y vayan por la sombra.

Bien grande el corpiño. Seguro que no lo vendía porque escaseaba contenido en el mujererío del lugar. Y eso que era bien recorredor el Zaino.

El corpiño lo venía trayendo medio a las revoleadas, como para hacerle la competencia a la pata de don Antonio. No sabía cómo esconderlo entre las bombachas batarazas. Hasta que don Antonio se avivó y ahí nomás me pegó la aliviada.

Bondadoso el hombre. En realidad, para pañuelo al cuello no le caía del todo, pero ni problema que se hacía.

Cuando llegamos al municipio, nos atendió la secretaria del Intendente. Revoleaba los ojos y las asentaderas por todos lados. Bien revoleada venía la mañana. Nos contó que su jefe andaba recorriendo los parajes. Se nota que iba siendo tiempo de papeletas, porque solía ser bien casero el intendente. También, con la secretaria que cargaba.

Se me hizo que habríamos ido al pedo nomás.

- Y bueno, que se le va a hacer. Voy a tener que moverme yo solamente para hacerle a los acuerdos que hicimos con don Papeleto el otro día. Hágame el favor, anotícielo al capataz del corralón, a don Genovevo, que vamos a necesitarlo con la T80. Para cosas de los coltros. Y le avisa a don Papeleto que anduve por acá, y que pronto me voy a dejar caer de vuelta por la cuestión del viaje a la ciudad de los pibes. Le va a costar poco quedar bárbaro con los vecinos. Porque no es cuestión de andar gastando de más.

Le salió justo a don Antonio. Porque cuando llegamos al corralón después de despachar el correo lo agarramos a don Genovevo que se estaba disparando.

- Me alegro que ande apurado, don Genovevo, así terminamos rápido con los encargos. Capaz que alcanzará a cerrar el corralón en hora.

Ahí le tocó el lado flaco. Cosa nada fácil, porque portaba buena panza el hombre. Pero no venía todo por el lado nutritivo. Parece que su señora lo tenía cagando con los horarios. El que lo lamentaba era el Tomeytraiga, el bolichero de la vuelta. Adonde se aflojaba un poco el capataz, porque en el trabajo, era más agarrado que pedo de costurera.

- Va a ser jodida la vuelta para sus encargos, porque la T80 anda bien seca, don Antonio.

Por fin le escuché la voz al hombre. Lo semblanteé medio resabiado. Por toda contesta, y apenas levantando la pera, don Antonio le señaló el surtidor de don Salim. Que más que nada era boliche, la competencia del Tomeytraiga. Cosa justa, a mi entender, porque en el pueblo era más necesidad echar un trago dentro de la gente que dentro de los autos.

Noté enseguida que don Salim no se animaba a hacerle a la bondad. Sería por falta de costumbre. Pero don Antonio no era de desalentarse por un semblante más o menos. En tanto, don Genovevo estaba más duro que piso congelado.

- A ver si alguna vez la marcada se da para el lado de los necesitados. Buen día, don Salim, éntrele un poco de nafta a la chata que andamos medio apurados para que no se le haga tarde a don Genovevo.

Don Salim sacó el bollo de estopa que hacía de tapa de combustible, y le entró a bombear al surtidor. Despacito, como tanteando como venía la mano, y mirando a don Antonio como para que le diga basta. Pero éste se fue a mear atrás del poste. Seguro que estaba pensando que mejor cargar bastante así alcanzaba para el próximo viaje de los coltros. Dentro de todo estuvo bien, porque no se puede andar todo el día discutiendo por cualquier cosa. Y de paso, aflojaba la cincha.

Larga la meada. Se nota que se había mandado sus buenos mates, y que también la petaquita hizo su parte. Le duró el apuro el tiempo exacto que don Salim se aburrió del bombeo. Que a mi modo de ver no le consumió demasiada fuerza. Prevenido el turco. Que anunció 27 litros, pero el marcador de la T80 ni pestañeó. Difícil que le hiciera a la pestaña, porque ni aguja tenía.

- Para otra vuelta mejor le digo al Intendente que arregle el marcador, porque así no puede ser... y que pague la cuenta de la nafta de su camioneta T80.

Y con el semblante le hizo arrancar a don Genovevo de un viaje, tan rápido que el turco ni pudo meter la estopa en el agujero de la nafta. Obediente el hombre. Se nota que quería volver rápido con la patrona, y mejor todavía con T80 con nafta.

Don Salim se quedó rascando la pelada con el pico de la manguera del surtidor. Como si siguiera bombeando. La verdad, no le vi cara de bondadoso. Pero todos sabemos que eso lleva su tiempo.

Don Antonio se recordó el trato que había hecho con Policía, y le encaró por ese lado. Por cada dos bolsas de harina recibía para los coltros 2 de galleta y otras dos de pan. Y de paso les daba trabajo a los policías. Que bastante al pedo que andaban, porque al vecinaje se le había dado por portarse bien. Mientras cargaban la chata contaban chistes y se cagaban de risa. Y cuando terminaron de cargar las bolsas se entraron a mirar como esperando la harina. Se nota que querían preguntar, pero no les salía. Se les acabó la risa, pero no aparecieron las preguntas. Ni alcanzaron a despedirse pues don Genovevo estaba demasiado apurado para que la patrona no le hiciera cargo por tardanza. Pobres policías, quedaron atorados de preguntas.

Mientras nos íbamos, don Antonio comentó que no era nada malo el pan que amasaba el cabo primero Atanasio Barraza, conocido porque venía con premio. Una vez un vecino se encontró con un pelapapas, y otro, menos suertudo, una pila de las medianas. Parece que no le sirvió para linterna. No cargaba buena energía el pan de don Atanasio.

Pero lo jodido fue una vez que se le quedó en la masa su anillo de casamiento, que justo le vino a caer a la señora del jefe del destacamento. Descreído el jefe del destacamento, porque le encajó al cabo primero regalón unos cuantos días de arresto.

Celoso el hombre, pero con poca necesidad. Si todo el mundo sabía que a don Atanasio la mujer no le daba ni la hora, porque estaba muy ocupada con el maestro Gilardi. Que no le regaló ni anillo de lata. Porque bien agarrado era el maestro. Se agarraba todas las mujeres que podía.

Como no tenían calabozo para el personal, el cabo primero panadero Atanasio Gamarra tuvo que cumplir la sanción en la cocina de la repartición. Lo que fue utilizado para capacitarse en facturas. El personal y los contraventores aún recuerdan lo bien aprovechados que quedaron. No es cuestión de exagerar con la disciplina.

Y hablando de facturas, don Antonio se mandó otro perazo, y don Genovevo le enfiló para la panadería El Buen Gusto. Ya se estaba poniendo bien canchero nuestro chofer-secretario, y encima en cuanto llegó culatéo la T80 sobre la vereda. Como para no

ocultar la intención. Las facturas de doña Marta no traían regalo adentro, porque en esto no era tan capacitada como don Atanasio, pero eran propiamente una barbaridad.

La panadera había tenido problemas con los fritos, por eso don Antonio, como buen médico que era, le preguntó cómo andaba del triperío. Ahí nomás doña Marta le contó sus cenas de la semana. Porque al mediodía había resuelto no comer. Sólo aceptaba café con leche y medialunas especiales, de las más livianas. Que las mejoraba mezclando manteca con grasa de cerdo. Sólo iba a agregarle el chicharrón cuando don Antonio le diera el alta. Nadie iba a decir que doña Marta no era delicada con su comida y con su médico.

Y también muy atento don Antonio, que le ofrecía con la pinza una medialuna tras otra, mientras llenaba bolsitas de papel con facturas para los coltros. Yo era el encargado de llevar los paquetes a la T80. Y en cada viaje me mandaba algún vigilante que compartía con don Genovevo, como para aliviarle la espera del almuerzo. Eso sí, sin pinza de por medio, porque no me daba para tanto la finura.

Ya me estaba haciendo canchero en la cosa, y después que mi doctorcito agregara algunas bolsitas de bizcochitos de grasa, le agarró el pulso a doña Marta y ahí nomás la felicitó:

- La verdad, doña Marta, es que cada vez anda mejor de la presión.

De puro contenta, doña Marta se agarró el último bizcochito que le quedaba y se lo comió sin masticar. Se nota que le trajo alivio el diagnóstico médico.

- Bueno, la tengo que dejar, porque me gustaría que los coltros coman bizcocho calentito. Y... sabe, el viaje es largo. Siga cuidándose, doña Marta, y hasta la próxima.

Ahí sí que noté que la bondad le había llegado al semblante de doña Marta. De oreja a oreja propiamente su sonrisa.

A los Ramos Generales llegamos con menos lugar en la chata. La cara de encule que mostraba don Genovevo nada que ver con la de felicidad de mi doctorcito.

Don Alé no se atendía con don Antonio pues era hombre de Gallo, el doctor de Chos Malal. Que hasta le tajeó la barriga para arreglarle las tripas. Pero había que reconocer que su negocio tenía el mejor surtido del pueblo. Herramientas de campo de primera, pilchas, semillas, cuadernos de todos los colores, y encima era el único lugar donde se conseguía anzuelo.

Mientras cargábamos la chata a nombre del Municipio le aceptamos el encargo de llevarle el pedido a don Belarmino, el puestero de la Estancia Vieja, camino a Las Ovejas.

Echamos dieciocho pares de alpargatas. Eran veinte, según había dicho mi doctorcito, pero como no alcanzaron las que había, le completamos con cuatro pares de Pamperos acordonadas hasta arriba, dos de yapa. Una pieza de tela para que las madres de los coltros hicieran la ropa que necesitaran, hilo, agujas, grasa, yerba, azúcar y harina. Se completó la yapa con un frasco grande de dulce de leche. Como para disimular que cuando pesaba los vicios tapaba la aguja de la balanza.

Don Antonio hizo el amago de meter la mano en el bolsillo para los cuatro salamines, la granadina y el litro de vino, porque eran para consumo propio, pero el amago nomás, si todos sabíamos que la plata no le duraba ni un día.

- Esto también se lo anota al Municipio, total no le voy a cobrar el viático.

Cuando nos fuimos, don Alé prefirió agrandarse. Por fin se le hizo lo de quedar como proveedor municipal. Hace rato lo venía peleando, y por esas cosas de las internas políticas no se le había dado. Y todo por esos miserables chivos que había donado para el asado del voto de la contra de don Papeleto. Como si no fuéramos democráticos, ¡que tanto!

En cuanto vió los salamines y el vino se le mermó el reviro a don Genovevo. Se nota que ya le estaba llegando la bondad. Y allí nomás le encaramos hacia Las Ovejas.

El encare duró hasta que nos topamos con una ruma de leña de la estancia El Desamparo. Y bien desamparada había quedado la leña.

Entonces se le recordó a don Antonio que don Pasmoso Lenconao no tenía ni un palito para su tachito. El pobre había quedado tullido por el reuma, y seguro que a la estancia le sobraba.

No tuvimos nada para hacerle a la duda. La T 80 llegaba a sentarse del peso que portaba. Parecía montado bajando cerro embarrado.

Y así, de culito arrastrado, y bien entonado, don Genovevo agarró la huella de la costa del Nahueve y le llegamos a don Pasmoso. Qué hermosa alegría la del abrazo entre el veterano reumático y el doctorcito de la pata revoleada. Entre los dos no hacían uno.

Encima de la leña, que entre todos se la bajamos, don Antonio le dejó un salamin, media bolsa de galleta, una bolsita de media lunas y algo de fruta del pedido de don Belarmino, porque con su ojo clínico don Antonio descubrió que le iba a hacer mal tanta manzana roja.

Le llegó justo a tiempo la enderezada a nuestra T80, porque si no la única luz que tenía iba a quedar alumbrando estrellas. Que, para colmo, luz es lo que les sobra. Estaba todo perfectamente calculado, según decía don Genovevo, ya bien repleto de bondad.

Cuando llegamos a lo de don Belarmino, aprovechamos para darle luz a la carneada del lanar. Y enseguidita nomás le cargó un costillar al asador. Ni se acordó de la disminución de manzana.

Bien de noche llegamos al puesto sanitario de Las Ovejas. Donde mateando la espera estaban los coltros y algunos padres. Confiada su espera, porque sabían que los recorres de don Antonio podrían ser demorados, pero nunca eran al pedo.

Serían recorres de muchos revoleos, pero siempre desparramaban bondad por todos lados.

EL MAESTRO LUGAREÑO -1-

Aquella tarde de domingo otoñal don Antonio se allegó al paraje Butalón Norte. En la oportunidad no había existido ninguna demanda. Nada que ver. Una vez más se dejaba llevar por sus habituales corazonadas, que por otra parte no lo defraudaban.

Ciertamente le tironeaban las historias de don Amaranto Huenuquir, y no era para menos. Ajetreado el camino recorrido por el veterano, que vino a asentarse cuando ya no se cocinaba en el primer hervor. Fue entonces que armó pareja con la Eusebia Inal. Después aparecieron los dos inquietos coltros que alegraron su vida. Le sobraban aventuras a don Amaranto. Para mejor, cebaba unos amargos de aquellos.

Aprovechó la volada de que a don Afortunado Inostroza se le ocurrió anoviar con la Lucinda Fernández, la hija de don Atanasio, el capataz de la estancia El Rejucilo. Y a la Lucinda otro tanto ya que estaba. Renombrado el hombre por su destreza con los caballos. Y más renombrada todavía la mencionada por su lindura.

Para redondear la cosa le sobraba lugar al enamorado en la camioneta de reparto del Ramos Generales. El conchabo de don Afortunado incluía el uso del vehículo los domingos en el supuesto de acondicionarlo para la semana laboral. Y con tanque lleno, por si fuera poco. Ventajas de merecer la confianza patronal. Buen acondicionador de camioneta dominguera el Afortunado.

En el viaje compartieron amargos y sopaipillas - tortas fritas -, aunque sin olvidar unas buenas entradas a la bota ginebrera de don Antonio, que no reemplazaba a su habitual petaquita. Más vale que sosobre a que fafalte.

- ¿Por dónde quiere que lo deje, don Antonio?
- Si no le incomoda en el rancho de don Amaranto.
- Déle saludos al veterano. Hace un tiempo que no lo veo.
- Se los daré en su nombre. Y usted a don Atanasio y a la Lucinda.

Una sonrisa alumbró el semblante de ambos. Buenos conocedores del vecinaje, sabían que don Atanasio los domingos se allegaba al caserío para hacerle a unas partidas de truco con sus compañeros puebleros, y no volvía hasta la noche. O hasta el otro día si la partida era merecedora.

- Si le parece cuando pegue la vuelta me acerco para regresarlo. Eso sí, sería para la nohecita.

- Sin apuro, don Afortunado. Se le agradece la atención.

Ninguno de los dos parecía antojado de apuros aquella tarde.

Cuando bajaba de la chata ya don Amaranto había salido a recibirlo. Es que el motor metía un barullo de aquellos anoticiando de lejos su cercanía. Flojera del escape que le dicen.

- Por fin se acuerda de los pobres. Ya lo andaba extrañando, don Antonio.

- Lo mismo digo, don Amaranto. Pero, usted sabe que mi pata no me responde como antes. Uno sabe cuándo sale, pero hasta ahí. Y encima los fríos traen las toses de los coltros y las recaídas de los veteranos.

- Y se complica más cuando aparecen las contadas de los lugareños, que no le da por despreciarlas. De eso puedo dar fe.

El agregado del vecino pintó la sonrisa esperanzada de don Antonio.

- Entremos que está destemplado. Pero esta vez me tendrá que hacer el aguante. Estamos en clase con don Heráclito.

Esta vez la sonrisa del médico rural se pintó de curiosidad:

- ¿En clase con don Heráclito? Cuénteme más de eso.

- Y... usted sabe. Me recordé su recomendación de la otra vuelta y le hice caso. Por eso le encaré a la capacitancia para los dos coltros. Y les puse maestro casero, ya que no tenemos escuela. De paso, nos prendimos también con la patrona y se allegaron los hijos de don Esteban. Eso así, no pudimos alentarlos a él. Y mire que le insistí bien largo.

- No se desespere. Cuando vea que usted le hace a las letras, ya verá que se anima. Cuénteme de don Heráclito - le instó don Antonio que se salía de la vaina -.

- Verá usted. Don Heráclito Retamal es un allegado que se disparó de Chillán. Los curas lo querían meter medio de prepo como colega. Largó el convento y la sotana y se vino a caer en el paraje, por ser medio emparentado con doña Isolina.

- Claro, la hija mayor de los Cayunir.

- No le anda errado, don Antonio. Y bien dispuesta se mostró la Isolina con el disparado. Así que en una de esas tenemos maestro letrado para rato.

- Cosa buena para Butalón Norte tener maestro apropiado. Y para la Isolina ni hablar.

- Pero mejor entremos a la ruca que me estoy perdiendo las letras. Mientras nosotros le hacemos al cuaderno usted se encarga de los amargos.

Los ojos de don Antonio brillaron de alegría con el registro del panorama hogareño. Alrededor de la económica, que despedía un olor a pan dorado, la familia con los dos allegaditos se afanaban con unas cuentas que don Heráclito había propuesto en el

pizarrón doméstico. Vale decir un pedazo de cartón claro en donde con un carbón a modo de tiza un personaje muy compenetrado de su tarea iba alentando a cada uno de los integrantes de su alumnado a descifrar los misterios de las ciencias matemáticas.

El semblante de don Antonio nos informó de su contento con el Paulo Freire de Butalón Norte. Alguno de sus sueños comenzaba a tornarse realidad.

EL MAESTRO LUGAREÑO -2-

La clase dictada por don Heráclito Retamal en la ruca de la familia de don Amaranto se prolongó sin que nadie advirtiera cansancio. El maestro adecuaba su estilo a cada uno de sus alumnos, empleando de manera alternada risas y reflexiones. Desfilaban en el escenario pedagógico los bichos, yuyos, historias y proyectos del paraje, y los participantes disfrutaban de un modo divertido. Cosas de la simpleza y claridad.

Don Antonio, impresionado, cebaba mate y tostaba en la económica las sopaipillas para luego distribuirlas. Pero, sobre todo, tejía proyectos en los que las necesidades y las posibilidades del vecinaje se entrecrocaban en su interior. Esperanzado de aquellos el hombre.

En cuanto el grupo acordó finalizar la tarea, don Antonio extrajo de su bolso de recorres una pelota colorida de goma y los niños se entremezclaron en un ir y venir pleno de risas y volteretas. Infaltable en su aforo un juguete, un lápiz y su petaquita. Eso sí, siempre menguada del vil metal.

Fue entonces que, intentando un tono cándido, don Antonio disparó:

- Muy linda la clase, don Heráclito. Lo felicito. Claro que una cosa es enseñar en una ruca a un grupito, y otra es hacerlo en escuela armada.

- Me alegro que le gustara. En realidad, enseño desde mis ganas, porque no tengo título ni nada que se le parezca. Pero además creo que hacerlo en la ruca tiene más sustancia.

La estocada le llegó al galeno. Sobre todo, porque también él se reconocía pleno en la tarea domiciliaria. Eran las cosas del vínculo al decir de Pichón Riviere.

Y así continuó la conversa mientras circulaba el mate, esta vez cebado por don Amaranto. Surgió la intención de don Heráclito de instalarse en el paraje, su inquietud por ganarse el pan con su tarea, pero por sobre todo ser de utilidad al vecinaje. La identificación surgió al instante.

Y así, contada tras contada, y cuando el sol ya acariciaba las cumbres montañosas, apareció don Afortunado con la chata dominguera. Esta vez no metía tanto barullo como a la venida. Tal vez se le había aliviado el escape. Saludó con amabilidad a los vecinos y compartió un par de mates.

Rápidamente para no hacerlo esperar, don Antonio comenzó a despedirse individualmente de cada participante del encuentro.

Tomó su bolso de recorrer, bastante más pesado que cuando llegó. Es que la pelota, si bien ocupaba lugar, era más liviana que el costillar de chivo que le había obsequiado don Amaranto.

Y ya estaba afuera cuando se asomó y disparó:

- Yo también disfruto del recorrido por las rucas, pero para atender a todos los que necesitan armé centro de salud. Y ya sabe, cuando se anime con la escuela, cuente conmigo.

Y tomó aliento, mientras don Heráclito lo escuchaba interesado:

- Pero claro, eso no es fácil. Porque habría que pelear con los de arriba. Y esta vez no cabe la escapada.

EL MAESTRO LUGAREÑO -3-.

Don Heráclito Retamal continuó con sus clases domiciliarias en las rucas, pero la movida no se quedó allí. El vecinaje, anoticiado de la novedad, comenzó a requerir del recién allegado su ayuda para enseñanza de los coltros, y ya que estaba se sumaron algunos mayores.

Hasta la Esperanza Cheuquepán, la más veterana del paraje, que primero decía acompañar a sus nietos, enseguida se le animó al lápiz y a las letras y se sumó a la partida. Mérito también de don Heráclito que se las arreglaba como ninguno para entusiasmar.

Como siempre y para mejor, la plata ni figuraba. Al poco tiempo don Heráclito se había emparejado con Isolina y se armó de ruca propia. Con la ayuda del vecinaje convocaron un mingaco - tarea colectiva hecha con alegría -. En un fin de semana plantaron los postes, levantaron las paredes y techaron. Y en el otro pusieron el tacho y afirmaron el piso, sin olvidar de pintar con dos manos la estructura con aceite quemado que consiguieron del taller del poblado. Buena ruca resultó la de don Heráclito. Y todo acompañado por chivo al asador y entrevero con cuecas. Los panes caseros y sopaipillas no faltaron. Mucho menos algunos muebles armados con la madera de los pinos plantados por don Temístocles y laboreados por don Afanoso Sandoval. Para mejor, al recibir la ruca doña Esperanza le entregó a Isolina una matra laboreada de aquellas. Como para que no pasara frío.

Agradecido el vecinaje de Butalón Norte con su maestro lugareño. Es cierto que la pareja no podía dedicarse a la huerta ni a los chivos, dado que la demanda escolar se había disparado. Para mejor la Isolina había resultado una indispensable compañera instructiva. Es que llevaba tiempo acomodar la clase, conseguir material para conocer, y encima rejuntar para el yerbeado con sopaipillas.

Y así la cosa, llegó el tiempo de avanzarle a la necesidad comunitaria. Ya para entonces no le daba al maestro para responder la demanda. Tuvo que reconocer que debía aceptar la propuesta vecinal - iniciada por el desafío gorgniano - de armar escuela lugareña, más allá del encanto de la enseñanza domiciliaria. Y cuanto más rápido mejor.

Fue don Amaranto el que llamó a la juntada, que se hizo en el patio del boliche del paraje. Allí resolvieron conformar delegación para pedir escuela en Educación de Neuquén. Se quedaron en el apronte. Se anoticiaron de que la palabra *prioridad* - jodida por demás - determinaba que Butalón Norte no figurara en los planes del gobierno. Y ni

siquiera se les dio por moverse del escritorio del Consejo de Educación. Se notaba que los funcionarios disponían de escuela con prioridad para sus hijos.

Había llegado el tiempo de avanzar por la propia. Y entonces, juntada tras juntada, a don Amaranto se le prendió la lamparita.

- Todo esto ya me lo había anoticiado don Antonio. Él nos podría orientar por donde encarar.

Fue fácil el acuerdo. La propuesta de don Amaranto prendió como leña seca en la económica. Es que la necesidad tenía cara de hereje.

Era cantado que don Antonio se sumaría. A su juego lo llamaban.

EL MAESTRO LUGAREÑO -4-

La mañana soleada invitaba a juntada lugareña. Los sauces del arroyo que bordeaban el boliche del paraje eran mandados a hacer para refrescar al vecinaje de Butalón Norte. Para más, había chivo al asador dorándose bajo el control de don Esmerado Cayunir. Y ni hablar de las empanadas de doña Josefa, su señora. Eso sí, bastante delicada la pareja. Armaban para servir cuando el sol estuviera bien centrado. Mediodía que le dicen. Y que nadie se retrasara porque comía frío, o no comía.

Como era de esperar don Amaranto fue quién recibió al referente invitado:

- Buenas y santas, don Antonio. Alegría en tenerlo por acá. Y como lo anoticié alguna vez, parece que le llegó su tiempo.

Las miradas pícaras de don Amaranto y don Antonio se cruzaron.

- Muy buenas, don Amaranto. Éste es el tiempo. Ya está todo dicho - y ni lardo ni dormido agregó - ¿Eligieron ya el lugar?

- Cuando hicimos la ruca de don Heráclito ya estábamos alertados y dejamos lugar para escuela.

Y entonces se fueron sumando los más veteranos a la conversa.

- Y también don Esmerado nos hizo el plano y juntamos varas y postes para el armado.

- Del carrizal sacamos para el techo y material para adobe no falta.

Previsor el vecinaje de Butalón Norte.

- Por lo visto no perdieron el tiempo - y agregó punzante el galeno - pero... seré curioso: ¿Para qué me llamaron?

Y acá fue doña Esperanza Cheuquepán la que tomó la parada:

- A usted lo llamamos porque nos cansamos de reclamar escuela para el paraje. No pudimos por las buenas. Ahora nos toca aprender, como nos dijo don Amaranto, como hay que pelearle a los de arriba. Y según los pareceres nos anoticiamos que usted es baqueano en eso.

EL MAESTRO LUGAREÑO -5-

Don Antonio se acomodó en su butaca lugareña, vale decir un pedazo de tronco de álamo con una mullida asentadera de cuero de lanar, y suspiró reconfortado. No era para menos. Como respuesta a una de sus microutopías libertarias - él solía llamarlos momentos “*antropofágicos*” -, la escuelita rural de Butalón Norte se había hecho realidad. Humilde, aunque espaciosa, una única estancia alojaba anhelos de conocer y búsquedas de ser. Armado de identidad que le dicen. En ella se rejuntaban coltros y veteranos, que con el acompañamiento de don Heráclito, casi como jugando, armaban un mingaco de aquellos.

En medio de tanto ardor, casi que ni necesitaban de los tachos del frente y del fondo, que en las jornadas invernales desparramaban calidez y aliento en aquel templo del saber.

La asamblea lugareña que organizó la inauguración, tuvo lo suyo. Se había resuelto que el único invitado que no residía en el paraje sería don Antonio. Sobre todo, para no dejar duda del carácter de tarea propia. También que recién después del encuentro se mandaría la nota que ya estaba firmada - un decir, pues al final aparecían gran proporción de huellas digitales - en la que “informaban” al señor Gobernador que la comunidad había inaugurado la escuela rural de Butalón Norte y que necesitaban que le paguen el sueldo a don Heráclito y a una encargada de mantenimiento a designar.

Todo un tema fue el nombre del establecimiento. Surgieron propuestas tan diversas como encontradas. Es que había méritos personales por todos lados. Al final, y luego de prolongada discusión, se entendió que llamarla “Escuelita Rural de Butalón Norte” las incluía a todas.

El conflicto llamativo estuvo a cargo - cuando no - de doña Florinda Huenuquir y doña Llamativa Inostroza. Ambas deseaban encargarse del jardín educativo. La segunda agregando un espacio de hierbas medicinales y aromáticas, que doña Florinda refería le quitaría fuerza al elemento ornamental. Como no había acuerdo, se sometió a votación, que resultó empatada. Al mejor estilo salomónico, se decidió que cada una tendría su espacio, y que sería la comunidad educativa la que resolvería en su momento cuál propuesta le cuadraba mejor. Los vecinos parecían políticos pateando el brete para adelante.

Se hizo un recuento de aportes de recursos para el acto, y cuando apareció el tema bebidas, surgió la voz de don Nicésforo Inal:

- Si vamos a festejar escuela propia, debemos dar ejemplo a los coltros y no hacerle al vino. Eso es también armar enseñanza.

Un murmullo de asentimiento recorrió la juntada, y hasta don Antonio, sin duda uno de los más afectados por la decisión, acordó:

- Y cuando se dice vino, también debemos decir ginebra. Aclaro que dejaré mi petaquita en el pueblo. Nuestra Escuelita Rural de Butalón Norte bien lo amerita.

DIÁLOGO INFANTIL

- ¿Y a vos que te tocó?
 - Las zapatillas de siempre. Parece que al turco no le da por armarse de nueva mercadería.
 - Cosas de viejo. Como mi abuelo, que tiene la misma boina desde siempre. No la cambia ni en pedo.
 - A mí me tocó una caja de lápices de colores. Las zapatillas que quedaban no me iban.
- Y José pateó la latita de duraznos medio abollada con la que habían improvisado un picado. O mejor dicho un enlatado. Sabido es que a las latas no se les suele dar por rebotar. Se les había pinchado la pelota que les había obsequiado don Antonio un par de meses atrás. Abundancia de uso que le dicen.
- La otra vuelta fui yo el que ligué lápices de colores. Seguro que me duran. Son buenos lápices los que reparte don Antonio.
 - Parece que algunas cosas no las compra. Se las mandan de otros lados.
 - Debe tener mucho amigo entonces.
 - Lástima que cobra de vez en cuando. Sería lindo tener repartida más seguido.
 - Mi papá dice que don Antonio es medio comunista.
 - ¿Y qué es eso?
 - No sé muy bien. Parece que son unos que se pelean con los patrones y los curas.
 - Entonces seguro que debe ser. Porque don Antonio cada rato se agarra con los que mandan.
 - Lo que no me cierra es lo otro.
 - ¿Qué otro?
 - Que, aunque no va a misa no se pelea con el cura. Siempre andan juntos jugando al ajedrez. Aunque también es cierto que se trenzan lindo cuando juegan.
 - Debe ser porque tenemos cura pobre. Porque si fuera rico...
 - A mí me parece que don Antonio nos regala zapatillas y cuadernos para no ser rico. Así los comunistas, que parece que son bien jodidos, no se enojan con él.

- Lo que sí también tendría que regalarle algún par de botocos al cura. Como los de don Jaime, el obispo. Que sería como medio patrón de los otros curas. Y una sotana, que la tiene bastante jodida.

Y nuevamente el tachito cambió de lugar disparado esta vez por Pedro.

- En una de esas lo hace para poder ser comunista.

- ¿Está prohibido ser comunista?

- Parece que sí, porque de eso los grandes hablan en voz baja.

- El otro día escuché a tu mamá y a la mía que cotorreaban entre ellas. Parece que no solo dicen que don Antonio es comunista. También que le gustan los chicos.

- Eso seguro. Si siempre está con nosotros, nos ayuda con cosas lindas, y encima arma escuela para que le hagamos a las letras y a los números. Porque lo que es con los grandes, anda a las puteadas siempre.

- Sí, pero me parece que no hablaban de eso.

- ¿Y de qué hablaban entonces?

- Yo qué sé... Los grandes a veces conversan medio raro. Ahí es que les da por hablar bajito, medio como en secreto. Un día de estos le pregunto a mi mamá.

- Es que los grandes son medio vuelteros para todo.

- ¿A veces? Yo diría que siempre son vuelteros. Y no solo para hablar. La flojera les viene cuando tienen que hacer.

- Aunque no todos son así. Mirá don Antonio todas las cosas que hace.

- Cierto. Pero más que hablar es de gritar. Pero en lo que es hacer le sobra.

- ¿Sería eso cosa de comunista?

LOS VIAJES DE LOS MOCOSITOS

- Doctor Gorgni, con todo respeto que le tengo, me parece que a veces le agarra el delirio, ¿Cómo pretende llevar niños de los parajes a la ciudad, si ni siquiera conocen lo que es subirse a un vehículo?

- Precisamente ésa es buena razón para que viajen.

- No sé si es buena idea. Por lo complicada. Si alguno se lastima, o algo no sale bien, varios de los de arriba se las van a cobrar.

- Descuide, doña Eusebia. Ya verá que todo sale bien. Las personas para cambiar necesitan conocer. Y los mocositos tienen derecho a poder elegir.

- ...

- De alguna manera, el conocer ayuda a ser libres. Y usted lo sabe. Por eso eligió ser educadora.

Confiaba don Antonio en la capacidad de sus mocositos. Y en doña Eusebia, la maestra de la escuela del pueblo, quién, más allá de su reticencia inicial se convirtió en referente de la propuesta. Es que los adultos también en ocasiones necesitan cambiar cosas. Además, no era fácil sustraerse al carisma del médico rural devenido en organizador turístico.

La próxima tarea resultó más fácil: conseguir de los padres de los adolescentes la autorización para la expedición. Es que eran de la banda gorgniana, la mayoría crianceros de parajes vecinos, algunos migrados hacía poco al poblado.

La cuestión era ir a la ciudad de Neuquén en las vacaciones de invierno de 1966 con un grupo de niños de 13 a 16 años. El vehículo fue conducido por el Negro Muñoz, también secuaz del galeno, que ofició además de guía. Hicieron paradas en Las Lajas, donde se armaron de tortas fritas en la parroquia - producidas por doña Josefa, que era como la suplente del cura -. Luego en Zapala, donde conocieron el tren, y también en Cutral Co, con una recorrida por la refinería y una merienda de aquellas. Encima con media lunas petroleras. Las relaciones públicas del galeno devenido recreólogo le respondían.

Llegados a la capital provincial experimentaron con paseos en ascensor y en tren. Ya que estaban fueron recibidos en la Catedral por don Jaime, el Obispo, y en la Casa de Gobierno por don Felipe, el gobernador. Ambos desplegaron su campechana simpatía, potenciada por mate cocido con tortas fritas el primero y chocolate con churros el segundo. Daba para el engorde el paseo estudiantil.

Y al regreso los mocositos cumplieron con el acuerdo inicial y pasaron al papel la historia de las lindas sorpresas de su recorrido. Lo que determinó que don Antonio le hiciera a una empresa todavía más difícil.

Y ni asentó el traste que ya se enganchó en el armado de otra movida, y esta vez su cómplice resultó ser la maestra Irma Colombino, de la Escuela número treinta de Las Ovejas. Fueron de la partida veinticuatro alumnos, de siete a catorce años de edad, de pueblos y parajes tales como Las Ovejas, Bella Vista, Ranquileo, Lagunitas, Butalón Norte, Cayanta y Andacollo

El viaje se realizó en 1968, y el destino resultó ser Buenos Aires. En esta oportunidad el contingente se alojó en el Hogar Sarmiento de Ezeiza. Gracias al apoyo de la Casa de Neuquén también dispusieron de vehículos para los paseos.

Los relatos que redactaron los coltros al regreso informan de lo que se divertieron en los ómnibus, de lo fascinante del tren, y de lo impresionante que resultó el vuelo desde Buenos Aires a Bahía Blanca. Es que don Antonio se las ingenió para conseguir el apoyo de la Aeronáutica para ese tramo.

Recibieron muchos regalos en el programa de Pipo Mancera en Canal 7, se rieron de las piruetas de los monos, de la indumentaria del “caballo con rayas”, se deslumbraron con el porte del león y los tigres, y les agarró un poco de no sé qué con las víboras del zoológico. Se dedicaron al sube y baja con los “cajones de fierro” de los rascacielos, y se emocionaron con las vistas desde las ventanas del sexto piso del edificio que los alojó. Pero la máxima fueron los juegos del Ital Park, la rueda del mundo y los cochecitos chocadores, sobre todo. La remataron con toda una mañana de recorridos en el “sute”, que era una especie de tren metido adentro de la tierra.

Por eso, cuando se arman las juntadas en los parajes, o en los encuentros de jornaleros en las localidades del norte, suele suceder que al abrigo de los fogones aparezcan las contadas de estos recorridos. Y no es difícil que entonces alguna lágrima recorra el rostro curtido que denuncia el niño interior de alguno de aquellos mocositos de don Antonio.

DIÁLOGO DE COLEGAS

La cantina del Hospital Neuquén, referencia del sistema sanitario provincial, a media mañana era un lugar de encuentro de miembros del plantel. A más de un refrigerio, allí se cocinaban en algunos pocos casos diagnósticos y tratamientos, y en algunos muchos otros trenzas afectivas, negocios y demás yerbas del quehacer humano.

Compartían una mesa degustando un humeante café algunos médicos de diferentes servicios.

- ¿Viste a la de la cama 14?

- Todavía no hice tiempo. Las consultas privadas no me dan respiro.

¿Alguna situación particular?

- Es una paisana de la zona de Manzano Amargo, o algo así. Otro regalito de nuestro colega norteno.

El diálogo de los dos facultativos del Servicio de Clínica Médica apuntaba a la ironía.

- Supongo que hablarás del loco Gorgni.

- Sí, claro. ¿De quién otro podía ser? - El médico sorbió un poco de la infusión, tomó aliento y prosiguió -. Parece que sigue haciendo de las suyas. Ahora se dedica a fundar escuelas rurales. Como si le sobrara el tiempo. Y lo armó todo por las suyas, sin ninguna autorización del gobierno. Se cree un enviado divino, o algo así.

Su interlocutor agregó entonces lo suyo.

- Lo que no entiendo es de dónde saca la plata para todo lo que hace. Porque encima es más pobre que una laucha.

- Y no saldrá de ahí, porque se gasta todo el sueldo en ginebra, libros y regalos para los pibes. Claro, después vive a costillas de los demás, vecinos y colegas.

- Andá a saber. Para mí que tiene su ambición política.

- Si fuera así, con todo el arrastre que tiene con los paisanos, ya debería ser gobernador. El loco es todo un demagogo.

No dejaba de ser un reconocimiento.

- Sí, pero también tiene contra fuerte. Toda la gente de bien lo desprecia. Por borracho, puto y encima dicen que le gustan los chicos.

- Para mí que el chupi es lo que más lo limita.

- No me cabe duda. Podría actualizarse un poco en medicina para seguir ejerciendo. La otra vuelta se lo dije, y me respondió que mejor fuera a la zona norte a

enseñarle. Se cree que me sobra el tiempo. Con toda la gente que tengo que atender en mi consultorio. Además, uno tiene gastos fijos. ¡Qué tanto...!

- No entiendo como lo aguantan. Se nota que no hay otro.

Aquí apareció la necesidad de un respiro. Era hora...

- Volviendo al principio. ¿Por qué derivó a la paisana?

- El diagnóstico de derivación refiere una hidatidosis pulmonar.

- Bueno, tendremos que verla. Encima ni podemos derivarla al sanatorio para operarla. Estos paisanos no tienen una puta obra social.

- Y encima con la falta de camas que tenemos en el servicio.

- A ver si la mandamos rápido de vuelta. Ni sé para qué tanto gasto. Con la vida que llevan les arreglamos una cosa y enseguida se les desarma otra.

- Para peor muchos no quieren saber nada con nosotros. Prefieren al curandero o al loco.

- Sería lo mismo. Si se la pasa recetando yuyos. Y encima se queja cuando no le mandan remedios.

La carcajada de ambos fue estruendosa.

- Debe ser por eso que cada día nos deriva menos pacientes.

- Y lo bien que hace. Dentro de todo, mejor que siga por allá nomás.

Estamos más tranquilos y podemos dedicarnos a nuestra clientela.

- No veo la hora de largar del todo el hospital.

El gesto de cansancio atravesó su rostro.

- ¿Qué te parece si armamos una clínica privada? Ya va siendo tiempo de tener un lugar propio, con internación, laboratorio y movilidad. Ya tenemos nuestros clientes.

- Yo también lo vengo pensando.

Y prestamente, añadió:

- Nos vemos más tarde en el club, y antes del póker, te invito con un whisky y charlamos.

EL NEGOCIO DE DON ANTONIO

- Era hora que llegaran los sueldos. Hace meses que no veo un centavo.
- Para lo que necesita plata usted... Si todo el mundo le regala, presta o fía.

Usted sí que nació parado.

Don Antonio compartía un café con don Agustín, el cura del pueblo. Además de una partida de ajedrez en la que llevaba la mejor parte.

- Creo que tiene razón. La plata es una mierda. Mejor sería quemar todo el dinero del mundo, que para lo único que sirve es para estafar y que lo estafen, y que cada uno colabore en lo que sabe y puede.

- Eso es lo que proponen los anarquistas. En cualquier momento lo veo aparecer con una bomba con mecha prendida en una mano y en la otra la bandera roja y negra.

- Perdón, estimado representante dilecto del Vaticano. Con su ejemplo, más que con su palabra, su referente terreno celestial, conocido vulgarmente con el seudónimo de Jesucristo, propuso algo parecido. Y de paso, jaque al rey con este mísero peón. Sería una jugada de anarquista.

- Más vale no discutir con usted, estimado galeno. Mejor terminemos este partido de ajedrez que ya se hizo tarde. Ya veo el jaque mate cerca. Mañana tengo misa temprano, no como usted que abre consultorio cuando se le antoja.

Don Agustín se acomodó su poncho como para ir rumbeando a su ranchito de al lado de la capilla.

- Abro consultorio cuando puedo. No al pedo como cierta capilla de por acá, que si no es domingo no se aparece nadie. Y usted sabe bien que si no estoy en el Centro de Salud es porque ando recorriendo los parajes atendiendo a los que no pueden acercarse. O armando respuesta a la necesidad de los vecinos. Usted siga ocupándose de las cosas del Cielo y déjenos a nosotros lo de por acá. Para esta noche seguro tengo hasta la madrugada porque me anoticiaron que la Ceferina empezó a sentir contracciones más seguidas.

Y así fue nomás. Suspendida la partida con el cura párroco, aquella noche don Antonio tuvo quehacer. A la mañana siguiente le llegó el sobre adelantado por radiograma policial con el sueldo de los últimos meses. Lo de adelantado era por el radiograma, no por el sueldo que venía cuando los planetas se alineaban.

Don Antonio, con una sonrisa de oreja a oreja y arrastrando su pata complicada por la tuberculosis del hueso se allegó hasta la escuelita, la misma que levantarán hacia un par de años.

- ¿Qué se le ofrece, don Antonio? Nos está debiendo la clase de prevención de accidentes que nos ofreció hace un tiempito.

- Esta vez no podrá ser. Necesito que le avise a los mocositos que en el Centro de Salud habrá chocolate a la tarde, a la salida de la escuela. Que no se olviden de traer su taza. Es que andamos escasos de vajilla. Y el chocolate alcanza también para los padres que se acerquen.

- Se pondrán contentos los niños. Y mandaré aviso a los padres.

Para la tarde, con la ayuda de Marta, la diligente enfermera del Centro de Salud de Las Ovejas, y de varias vecinas que se le endilgaron habían preparado una olla de buen chocolate y tres fuentones de sopaipillas. Era tiempo de festejos en el pueblito cordillerano.

El olor de la grasa para freír impregnaba el ámbito sanitario. En una mesa Marta con doña Eulalia se encargaron del chocolate. En la vereda, doña Eloísa y sus dos hijas repartieron las tortas fritas. Y más allá, portando bolsas de arpillera, don Antonio con el Rogelio estaban a cargo de las sorpresas.

Más tarde se sumó un grupo de madres que acompañaba a los escolares.

Ya aleccionados, los niños, en estricta fila por orden de llegada, evidenciando una disciplina adquirida en ocasiones previas, pasaron por las tortas fritas y luego por el chocolate. Algunos repitieron el mecanismo, que venía bien por el frío otoñal.

Cuando las panzas dijeron basta llegó el turno de don Antonio, que ayudado por el Rogelio procedieron con su parte:

- A ver, Felipe. Vos aprendiste a multiplicar, así que este cuaderno con lápiz y goma te corresponde. Y de premio va la pelota. Eso sí, tenés que mejorar la letra.

El niño, radiante, aceptó el presente y se apartó para ceder su turno a Santiago. Don Antonio, aún más radiante, agregó:

- Le toca, don Santiago. El que dibujó el Domuyo a la madrugada. Parece que esta caja de lápices de colores le vendrá justito. También esta carpeta para guardar sus futuros trabajos. Y para los ratos libres, este trompo de colores. Hay que estudiar más la tabla del tres.

Nuevas muestras de alegría por parte de Santiago y de todos los presentes, sobre todo los padres, que aplaudían las ocurrencias de su doctor y los logros de sus hijos. De

paso, recordaban sus tiempos de niños, en que jugaban con tarritos símil baleros y pelotas de trapo que solo rebotaban gracias a sus fantasías. Otra que realismo mágico.

Y así, transcurrió la pequeña fiesta. Hubo presentes para todos. Ventajas de cobrar sueldos atrasados.

Llegó la noche entretanto, y un cansado don Antonio se apareció en la casa - ostentoso nombre que designaba a una piecita en el Hospital de Andacollo, el pueblo vecino - de su colega y amigo, el doctor Horacio Lores. Sin mucho protocolo ni invitación previa se instaló en la mesa y esperó la cena. Además, informó al anfitrión que había decidido alojarse allí unos días.

- Hace frío y en el Centro de Salud andamos escasos de leña, así que tendré que acomodarme por estos lados.

A su modo, don Antonio iba construyendo su pequeño mundo libertario. Mal que le pesare a su adversario en los trebejos, don Agustín, el tradicional cura de Andacollo.

Aquella noche, arrebujado en su poncho de Castilla, a don Antonio se le dio por la meditación.

Recordó la juntada de la tarde, el chocolate con tortas fritas compartido, la participación de los padres, tan remisos habitualmente a las convocatorias institucionales. Y, sobre todo, cuando al salir a la calle, se encontró con el espectáculo inolvidable: los hermanitos Calluqueo remontando sus barriletes, y a los hermanitos Llanquin ostentado glamorosos sus camisetas de Boca Juniors. También la persecución del fútbol número cinco por parte de dos bandas de entusiastas émulo de Boyé y Labruna. Por si fuera poco, y un poco más allá, aquel grupito dedicado a manchar cuadernos y paredes con producciones dignas del taller de Dalí.

Entonces pensó que, dentro de todo, a veces no viene mal un poco de dinero, ganado a costa de andar arrastrando su pata dolorida por las rucas cordilleranas, creando futuros hospitales por aquí y escuelitas rurales por allá. Siempre y cuando, pudiera disponer de la hospitalidad desinteresada de algún colega amigo. Al mejor estilo del mutualismo propuesto por Proudhon.

¿Anarquistas a don Antonio? No tenían ni, para empezar.

EL ENOJO DEL GOBERNADOR

- A ver, doctor. Haga el favor de escucharme con atención.

El Gobernador se dirigió con tono imperativo al Director General de Salud. Manos crispadas, ceño fruncido y mirada penetrante reflejaban su ira.

- Usted me informa que el doctor Gorgni cumple adecuadamente con su tarea. Pero las protestas de nuestra gente hablan de lo contrario. Me refiero a la gente pensante, los que dan trabajo. En fin, los de nuestra vereda. Usted entiende.

El funcionario escuchó atentamente, pero sin dar muestras de asentimiento.

- Ignoro a lo que se refiere.

Contestó con reticencia el interpelado.

- Me refiero a que ese doctor se está metiendo en cosas graves.

- ...

- La gente de nuestro palo señala que ese rengo medio loco anda promoviendo protestas y disturbios sociales en la zona norte. Se aprovecha de su profesión y los vecinos se sienten obligados. Y los pone en contra de las autoridades.

- Ignoraba estas cuestiones, señor gobernador.

El gobernador prosiguió:

- Debemos protegerlos de ese provocador. Me refiero a los estancieros, los comerciantes, los funcionarios de las reparticiones. No podemos dejarlos expuestos.

El funcionario sanitario tragó saliva.

- Lo que sí puedo decirle es que este médico ha hecho mucha obra, siempre por su cuenta o con el apoyo de la población de cada lugar. Ha levantado puestos de salud, escuelas rurales, ha impulsado cooperativas de agua, y se ganó el aprecio de mucha gente, aunque reconozco que también la oposición de otros.

- Parece que lo ha impresionado, doctor - el tono del gobernador se tornó irónico -. Pero lo fundamental es que ese borracho revoltoso, del que dicen que le gustan los chicos, deje de joder. Quiero que me lo ponga en vereda lo antes posible.

- No es por defenderlo, pero no hay denuncia alguna en su contra.

- Usted bien sabe que hay cosas que no se denuncian.

El Director de Salud optó por el contragolpe dialéctico:

- De acuerdo, señor gobernador. ¿Qué me indica que haga?

- Usted es el funcionario a cargo.

- Para echarlo o suspenderlo necesito una denuncia y así iniciarle un sumario administrativo. Usted bien sabe que mi límite de sanción es una suspensión por pocos días.

- ...

- Pero si usted firmara un acta de expulsión se lo podría echar directamente. Se expondría a la respuesta judicial del caso. Aunque, claro, en su lugar lo pensaría un poco.

El tono del Director de Salud promovía la prudencia.

- ¿Se puede saber qué tendría que pensar?

La curiosidad ganó el semblante del gobernador.

- Que, así como algunos no lo quieren, hay muchos, y le digo muchos con conocimiento de causa, que lo siguen a cualquier lado. Por lo menos diría que no es un momento oportuno.

Una pausa del doctor incitó la atención del gobernador.

- Usted sabe que habrá cambios políticos, y en cualquier momento nos encontraremos con el tiempo eleccionario. Por eso hay cuestiones que merecen esperar a que el viento amaine. Mucho más si como en nuestro caso, hay aspiraciones, legítimas, por cierto, a corto plazo.

- Doctor. Me sorprende su análisis. Usted debería estar en el Ministerio de Gobierno, no en la Dirección de Salud. Me parece prudente su observación. Pero, de todos modos, sígale el rastro de cerca.

- No le quepa duda, señor gobernador.

DIALOGO NO INFANTIL

- Buenas tardes, señores.
- Buenas tardes, señor ministro.

El ministro de gobierno de aquel gobierno de facto - a instancias del gobernador- había convocado a las fuerzas vivas de la zona para una reunión en el salón de la intendencia de Andacollo. El eje del encuentro era el descontento de integrantes de las llamadas fuerzas vivas con el modo de operar de don Antonio en la región.

Lo saludos y el convite con un café fueron el prólogo a la intervención del funcionario que fue directamente al grano:

- Como saben, me he acercado por indicación del señor gobernador para tratar la situación creada por el médico mencionado en la nota firmada por ustedes. Me interesa escucharlos para acompañarlos del mejor modo.

Un murmullo de asentimiento recorrió la sala. La invitación reunió caracterizados vecinos de la región, la mayoría de establecimientos ganaderos, también algunos comerciantes y funcionarios de diversas localidades. La voz cantante pertenecía a don Robustiano Sepúlveda, estanciero y portavoz habitual del grupo.

- Gracias por su acercamiento, señor ministro. Seré concreto. En cuanto a ese individuo, no sé si se merece el título al que hizo mención. Porque dista de honrarlo.

Al instante se sumó al inicio del debate don Matías Lafuente, mayordomo de la estancia Miraflor, de capitales ingleses.

- Coincido con usted. Poco es lo que atiende en el Puesto de Salud. Más es lo que anda arrastrando su pata por los ranchos de los crianceros, desparramando rumores y promoviendo rencores...

Una serie de intervenciones sucedió a la de don Matías:

- Y de los puesteros. Porque se mete sin permiso en nuestros campos. Y siempre hablando de los derechos. Nunca de los deberes. Con lo que cuesta mantenerlos. Ni siquiera valoran el tener trabajo.

- A ellos y a sus familias. Encima se reproducen como conejos.

- Así no hay provista que aguante.

- Para hacerla corta, aparte de las reparticiones públicas, los que empleamos somos nosotros. Los únicos que producimos en estos lugares, tan alejados de la comodidad de la ciudad.

Sin duda los estancieros se sentían más que afectados por la prédica de don Antonio.

- Además, somos los que pagamos impuestos.
- Y encima quedamos de blanco de demagogos profesionales como ese rengo. Lo peor es que no sabemos a quién o a qué responde.
- Reclamamos a usted, señor ministro, que se lo deje de apañar. Porque no cabe duda que ese hombre tiene una misión que no es precisamente curar a los vecinos. ¿De dónde saca la plata para sostener las campañas de regalos a los chicos?

El murmullo de asentimiento denotaba la inquietud e incertidumbre del caracterizado auditorio.

- Compra los favores de los chicos y de los padres. Y no quiero profundizar, pero está más que claro que se debe cobrar esos favores. No hay más que fijarse la cantidad de chicos que lo siguen por todas partes.
- Y los padres ni mú. También ellos se benefician de la demagogia.

El ministro intentaba gestualmente encauzar la discusión que se hacía desordenada.

- Y ni siquiera podemos denunciar, porque nos piden pruebas.
- ¿Para qué nos haga un juicio por calumnias e injurias? Aquí nadie mueve un dedo porque queda claro que hay políticos que lo protegen.

La teoría conspirativa prevalecía en el ambiente hostil.

- O al menos no se comprometen.
- Si no fuera así, no estaría trabajando acá.

Acá el ministro encontró un resquicio donde intervenir:

- En reunión de gabinete, allá en Neuquén, en presencia del gobernador, hemos hablado de este tema. El Director de Salud refirió que el doctor Gorgni fue el único médico que aceptó trabajar en la cordillera en la zona norte. Y que cumple con las exigencias de la tarea sanitaria. También excede ese campo con proyectos de obras públicas y de educación. Nos consta que su intervención permitió respuestas sociales sentidas sobre todo en parajes rurales.

El inusitado respaldo pareció sobrecoger al auditorio. Luego de un silencio, reapareció la diatriba:

- Excusas. Solamente excusas.
- Mientras tanto los que aguantamos la situación somos nosotros, los empleadores.

- Y encima nos endilgan ser explotadores. Cosas de veres Sancho.

El ministro con ademanes de comprensión pidió ser escuchado.

- Para iniciar un sumario debemos tener una denuncia. Son ustedes lo que deberían hacerlo. Mientras tanto, les garantizo que estaremos atentos con su actividad. No le podemos prohibir que distribuya su sueldo como le plazca.

Un nuevo silencio se apoderó del ambiente.

- Y si conocen de algún médico que se anime a trabajar en esta región, les pido que me lo hagan saber. No cualquiera se le anima a los pagos cordilleranos. Tenemos varias vacantes sin cubrir.

LA INDUMENTARIA DE DON ANTONIO

Alrededor de los años sesenta, don Antonio estaba a cargo del Puesto de Salud de Copahue. Hoy es un Centro Termal reconocido internacionalmente, con una estructura tecnológica de alta gama. En aquel entonces las instalaciones dejaban mucho que desear. Pero lo fundamental, entonces como ahora, eran los dones que la Naturaleza había prodigado en el lugar. En sus inicios fueron los integrantes del pueblo pehuenche los que descubrieron las propiedades curativas del barro, el vapor y las aguas sulfurosas. Ni hablar de la belleza de sus montañas, lagos, ríos y bosques de pehuenes milenarios.

Don Antonio meses atrás había sido destinado provisoriamente a dicho lugar. Cabe destacar que la medicina termal de entonces estaba en los inicios. Había que destinar un médico y le tocó a él. Que por otra parte no protestó. Es que había pobladores, rocas, historias y leyendas por conocer. A su juego lo llamaban. Pero la cosa pintaba tan provisoria que no había recibido sueldo desde entonces.

Pasados algunos meses resolvió molestarse. Procedió entonces a remitir radiogramas policiales, a la sazón en dicho lugar único sistema de comunicación oficial a distancia. Daba cuenta de su necesidad por un lado y ejercía su derecho por el otro. Pero el silencio había sido la inalterada respuesta.

Y como para resabiarse no necesitaba gran cosa el tono de las misivas fue escalando, hasta que en algún momento lindaron en lo agresivo. Entonces sí, casi mágicamente, apareció la réplica por parte del ofuscado gobernador, don Ramón Asmar, quién había sido el destinatario de los mensajes.

Citado por el funcionario, don Antonio concurrió entusiasmado. El conflicto con el poder era lo suyo. Pero no lo hizo de cualquier manera. Me refiero, primero, a su actitud desafiante y bizarra, cosa que le salía muy bien. El otro punto era su presentación, o falta de ella, por decirlo de alguna manera.

En principio, lucía barba de varios días, para más los pelos de su limitada cabellera de desparramaban de modo llamativamente desordenado. Despeinado era muy poco decir. Del bigote ni hablar: desaparejo, registraba tijeretazos distribuidos al azar. En medio de su frente aparecía una mancha de hollín inadecuada desde lo ético y lo estético y a los anteojos le faltaba una de las patillas.

¡Se trataba de un profesional de la salud convocado por la autoridad provincial!

Por si fuera poco, portaba camisa deshilachada y con impactos de diversos matices, posible resultado de comidas de alto contenido graso, alguna que otra de tinta,

otras de barro y así. Chaleco agujereado, con ausencia de dos botones y de uno de los bolsillos emergía un cordón de zapatos del que pendía un reloj pulsera sin malla, composición que denotaba desprecio por las buenas normas del convivir. Pantalón que excedía notablemente su talla ajustado con un cordón deshilachado, cuyos extremos ondeaban irreflexivos con el movimiento de su humanidad. Además, botamangas chaplinescas raídas y enrolladas, ostentando borrones con olor a amoníaco en derredor de la bragueta. Del saco ni hablar: lucía codos raídos y se destacaba un brillo sugerente en los espacios de roce que informaba de un uso exigente y prolongado. Para más con los extremos distales de las mangas recortados burdamente para adaptarlos al largo de sus miembros superiores. Las medias a rombos demostraban a través de sus agujeros que merecían urgente reposición. Ni qué hablar de lavado. De los zapatos qué se podía decir: para no abundar estaban lamentables. Lo peor eran las suelas despegadas que proponían al galeno una marcha sumamente peculiar, por decirlo de alguna manera. Por si fuera poco, en su mano izquierda y, de modo cuasi ostentoso, portaba un sombrero de fieltro que en sus orígenes habría sido de color marrón, y que denunciaba signos físicos del ataque de perseverantes bandas de polillas.

Todo ese conjunto, reflejaba una combinación de colores no aconsejable para un desfile de moda. Quizás sí para la paleta de un pintor de la escuela impresionista, tanto por la cuestión cromática como porque impresionaba para el carajo, por decirlo suavemente.

Cabe aclarar que muchas veces don Antonio registraba estilos diversos. A veces era cuidadoso, sobre todo en ámbitos de trabajo, y otras más vale no hablar, sobre todo si transitaba alguna crisis de dipsomanía, académica manera de nominar su estado de borrachera. Pero también creo innecesario consignar que esta vez se había excedido con toda intencionalidad de tono.

Al gobernador Ramón Asmar la situación le molestó sobremanera. La vivió como un agravio a su persona y a su investidura. Sobre todo, porque personalmente era muy cuidadoso en su estilo.

- Me parece que su vestimenta no se corresponde con la de un médico de Salud Pública Provincial - y medio atragantado prosiguió-. No puede dar este ejemplo a sus pacientes. Además, lo he convocado en mi carácter de gobernador, y como tal merezco respeto.

Sin inmutarse y mirándolo con determinación, don Antonio le respondió:

- Usted deberá disculparme, pero esta situación escapa a mi deseo. Más debo decirle. Es usted el principal responsable personal y político, para no hablar de culpabilidad. Mi vestimenta se corresponde, exactamente, a las posibilidades monetarias que me brinda Salud Pública Provincial, entidad que entiendo depende de su persona. Y sabe que me refiero a los sueldos que se me adeudan. Y a su limitado concepto de lo que son sus obligaciones como funcionario público. Encima responsable máximo provincial.

Más claro, echarle tinta.

El diálogo, por decirlo de alguna manera, terminó allí. El gobernador se retiró, como su antecesor, azotando la pobre puerta del despacho. Y como otras veces, don Antonio se salió con la suya. Salió de la Casa de Gobierno con el cheque que en propias manos se lo entregó el Ministro de Hacienda que fue llamado de urgencia por el gobernador.

No lo podían echar. A más de inimputable, era lo que había.

LA INTENDENCIA

El mate, espumoso y cálido, circulaba cebado por el maestro de Andacollo - y prominente investigador social -, don Isidro Belver.

- Créame, don Antonio, entiendo que no es fácil la respuesta. La verdad es que el gobernador Rosauer no es ningún pasmado. Necesita un referente local con predicamento, y lo eligió a usted. No le falla para nada el ojo.

- Eso lo dice usted. Pero lo que es a mí nunca me interesó lo referido al poder. Exige poner energía que rinde más mejor orientada. Me lo enseñó mi maestro ácrata, el catalán don Ignacio. Creo que ya le hablé de él.

- Claro que lo recuerdo. El luthier de la biblioteca.

- Siempre me decía que el poder corrompe.

- Y como dicen las malas lenguas, el absoluto lo hace absolutamente...

Don Isidro sonrió mientras se escuchaba. Si de algo estaba seguro es que don Antonio no era de los ansiosos por mandar o llenar su bolsillo, y menos a costa del bien público. Pero advirtió el conflicto que lo atravesaba. Eran los tiempos del gobierno de Onganía.

- Volviendo al tema, el que anda desesperado para hacerse de la intendencia es el estanciero Pizarro. Le sobran relaciones que roncan fuerte. No es moco de pavo don Pizarro.

La intervención del docente pegó en el clavo. Pero continuó machacando.

- Y le falta ser buena gente. Aprovechará para asegurarse la tierra que le robó a la comunidad con las corridas de alambrado de su estancia.

El semblante de don Antonio se demudó. Ya lo había enfrentado, e incluso lo había denunciado, aunque sin éxito. Era cierto que le sobraban influencias.

Don Isidro continuó su discurso:

- Más allá de su conveniencia, don Antonio. ¿No pensó lo que podría hacer desde el cargo?

- Sí que lo pensé. Incluso en su oferta Rosauer me aseguró apoyo para mejorar el camino, ampliar la escuela y el hospital, armar la red de agua y conseguir motor para la usina eléctrica.

- Sería una oportunidad para el pueblo.

- Usted lo dice fácil, pero... ¿qué haría en mi lugar?

- La verdad es que no lo agarraría, pero de puro cagón que soy. Porque no tengo las agallas que a usted le sobran. Que si no...

Al otro día, en el camión de los Ramos Generales del turco, don Antonio - que siempre había sido un esperanzado de aquellos - viajó a Neuquén para aceptar el ofrecimiento del gobernador Rosauer, previo la confirmación del apoyo prometido.

Recibió de palabra lo buscado, aunque del dicho al hecho...

MEDICINA INTERCULTURAL

Aquel fue un día ajetreado para don Antonio. No daba abasto para atender la demanda de los vecinos. El invierno venía jodido, y sus mocositos sufrían con el frío y la pobreza. Para peor, don Eustaquio Inal se despeñó en el barranco de Piedras Blancas y sufrió una fractura de brazo que tuvo que acomodarla medio de prepo. Por suerte esta vez disponía de venda de yeso. A falta de anestesia le compartió tragos de la petaquita de siempre. Había que aprovechar la volada.

Imprevistamente se apareció su amigo don Julio Heffner, el maestro rural de Los Carrizos. Había sido el primer referente de la zona que le dio la bienvenida. Cuando podían compartían ajedrez y algún costillar de chivito, pero por sobre todo el vínculo se forjó en la afinidad que tenían por la tarea social.

- Lo andamos necesitando urgente, don Antonio.

El semblante de don Julio ameritaba toda la atención del médico.

- ¿Qué sucede, don Julio?

- Me pidieron que lo buscara sin tardar. Es por doña Eusebia, la mujer de don Pedro Calfueque, el puestero de la estancia El Entrevero. Me anoticiaron que se jodió de repente y quedó como estatua en la cama desde ayer. Y acá estoy para acercarlo en mi chata.

Inmediatamente don Antonio se calzó la chaqueta, metió su petaca de ginebra en el bolsillo y se armó con su maletín de urgencias médicas. Sabía que don Julio era hombre de pálpito acertado. Antes de salir le dejó a don Eustaquio unas aspirinas envueltas en papel de estraza y le recomendó que no anduviera jodiendo con los caballos por un tiempo. El baqueano asintió con gesto grave, pero no engañaba a nadie. En la primera de cambio ya le haría a la montada en pelo. Y el yeso, si te he visto no me acuerdo. Es que la necesidad tiene cara de hereje.

En el viaje, mientras recorrían los sauzales de la Cordillera del Viento que flanquean al río Nahueve, don Antonio fue ampliando la situación a partir del relato del docente devenido chofer de urgencias. La familia del puestero incluía tres niños de corta edad. Gozaban de la estima de los vecinos. Don Pedro había heredado el puesto de su padre, don Atanasio Calfueque. Reconocimiento al compromiso de por vida del veterano. Don Julio le transmitió su inquietud al amigo médico.

- El vecino me adelantó que le parecía un daño - entidad maligna de la cultura originaria -. A mí se me hace que locura. Apareció de repente y la familia está muy angustiada.

Luego de un ajetreado recorrido traspusieron la tranquera de la estancia y se allegaron al puesto Calfueque. Prestamente, don Antonio se apeó de la camioneta y con agilidad, a pesar de su pierna defectuosa, se acercó a la entrada del rancho. Cuando había tarea como que se le destrababan las coyunturas. En un tocón de álamo estaban sentados los tres niños, uno al lado del otro, todos endilgados por el miedo.

Inmediatamente se mostró en la puerta de entrada don Pedro. La aflicción se le reflejaba en el semblante.

- Gracias que llegó, don Antonio. No sé qué hacer. Por favor pase y vea a la Eusebia.

Sin mayores preguntas el galeno estrechó al anfitrión con un abrazo rápido pero afectuoso, con el que intentó transmitir alivio. Al menos la económica irradiaba su calor en tanto calentaba la pava para algún mate.

Al ingresar al dormitorio del puesto pudo observar a doña Eusebia en su cama acostada boca arriba, con su mirada clavada en la cumbrera del rancho. Inmóvil, ciertamente semejaba una estatua. Para peor, no reaccionó a los estímulos que ensayó don Antonio. El examen físico denunció un estado de deshidratación. El olor y la ropa de cama amontonada en un rincón informaba que no controlaba esfínteres, y el desorden reinante que la situación desbordaba a su marido. No era para menos.

Luego de examinarla y ya en la cocina, don Pedro le refirió que “la patrona” se había complicado hacía dos noches. Bruscamente se había postrado sin razón aparente. Como antecedente su madre había “sufrido de la mentalidad” y su padre de alcoholismo crónico. El hombre, entre acongojado e impotente, también necesitaba ayuda.

- Necesitaremos internarla, don Pedro. Hay que darle suero, medicamento y cuidados de enfermería. Le pediré a doña Marta que la acompañe y veremos cómo sigue. Consultaré con los del Hospital Central, y si no reacciona tendremos que derivarla.

- Lo que usted diga, don Antonio. La acompañaré, pero antes le encargaré los coltros a doña Elisa. Es vecina de fierro doña Elisa.

El médico asintió comprensivo, apoyando una mano en el hombro de don Pedro, como quién entiende y acompaña. Las palabras habían entrado a sobrar.

La trasladaron al hospitalito de Andacollo en la camioneta de la estancia y quedó internada con hidratación por vía endovenosa, medicación sintomática y a la espera de su

evolución. La acompañaba don Pedro, que en silencio atinaba a acariciarle su mano y a enjugar el sudor de su frente.

Al otro día estaba mejor desde el aspecto físico, pero proseguía con su inmovilidad. A todo esto, don Antonio había consultado con los especialistas y con su bibliografía psiquiátrica, intentando componer un panorama diagnóstico. El mate, como siempre, resultó un aliado en el diálogo que sostuvo con don Pedro.

- Estuve estudiando lo de su señora, pero le confío que la situación se presenta difícil - fue entonces que acercó su banqueta y tomó la mano del paisano -. Voy a necesitar de su ayuda para intentar ayudarlos.

El tono de franqueza le ganó la confianza a don Pedro:

- Usted dirá, mi doctor.

- Cortito y de frente, don Pedro. ¿Qué cree usted que le pasa a su señora?

La pregunta del presunto experto en diagnosticar sorprendió al puestero. No esperaba que un médico le requiriera tal opinión. Pero de don Antonio se podía esperar cualquier cosa.

Las miradas se encontraron y el criancero se sintió facilitado en la respuesta.

- Ya que me lo pide, creo que a la Eusebia le hicieron un daño. Seguro algún vecino que nos celó por los chicos, los animalitos o el trabajo que tenemos. Porque, usted sabe, hasta ahora no nos iba nada mal en la vida.

Así el médico escuchó el relato del puestero acerca de la entidad médica originaria, nacida del Kalku, la fuerza del Mal. Que es producto de la envidia y facilitada por el brujo, persona con poderes especiales.

Al concluir, el puestero se sintió aliviado. La escucha del médico había sido respetuosa y atenta.

- Me queda claro, don Pedro. Le agradezco la confianza. Entiendo que me queda mucho por aprender. Usted se habrá dado cuenta que no manejo el tema. Puedo intentar ayudar desde mi saber, pero el suyo es diferente. Por eso necesito que me oriente.

Nada común un médico bajado del caballo y aceptando el modo de la medicina originaria.

- Usted dirá, don Antonio.

- ¿Cómo se hace para curar el daño? Como se dará cuenta, como le dije, me queda mucho por aprender.

Ese día el galeno rural utilizaba toda la pólvora, pero a don Pedro la pregunta ya no lo tomó de sorpresa y de inmediato respondió:

- Con una machi, persona sabia con poderes para ayudar. No como el brujo que jode.

Y así se inició un largo y rico diálogo que adentró a don Antonio en el saber de la medicina originaria mapuche. Escuchó que el encuentro de curación - llamado machitún - congrega a la familia y a la comunidad de la persona afectada. El machi - chaman originario regional - se vale del peuma, sueño extático, tanto para el diagnóstico como para el tratamiento. Y la familia y el grupo comunitario lo ayuda con cantos y danzas a expulsar el daño del cuerpo de la persona afectada. Nunca falta el awun, que es una ronda con jinetes que aullando espantan al Huekufú que es fuerza maligna.

También agregó que doña Carmen Antigual, del paraje Caichi Hue, era la machi más reconocida. Don Antonio se comprometió a apoyar para que el tratamiento tradicional se hiciera efectivo, y aceptó el pedido de continuar con sus medicamentos. Singular el enfoque gorgniano.

Dos días después consiguió que su amigo don Julio Heffner siguiera oficiando de chofer, esta vez para trasladar a la curadora tradicional, que se alojó varios días en Los Miches, comunidad a la que pertenecían doña Eusebia y don Pedro. El encuentro sirvió para que ambos curadores iniciaran un vínculo personal y terapéutico que continuó durante mucho tiempo, respetuoso y de afecto mutuo.

- Y le pido, por favor, don Antonio, que la siga ayudando. Cuando doña Eusebia mejore yo volveré a Caichi Hue y cuando me necesite de vuelta me avisa. En un tiempo le pido que me acerquen las aguas - orina - de doña Eusebia. Recuerde que la podemos ayudar de lejos. Para orar al Futa Chao - divinidad mapuche - no necesitamos presencia.

La claridad de doña Carmen facilitaba la tarea.

Doña Eusebia mejoró rápidamente. No tuvo recaídas. Pero el acuerdo entre los curadores se sostuvo en el tiempo y permitió ayudar a otros pacientes de familias crianceras.

Repetía siempre don Antonio que tenía dos buenos referentes médicos; don Florencio Escardó, quién siempre repetía que medicina era lo que curaba, más allá de un diploma, y don Ramón Carrillo, que afirmaba que los microbios eran muy poca causa en la producción de enfermedades.

Llamativa y creativa la obediencia del discípulo devenido cordillerano. El resabio que lo caracterizaba distaba de ser global. Había resultado selectivo el hombre.

ATENEO ACADÉMICO

El aula del Hospital Neuquén era el escenario del encuentro periódico de los médicos. Habitualmente el eje de las reuniones consistía en armado de los cronogramas de guardias, chimentos sobre políticos y asuntos de polleras y negocios. Aquella vez, sin embargo, giraba alrededor de un caso clínico, en el que además estaban en juego diferencias personales y de las otras.

- Por todo lo visto, y luego del resultado de la necropsia, quedó definido que el deceso se debió a una meningitis bacteriana. Y que el tratamiento recibido por el paciente dejó mucho que desear. Diagnóstico tardío, medicación insuficiente, derivación también retardada. En suma, negligencia, impericia e imprudencia todo bien mezcladito.

El tono del relator médico giraba entre lo irónico y lo airado. El blanco del ataque, aunque en ausencia, era don Antonio Gorgni. Pero esta vez no estaba solo. Algunos médicos jóvenes que luego de su ingreso lo habían acompañado por la zona norte, conocían de su tarea y salieron al cruce:

- Decirlo es bastante más fácil desde nuestro lugar, con consultores y tecnología a mano. Otra cosa es hacerlo en la soledad cordillerana.

- Y todos sabemos que el inicio del cuadro fue solapado.

Detener aquel ataque en minoría era tarea de titanes, pero la juventud todo lo puede.

- Ya salieron los defensores de pobres y ausentes.

- Y de médicos ineptos.

El grupo tradicional de médicos del Hospital Central era muy crítico con don Antonio, a quien llamaban El Loco. Quizás porque con su trabajo y prédica descolocaba a quienes lucraban con la profesión, o en el mejor de los casos por la adhesión al paradigma medicalista que indicaba que la tarea sanitaria se limitaba al tratamiento de las enfermedades. Clásica pugna entre las políticas de mercado y las enfocadas en la calidad de vida.

En el ámbito del Hospital Neuquén el peso entre los bandos en disputa no estaba proporcionado. Los médicos de la “privada” de la capital neuquina, en buena parte liderados por profesionales con fuertes intereses comerciales, eran mayoría. Por cierto, había de todo, incluso honestos y comprometidos. En el interior, en cambio, eran muy pocos y mal distribuidos. Aunque tiempo después se sumarían jóvenes profesionales comprometidos con la Salud Pública: en Buta Ranquil Alejandro Vargas; en Junín de los

Andes Sami Bega, en Las Ovejas Gualberto Méndez Valdemarín, Horacio Lores en Andacollo, Osvaldo Pellín y Oscar Arraiz en Villa Angostura, Antonio García en El Hucú, Fausto Peláyez en Zapala y Francisco Violante en Neuquén. Con ellos - y otros más - se formaría la base territorial del futuro Sistema Provincial.

Volviendo al Ateneo, el relator comentó que el paciente, de edad avanzada, había fallecido en el Hospital de Neuquén tras ser derivado de la zona norte en un traslado difícil. Los temporales de nieve en la Cordillera del Viento siempre fueron de temer. El tratamiento inicial a base de antibióticos había sido infructuoso.

Don Antonio había efectuado la primera consulta en un rancho en La Primavera, paraje al que arribó en un carro tirado por bueyes. La presentación inicial encajaba en un cuadro inespecífico pero la evolución fue mala. Además, el criancero se había negado al traslado al hospital propuesto por don Antonio:

- ¿Y quién me cuida los chivos si me llevan de acá?

Dicha resistencia cedió por la ayuda que requirió el médico entre los vecinos, que se comprometieron a cuidar los animales.

Lo cierto es que la reunión hospitalaria ardía. La intervención del doctor Carlos Lima, vocero de los jóvenes, generó murmullos encontrados:

- Tenemos que valorar el proceso y no solamente el resultado. El análisis no debe contemplar exclusivamente el flanco de la patología.

La respuesta del médico relator fue inmediata:

- El error técnico no es menor pues le costó la vida al paciente. Debemos considerar una acción ejemplificadora.

Apareció entonces una voz moderada, en la persona de un clínico jubilado de larga y respetada trayectoria:

- Ciertamente, estamos ante un caso de diagnóstico inicial difícil. La enfermedad comenzó en forma solapada, como un estado febril banal. Pero al complicarse, por razones en las que el contexto pesa considerablemente, hubo que derivar a un hospital de mayor complejidad. Esa tardanza es la clave a descifrar. No me cabe duda que ha sido difícil, y que juzgar superficialmente nos expone al error.

La postura del referente, inusitada, impulsó la intervención de los jóvenes:

- El médico tratante pidió apoyo para traslado a nuestro hospital y se demoró dos días por el clima. El temporal de nieve fue intenso. También es conocida la carencia de medios que sufre la zona norte. Las dos ambulancias de Chos Malal para la zona norte

estaban fuera de servicio, y aún funcionando, no dan abasto para las emergencias. Algunos de nosotros conocemos la situación en terreno.

- Tendríamos que evitar conclusiones apresuradas, y no juzgar, menos en ausencia, a quien por sacar la cara en el territorio se expone.

La renovada defensa exigió nuevas teorías:

- Lo que pasa es que ese médico, no casualmente conocido como El Loco, se mueve para hacer escuelitas y otras cuestiones cuando su deber es atender pacientes como es debido. Y si no le da el cuero que renuncie y se dedique a enseñar a sumar y restar.

La animadversión de parte del plantel médico tradicional no dejaba dudas.

- Propongo que no utilicemos este espacio para revanchas personales.
- Ni políticas.

Las voces de los médicos jóvenes redoblaban el apoyo al ausente.

- Ni da para eso. Ese individuo es un inimputable. Se ampara en que lo protegen muchos vecinos por su actuar demagógico. Lo menos que se merece es un sumario.

La voz del jefe de Servicio de Clínica retumbó imperiosa y en su sostén terció entonces el doctor Gervasio González, quien solía estar muy bien informado por ser habitual concurrente, junto con funcionarios y gente de poder, de la mesa de póker del Club Social:

- ¿Saben la última que me acabo de enterar? El personaje del que hablamos, actual director y fundador del Centro de Salud de Las Ovejas, dictaminó la semana pasada que también fuera un lugar de cuidado de niños. Es decir que pretende que en el hospital funcione un jardín de infantes ¿Quieren más pruebas de su limitada vocación médica y sobre todo de su desorden mental? ¡Qué podemos esperar de un borracho homosexual!

Continuó su prédica, no sin antes dirigir su índice acusatorio al grupo de jóvenes médicos:

- Además, se da el lujo de rechazar nombramientos de personal solo por ser parientes de funcionarios. Ello habla de su omnipotencia. Ojalá a nosotros nos mandaran más recursos.

Ya entonces la discusión estaba perdiendo entidad, pues los veteranos habían comenzado a retirarse. Es que había llegado el horario de la consulta privada, y no era cosa de perder clientes. Con lo dura que estaba la vida.

Quién lo hubiera dicho. Por una vez la medicina del lucro benefició al médico resabiado de la zona norte.

“EL DOLOR” DE DON JOSE CALFUEQUE

Aquella tarde Don Antonio se allegó a la ruca de don José Calfueque, quien residía en el paraje de las Piedras Meonas flanqueado por el nunca bien ponderado río Nahueve. Le inquietaba el estado del anciano. Afectado de hacía tiempo por un cáncer de riñón, su declinación era marcada. Registró así sus ojos hundidos, su piel apergaminada, su respirar entrecortado. Ambos sabían que la vida se le iba escapando de a poco.

Lo que no cambiaba era el sentir del criancero, y obraba en consecuencia. Seguía madrugando, no dejaba de matear una pava mañanera, y después se sumergía en la confección de sogas, implemento esencial del hombre de campo. Curtía él mismo los cueros, y con su paciencia infinita los recortaba con aquel su modo pausado, para luego acometer el trenzado de sus lazos.

- Le debe andar doliendo su panza, don José. El bulto le anda creciendo de a poco. Y su palidez me avisa que debe seguir orinando con sangre.

- Si usted lo dice, don Antonio, así nomás ha de ser.

- Le voy a dejar remedios para el dolor. Y si nota que se debilita nos hace avisar por si necesita que lo derivemos a Chos Malal.

Dentro de la impotencia, el médico trataba de acompañar a don José de algún modo.

- No necesita derivarme, porque yo no le hago a la necesidad. Recuerde que ya lo hemos hablado. Y tampoco necesita dejarme remedio, porque no le hago al remedio huinca. Y sepa que le agradezco su voluntad. De última, me preparo un buen baño con hojas de retama, armo té de valeriana, y a otra cosa.

- Mire, don José. Le pido que se deje ayudar, que para eso me pagan. Muy de vez en cuando, eso sí, pero tengo un sueldo - el tono de don Antonio tiraba a súplica -.

- Le agradezco la intención, pero está bueno mi dolor. Y necesito encararlo. Cuando se me aparece sé que sigo viviendo. Y a medida que nos vamos conociendo, nos vamos respetando. Son cosas que trae el seguir respirando. Y sabe... No moriré antes de mi tiempo, ni viviré después de él.

- ...

- Tampoco quiero que el remedio se me meta en esta prueba que me produce la vida. El dolor me avisa cuando me muevo de más. Y me dice que tengo que mirar mi

adentro. Es mi oportunidad para ser más gente. Si tengo que curarme que no sea por el remedio. Por eso le pido que me deje doler.

Y se sirvió un mate lavado mientras fijaba su mirada en don Antonio:

- De última, de algo uno tiene que morir cuando le toque. Sí le pido que no deje de acompañarme. Su respeto me da aliento. Me esperanza que le dicen. De paso se capacita para cuando le llegue su tiempo. En tanto y si me permite, voy ensillando el mate que se me lavó por andar hablando zoncera.



Y SIGUEN LAS HISTORIAS

- Me estaba faltando este mate, don Belarmino.
- Se necesita el verde para una buena conversa, don Antonio.

Don Belarmino Neculmán era el anfitrión en su humilde ruca de aquel rincón del Cajón del Varvarco, en el norte neuquino. De bombacha bataraza, boina roja y alpargatas, estaba atareado en agasajar a su visitante, con el que siempre sostenía jugosos diálogos. Ambos sentados en pedazos de tronco acolchados con un cuero de lanar. El fogón en el suelo ardía en aquel atardecer de otoño. Las hojas de los sauces cubrían de oro y sangre el suelo del lugar.

Don Antonio ya había cumplido con su tarea de médico. Don Belarmino, anciano de noventa y tantos, sufría de hipertensión arterial e infecciones bronquiales a repetición. Cosas del fumador veterano. Cada vez que podía el médico rural se daba una vuelta por el paraje para controlarlo, ya que el anciano pehuenche tenía limitada su locomoción. El tiempo le pesaba en su osamenta, aunque no le había mermado su lucidez.

- ¿Y cómo andan sus cosas, don Antonio? Me llegó la comentación que le anda haciendo a una nueva escuela por Manzano Amargo, o algo así.

La mirada del antiguo criancero acompañaba el ofrecimiento de otro amargo.

- Lo mío es lo menos, don Belarmino. Los vecinos son los que ponen el hombro. La verdad es que no soy capaz de pegar un ladrillo - un encogimiento de hombro acompañó el comentario -. Apenas sí los acompaño en sus reuniones y a veces aconsejo en alguna que otra cosa.

- Por algo lo llaman cuando quieren armar tarea. Todos dicen que sabe sumar aliento.

- Son opiniones de algunos. Otros piensan distinto, créame que no le miento.

- Sólo desparrama el enjambre el que remueve el panal. Y parece que usted es bien entendido en eso.

Y vaya que tenía razón el veterano.

- Seré curioso, pero siempre me llamó la atención el poncho laboreado que tiene en la pared. Nunca se lo puso, pero bien que lo ostenta.

- No es para menos, don Antonio - el viejo criancero comenzó a armar su cigarro mientras miraba la prenda con respeto -. En tiempos pasados, los peñis - hermanos - del valle del Varvarco y lagunas de Epulauquen, donde nace el río Neuquén,

que manejaban el paso del Boquete de Alico, reconocían al dueño de ese poncho, mi abuelo el lonko - cacique- Nahuel Neculmán.

Don Antonio aprovechó la revelación para compartir un trago de su petaca de ginebra, y agregó:

- Con razón tiene la prenda tan en cuenta.

- Junto a los lonkos pehuenches El Mulato y Martín Toriano se juntaron con los hermanos Pincheira, que venían del otro lado de los montes, para pelear por las tierras que nos querían robar los estancieros y milicos de Buenos Aires. Que siempre fueron la comparsa de los gringos de afuera.

- Oí hablar mucho de la resistencia que armaron. De esa historia no se comenta mucho en nuestras escuelas, y eso que es bien nuestra propia historia.

El tono de don Antonio reflejaba su enojo.

- El arrebato de lo nuestro fue de marca mayor. Nos dejaron con retazos de piedreros que apenas dan para sostener unos pocos chivos de lo que había sido nuestra Mapu - Tierra -. Y cuando nos defendimos nos trataron de ladrones maloneros.

El rostro del anciano reflejaba el dolor por lo perdido.

- Pero no se la llevaron de arriba. En Epulauquen y Pichachén con los hermanos José Antonio y Pablo Pincheira les frenamos fuerte la partida. - Y prosiguió luego de la primera pitada -. Pero al final nos pudieron. Ellos tenían la fuerza del cañón y el aguardiente.

- ...

- Fue la última parada fuerte que pudimos sostener. Hasta ahora por lo menos.

Un largo silencio anunció el “ya fue” de la contada y el encuentro. El aliento tiene su límite cuando se trata del sufrir de un pueblo.

A buen entendedor... Ambos se encontraron en el abrazo de despedida y don Antonio emprendió el regreso. La huella era larga y al viejo jeep le quedaba un solo foco sano para la vuelta. Pero tenía tarea: armar historia con la memoria que duele, pero ilumina. Y mucho mejor por cierto que el foco de su automotor, por llamarlo de algún modo.

PROVISION INSTITUCIONAL

Don Antonio hacía ya tiempo había habilitado el Centro de Salud de Andacollo, allá por el norte neuquino. Y como siempre, a puro empeño. Para algunos voluntad, para otros tozudez. Difícil conformar a todos. Al comienzo pintaba difícil. Pero, con su estilo y de a poco, lo fue armando. Punteaba en la tarea, pero se cuidaba de sumar a otros. Y a poco ya eran varios y al tiempo muchos.

Así la nada quedaba atrás y se alumbraba el por delante.

Esperanzada la tozudez gorgniana.

Sumaba al equipo una auxiliar que era medio enfermera en capacitación, medio mucama, medio meica - médica - yerbatera, a más de comadrona. Y, por si fuera poco, idónea en comunicación social. Vale decir, operaba como anoticiadora todo terreno, lo que le facilitaba a don Antonio el estar informado de toda novedad relevante, y por otra parte a socializar cualquier propuesta. Aunque claro, todo ello por el nimio costo de que también los vecinos se enteraban si se le escapaba un pedo o una puteada. Cosas de la comunicación pueblerina que le dicen.

No era fácil acompañar a don Antonio Gorgni. No estaba de más su fama de resabiado. Y para peor siempre andaba de recorrida. No le daba la talla para recluirse entre cuatro paredes en espera que le llegaran pacientes. Por si fuera poco, a la tarea curativa se le sumaba la movida comunitaria. No le aflojaba a los vínculos, a tratar de conocer todo y a todos. Nada que ver con la medicina de la pastillita y que pase el siguiente.

Y que no encontrara unos dibujos rupestres en su ronda. Empezaba por las fotos con su vieja Kodak, seguía el estudiar los alrededores, después el entrevistar a los pobladores, que era lo que más le gustaba. Se hicieron famosos sus labores sobre el sitio arqueológico de Colo Mi Chico y Cajón Grande.

En aquel entonces las cosas públicas no andaban bien en el norte neuquino, sobre todo en los parajes. Cuando el tiempo pasado en que Chos Malal era capital todo era diferente, pero desde que Neuquén ocupó dicho lugar las soluciones se alejaron.

Raro lo del cambio. El maestro Isidro decía que la movida fue para que el centro administrativo político quedara más a tiro de Buenos Aires. ¿Y con eso qué?

Desde el cambalache los políticos de arriba ni se enteraban de las necesidades del pueblo. Sean medicinas, libros, mantas, sueldos, todo llegaba cuando se les ocurría. Cuando llegaban, claro. Los caños se rompían, los caminos se convertían en huellas, los

muros de los edificios oficiales se destruían, y su personal escaseaba o cobraba de vez en cuando. Ni soñar con vehículos, mucho menos refuerzo de los servicios.

Lo que sí, los pobladores protestaban, pero nadie se iba. Sobraban los voluntarios para cuerpearle a las necesidades y a la mala administración estatal.

En general don Antonio se las arreglaba. El dinero no le interesaba sino para repartirlo en las necesidades de los chicos y lo que entendía muy indispensable en lo personal, entiéndase libros y ginebra. Era un apasionado de la historia, la arqueología y la geografía. Escribía hasta altas horas de la noche. Se adaptaba con poca ropa, aunque cuidaba su limpieza y pulcritud. Claro, siempre que no anduviera destruido por el chupi.

Abundaban las idas a comer y quedadas a alojar en los ranchos de los parajes. De última disponía de una cama en el Centro de Salud. Y, por si fuera poco, cuando se le ocurría se quedaba de prepo. Como quién dice, en donde le tallara. ¿Para qué más? Más aun, no quería saber nada de armarse de casa propia. Le complicaba eso de quedar fijado a algún lugar, o persona, o puesto o lo que sea. Solía decir que *“mejor ando alivianado por la vida”*. Lo suyo era volar. Un volar medio chueco, porque con esa pata... Pero vaya que volaba.

Lo que sí, se ponía bien firme con las enfermedades de los vecinos. Con eso no se podía joder. En aquel tiempo los radiomensajes por vía policial y notas por correo o mensajeros se sucedían, pero parecía que no llegaban. Para muchas necesidades estaban los remedios caseros, la solidaridad vecinal, la resignación. Pero en otras muchas la impotencia era mala consejera. En el pueblo no había farmacia, ni siquiera botiquín. El bolichero vendía aspirinas, alcohol y esas cosas, pero hasta ahí. Encima no era amigo del fiado. Y la plata no sobraba.

Lo que no le faltaba era información institucional. Apelaba a los referentes de las mismas en la localidad, de los que obtuvo el apoyo personal. Ya sea el maestro, el jefe de policía y el encargado de la estafeta. De las comunicaciones informales ni hablar. Se sabía que su informante clave era doña Cruz de los Milagros Salazar, prominente regente de la principal casa de placeres de Centenario. Allí se recibían asiduas visitas de funcionarios públicos. Era su preferida, pero distaba de ser la única. Relevante la información producida por doña Cruz de los Milagros, la Mata Hari neuquina.

Pero a pesar de la red de influencias desplegada las respuestas escaseaban. Las necesidades se resolvían a cuentagotas. Cuando se resolvían, claro. Tampoco hubo cambio cuando, allá por 1962, aceptó el cargo de intendente interventor del pueblo, con la esperanza de poder mejorar la situación.

- No puede ser que me siga molestando, doctor Gorgni. Tengo muchos problemas que atender y, de todos modos, le he dicho que no tenemos más plata para su Centro de Salud.

- Pero es que los vecinos no tienen ni para comer, menos para remedios. Usted bien sabe que no hay trabajo para nadie en el interior. Y es también porque los políticos se dedican a las trenzas y no a la gente. Muchas promesas, pero cuando suben... Les agarra la fiebre a la pensadera y se les acaba el aliento.

Al gobernador don Rodolfo Rosauer no le entraban balas. Es que estaba entrampado entre las necesidades de la gente y la falta de respuestas del nivel nacional, gobierno de facto en aquel entonces.

- Si su gente quiere trabajo que se vengán para acá. En el Valle hay fruta en las chacras y faltan muchas manos para cosechar.

- Si usted no se anima a encararle a los de arriba, más valdría que renuncie y deje el lugar a alguno que le interese la privación de los vecinos.

- Usted que sabrá lo que es gobernar. Por favor, váyase y deje de molestarme que tengo mucho que hacer.

Pero fue el mismo mandatario provincial el que se retiró, no sin antes azotar la puerta.

Para no ser menos lo imitó don Antonio y rumbeó hacia Andacollo. Pero seguía teniendo clara la prioridad, al menos su prioridad; pelear por responder a las necesidades de su gente.

Y emprendió manos a la obra. Hacía rato venía que se lo venía rumiando. Con la maña que lo caracterizaba, porque era bien taimado cuando quería, escribió una carta al Alcalde del Andacollo del lado chileno, comuna minera de la región de Coquimbo.

Muy concreto como siempre, planteó la realidad de la pobreza del lugar y sus vecinos, y detalló el origen chileno de muchos de ellos. También la dificultad estatal, tanto en el orden provincial como nacional, para responder a sus carencias. Recordó a los pioneros del pueblo nacidos del otro lado de la cordillera. Que en tiempos pasados la soberanía territorial era de los pueblos originarios, para los que la movida de la independencia no resultó un buen negocio. Y que el lugar siempre había estado en disputa por ambos estados nacionales luego de las sendas Campaña del Desierto y Pacificación de la Araucanía, macizo andino de por medio.

Por todo ello, y teniendo presente el escaso interés de las autoridades de Neuquén y Buenos Aires, se ofrecía para trabajar en conjunto en su carácter de interventor

municipal para gestionar un cambio de jurisdicción - léase traslado de soberanía estatal -. Y aclaraba por las dudas: *“siempre que el acuerdo garantizara priorizar las necesidades de los pobladores”*. Y entonces proponía apoyo informal de inicio en el área sanitaria. Como para lanzar el proyecto.

Adjuntaba a la nota los insumos que mencionaba como indispensables solicitando su provisión en carácter de contribución solidaria internacional. Larga lista de medicamentos, instrumental, elementos de limpieza y oficina, provisiones, etc. No dejaba de incluir detalles como tela para cortinas, pintura para techo y paredes, y refería que no se rechazarían cuadros, floreros y otros elementos ornamentales siempre y cuando fueran de buen gusto. Bastante exquisito había resultado el hombre.

No dejaba de ser sugerente su prudencia en el agregado:

- Por ahora no propongo provisión de unidad automotriz, aunque si les sobrara algún jeep o camioneta doble tracción no tendríamos reparo en su aceptación.

Pasado un tiempo prudencial recibió el envío trasandino - eso sí, sin vehículo delirado - de los insumos solicitados. En realidad, no respondieron con la totalidad de los mismos, pero a caballo regalado no se le miran los dientes. En camión con patente trasandina, bien embalados y en adecuada cantidad. Acompañaba la remesa una nota en la que el funcionario remitente - alcalde del Andacollo chileno -, sugería que en caso de continuar la necesidad se diera intervención a la Cancillería - a quién había informado debidamente - para cumplimentar un expediente en debida forma. También agradecía la disposición de don Antonio, y proponía sumar voluntades políticas para la gestión, que consideraba debía hacerse ante la Cancillería y la OEA *“y no excluyendo la posibilidad de un plebiscito democrático para que esa antigua colonia chilena vuelva a su original soberanía, priorizando la respuesta a las necesidades de los vecinos, destino de su sensibilidad ciudadana”*.

Ni lerdo ni dormido, dicha nota formal fue presentada al gobernador por don Antonio en su posterior visita a la capital neuquina. Aquél la recibió, la leyó e inmediatamente se retiró con su forma habitual, es decir dando portazo. Ya a esa altura las bisagras de la abertura estaban a la miseria.

Captando el mensaje, nada subliminal, por cierto, don Antonio lo imitó - las rajaduras de la madera ya se habían expandido, a pesar de que eran de lenga de calidad - y retornó a Andacollo. Cuando llegó se encontró con el radiograma policial:

“POR LA PRESENTE LO CONMINO A QUE ABANDONE INMEDIATAMENTE EL TRAMITE INICIADO CON ALCALDE DE ANDACOLLO

CHILENO. ADEMÁS DEBE PRESENTARSE EN FORMA URGENTE CON VEHICULO DE CARGA EN DEPOSITO DE ACCION SOCIAL”.

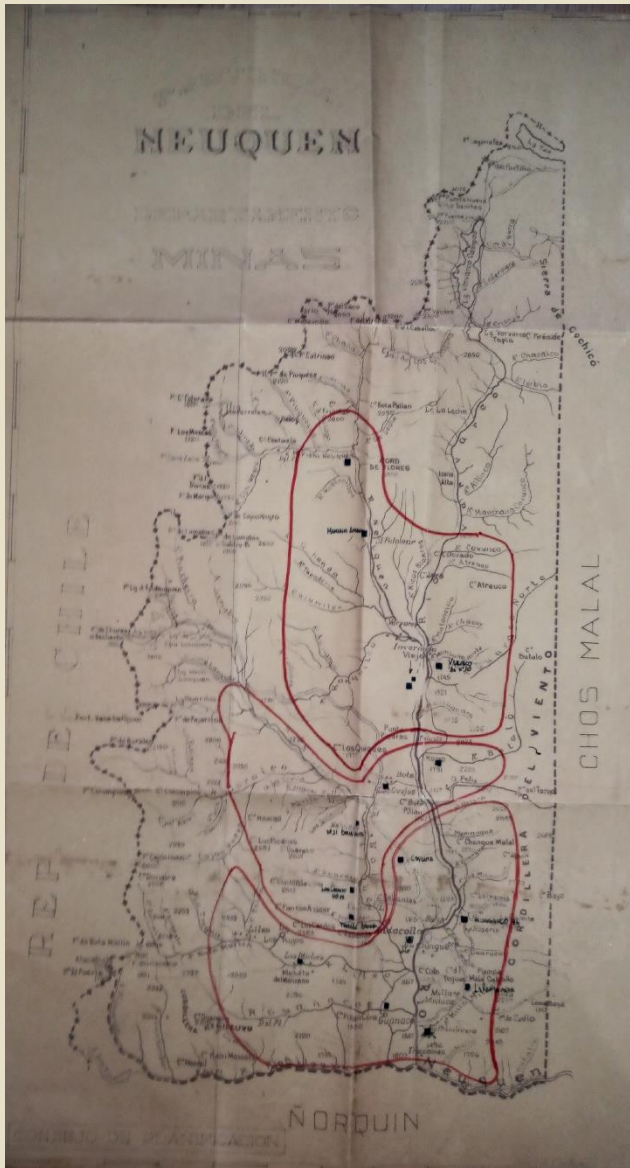
Don Antonio allí nomás y como era de suponer renunció a la intendencia. Dentro de todo ya la situación lo había aburrido. Era más lindo recorrer parajes encontrándose con su gente que estar mendigando por los despachos oficiales. Nunca cumplieron con la promesa de apoyo para hacer cosas. ¿Para qué seguir sufriendo el cargo? Era mejor que se lo quedaran con moño y todo.

La nota de renuncia indeclinable la acompañó con el dibujo de la bandera libertaria de Andacollo, que era de color oro y en el medio ostentaba un zapallo de los del paraje Piedras Blancas. ¿Qué le hacía una mancha más al tigre?

En el círculo oficial provincial se habló de sumariarlo por traición a la patria y descortesía a la figura señera del gobernador, entre otros menesteres. No prosperó la idea, vencida por otra que afirmaba que don Antonio sería sobreseído por ser inimputable, Para qué gastar pólvora en chimangos. Y no lo podían echar porque no había otro. Amén del respaldo que recibía de los pobladores de los parajes.

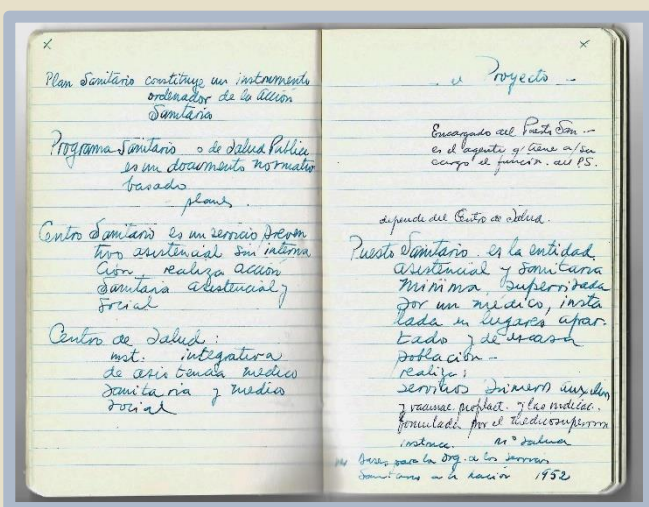
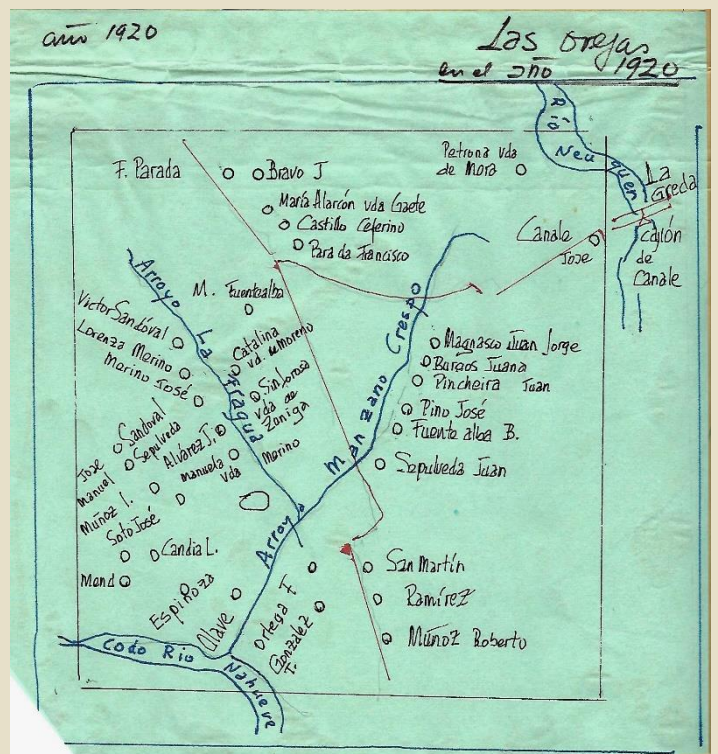
Eso sí, el provocador tuvo trabajo extra. Tuvo suerte pues consiguió que don Eustaquio Cifuentes, el de los Ramos Generales, le cediera en préstamo por un tiempo el galpón que se aprestaba a demoler para hacer hospedaje. Es que el cobertizo de atrás, léase depósito del Centro de Salud, le resultó sumamente insuficiente para albergar el contenido de ambas remesas oficiales.

Sería resabiado, pero no boludo.



		1965		Estadísticas	
	Nº			alumnos	
	Nacional	30		Las Vigas	73
	"	21		Bella Vista	41
	Provinciales	166		Montaña Negra	30
	"	147		Tararao	26
				Total	200

cm. usero. p. 1/2.
 ni nombran. como director.
 " medio escolar
 Dizeria tiza
 Maquina escribir Drometis



Médanos....Buenos Aires....Nueva York....Suecia.... ¡ANDACOLLO!

Así de rápido y sencillo es el resumen de un gran hombre que ha pasado 17 años entre las Cordilleras del Norte neuquino. Un hombre que es médico, que fue intendente, fundador y promotor de una escuela secundaria, impulsador y organizador de un hospital y por sobre todas estas realizaciones fue y es un AMIGO, con todas las letras, de todo y cada uno de los habitantes del Departamento Minas.

Decir lo que este hombre ha recorrido, casa por casa, rancho por rancho, sería llenar páginas innumerables; máxime considerando que recién ahora los hospitales cuentan con ambulancias y máxime aún, considerando que este Señor DOCTOR, tiene una pierna defectuosa que le dificulta sus caminatas en busca del dolor y los problemas ajenos. Subiendo y bajando cerros, pudo lograr ese intercambio maravilloso que sólo se da entre amigos, aplicando lo que ahora se considera un hallazgo de la medicina moderna de psicoterapia: No tratar al paciente como un enfermo sino como un amigo, como alguien que más que curar la enfermedad, necesita curar la soledad y el aislamiento. Siempre llevó y lleva sus cuadernos "familiares" con los datos de edad, de situación económica, de los problemas y enfermedades, del número de chicos y una impresión de cada una de las personas que ha tratado y a la vuelta de los años, cuando los chicos crecen, al encontrarlos les hace la biografía de cada uno, desde el momento que los atendió en el parto y entonces reactualiza sus viejos datos, esta vez pensando en lo que pueden llegar a ser si están estudiando o anotando la nueva familia que ya han formado. En fin, un album de cada uno de los habitantes del Departamento Minas. Ahora se ha dedicado a descubrir el alma de cada pueblo, realizando sus interesantísimos y jugosos "sociogramas".

En esos caminos y senderos cordilleranos concibió la idea, descabellada entonces y mal comprendida aún hoy día, de crear una escuela secundaria en Andacollo. Y a fuerza de tocar puertas y ministerios y presentar chicos en Neuquén y Buenos Aires -con su propio dinero- consiguió su escuela y este año se reciben los primeros bachilleres: sus "hijos", sus "mocositos", sus "tesoritos", sus "monitos"... siempre alentados por su lema: "La Juventud es una escalera real a dos puntas, y el que apuesta a la Juventud, siempre gana".

En esos cerros adquirió también la experiencia de saber que él no venía a enseñar, sino a aprender mucho de la gente. Aprendió de la gente y de la naturaleza y en sus ratos libres se convirtió en arqueólogo, geólogo y antropólogo. Con su "gente", descubrió, clasificó y estudió en un magnífico folleto -que espera un Mecenaz para ser publicado- la maravillosa prehistoria del Departamento Minas, grabadas en las piedras y grafolitos del yacimiento rupestre "El Chacay". Un verdadero trabajo en equipo; donde sus piernas no le permitían llegar, enviaba un "paisano" con una simple kodak, para que le trajera esas imágenes queridas. Pilas de cuadernos, esbozos de teorías, álbumes con fotografías, mapas, relevamiento de gráficos, notaciones sobre probables fechas arqueológicas y miles de papeles aún guardan sus cajas preciosamente ordenadas.

Su último trabajo, en simples esbozos todavía, es una investigación sobre un presunto "monstruo" prehistórico, que a estar por las afirmaciones recientes de testigos, se encontraría en el río Varvarco. Para comenzar su investigación, ya le ha puesto el nombre científico con reminiscencias del Loch Ness. Es un hombre que sueña y está convencido que "si uno sueña, a la larga, los sueños se cumplen".

A este hombre raro, tildado de "loco", reconocido con su amistad por el Dr. Schobinger -máxima autoridad argentina en prehistoria- alumno sobresaliente del Dr. Housay, recibido con láureas en la facultad de Medicina de Bs. As., trotador de mundos y aventurero, apasionado de las campanas, cucús y carrillones de Amberes, apasionado y querido por su Andacollo y Departamento Minas, hoy su pueblito, le rinde su homenaje en el día del Maestro.

Nunca dió clases en aulas; las dió al aire libre, rodeado de todos sus "mamarrachitos" queridos. Dió sus clases de Monrazed y Desprendimiento, privándose de lo necesario porque "me parte el alma ver un nene llorando de hambre y de frío". Pulloveres, mantas, ropas, comida, dinero "a ellos le hace más falta".

Y así, el Maestro sigue enseñando; ahora tiene la obsesión de que sus chicos, no se queden en simples bachilleres: tienen que seguir estudiando. "Fulanito tiene que ser médico; fulano arqueólogo; fulanita odontopediatra"..... Quiere llevarlos a Neuquén, a Mendoza, a Bs. As.,.... "Yo les voy a pagar, para que estudien y vuelvan a Andacollo". "En Andacollo se tiene que crear una facultad de arqueología y prehistoria patagónica; si la Naturaleza ya tiene los materiales aquí mismo. Hay que moverse para que ~~se realice~~ se realice una Conferencia sobre Arqueología y arte rupestre, invitando a los más grandes profesores. Nosotros les damos el material y los alumnos". "¡Sí, hay que hacerlo!".... Y con ese contundente "¡Hay que hacerlo!" ya va tendiendo sus redes. "El que sueña....".

Muchas veces nos admiramos de que las noticias y la propaganda periódica nos traiga ejemplos de hombres que "hacen cosas" en otros lados y los admiramos, porque no los conocemos y porque son de otros lados. Y es que aquí, junto a nosotros, también tenemos un "Hombre que hace cosas" muy grandes por nuestra tierra y por nuestra Patria; pero no lo conocemos o nadie le da importancia: "Son cosas del loco ese". Los de lejos y de afuera, son los "Sabios", los nuestros, no los valoramos y hasta los desprecian. Pero aquí, con nosotros tenemos el orgullo de tener un Hombre, Un Médico y un Sabio, a quien hoy le rendimos nuestro homenaje:

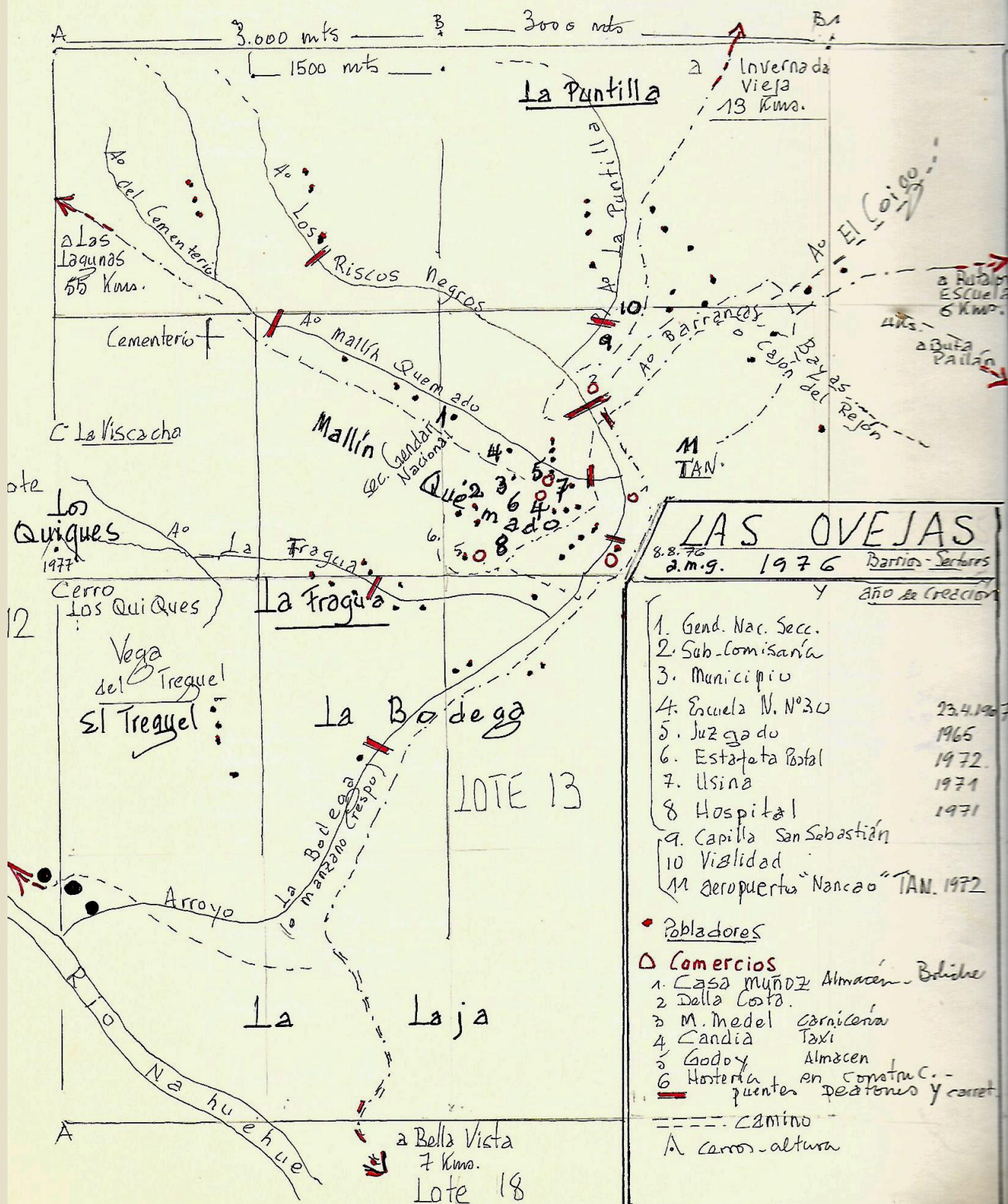
MUCHAS GRACIAS, DOCTOR ANTONIO MANUEL GORGNI!.-

ISIDRO BELVER

POR ESCUELA SECUNDARIA

Homenaje a Dr. Gorgni por los 17 años en el
Departamento Minas – Escrito de Isidro Belver

Lote 8



LAS OVEJAS	
8.8.76	2.8.76
a.m.g.	1976
Barrios - Sectores	Año de Creación
1. Gend. Nar. Secc.	
2. Sub-Comisaría	
3. Municipio	
4. Escuela N. N°30	23.4.1977
5. Juzgado	1965
6. Estafeta Postal	1972
7. Usina	1971
8. Hospital	1971
9. Capilla San Sebastián	
10. Vigilancia	
11. Aeropuerto "Nanco" TAN.	1972

Neuquen 8 de mayo de 1970

SEÑOR ERACLITO RETAMAL y vecinos de BUTALON NORTE
y VADO LA GREDA.

Estateta de Correos de LAS OVEJAS Dto MINAS.

Queridos amigos:

Voy a darles una gran noticia a ustedes, mejor dicho es el
Señor Ministro Doctor Del Vaa, quien se dirige a ustedes.
De mi parte veo que los sueños nuestros se van a realizar
pronto, tal vez tarde, por los tres años últimos perdidos,
por culpa del gobierno parafítico, vergonzoso que hemos te-
nido que soportar.

Todas las cartas que he recibido de Eraclito Retamal, fueron
leídas por el Sr. Gobernador y sus Ministros.
Cuando llegamos a Las Ovejas con el Sr. Sapag y su comitiva
el 28 de abril, ese día dijo: VAMOS A CREAR LA ESCUELA DE
BUTALON Norte.

Le sugerí que hasta que se construya la nueva, que será para
este año, comienza las clases en este año en un local que va
a prestar el Sr. Samuel Fuentes. Lo van a reparar primero

Además en este mes VAN A ABRIR UN CAMINO, para que
puedan viajar en automovil hasta el VADO LA GREDA. Así que
van a aprender a manejar y dejar descansar sus piernas y a
los caballos.

ADEMÁS VAN A CONTAR DURANTE TODO EL INVIERNO HASTA
LA PRIMAVERA CON UN MEDICO EN LAS OVEJAS Y OTRO MEDICO PARA
BUTALON VARVARCO PICHE NEUQUEN..

ADEMÁS para dentro de unos días más les avisaré cuan-
do llegue a Las Ovejas para darles un abrazo a todos después
de haber pasado tantas calamidades.

Hagan un pedido los vecinos de las cosas que más preci-
san: como semillas, herramientas, cal, portland, maderas, viveres
útiles leches que voy a llevarselas.

1º NECESITO QUE RETAMAL ME HAGA UN CENSO DE TODOS LOS NIÑOS
DE CINCO A 16 años que viven en Butalon Norte, La torre,
Vado La Greda, Buta Pailan, Colo Michico...

2º Y que estudien entre ustedes con todos los vecinos cual
va hacer el mejor lugar para la construcción de la Escuela, huert
escolar y Taller.

3º y decir ustedes cuando se tiene que dar clase :en que me-
ses del año si es mejor en invierno, el otoño, la primavera.

4º QUE ME ESCRIBAN LOS VECINOS ^{al Sr. Gobernador} sobre que otras necesidades
y problemas tienen ,para ver como se solucionan.

5º Me escriben a DR ANTONIO M. GORGNI
MINISTERIO DE BIENESTAR SOCIAL NEUQUEN

un abrazo un fuerte abrazo a todos de siempre su amigo
que no los olvida

al
Escriban al Sr. Gobernador sobre los puntos que pido,
les mando papel sobres.

DECIRES DE DON ROGELIO – LA BANDERA DE ANDACOLLO

(Don Rogelio Figueroa, prócer de la forestación regional)

Cuando era joven don Antonio me conchabó como ayudante. En aquella época me dedicaba a corretear bolsas de harina por los parajes con mi carro tironeado por una buena yunta de novillos. Vaya a saber por qué, a él se le había atravesado que tenía que ser su asistente. Y cuando a don Antonio se le cruzaba una idea, era de temer.

Muy amigo de la familia, habló con mis padres acerca del tema. Ellos, muy felices, la aceptaron. Mi mamá lo admiraba, mi papá lo quería. Y al igual que todos mis amigos, también yo. Era sabido lo fuerte de su vínculo con niños y jóvenes, sus queridos mocositos, los únicos que despertaban sus escasas sonrisas.

Y así descubrí la magia de andar los caminos. Iba de aquí para allá, encontrándose con los vecinos, que se olvidaban sus reservas y le abrían sus puertas y sus corazones. Y a poco de matear ya se cruzaban las esperanzas y los miedos, los afectos y las broncas. Como si se trataran de toda la vida.

En esos aconteceres mi maestro me enseñó a leer las historias del agua y del viento en las piedras, y las de los antiguos en los dibujos que descubríamos en las rocas y en los tejidos de las ñañas.

Lo que más me atraía de su persona era esa capacidad de armar vínculos que llevaba en la sangre. A favor y en contra. Nadie se le escapaba. Mis vecinos, habitualmente tan reservados y silenciosos se abrían al primer mate. Desde lejos al divisarlo se armaba revuelo para mejor recibirlo. Pero, así como muchos lo queríamos, también había quiénes lo rechazaban. Nada de medias tintas.

Por todo ello, fue para mí, un ejemplo inalcanzable.

Eso sí, me entristecía cuando se entregaba a la ginebra. Sobre todo, al terminar de trabajar, cuando se sentaba a leer y escribir, acomodaba su porrón de bebida y un trago sucedía al otro. Entonces su semblante se tornaba gris y su cuerpo se desmadejaba. Siempre me decía que lo necesitaba para calmar el dolor de la cadera jodida. Que le dolía siempre, no me cabía duda. Cada ratito se la sobaba con las manos mientras gruñía por lo bajo.

Eso sí, cuando lo necesitaban parecía resurgir vaya a saber por qué, cosa de Mandinga o don del Más Allá. Parecía que su cuerpo y su cabeza se despojaban de la modorra y se rellenaban de energía para aliviar al que sufría.

Lo habían nombrado intendente de Andacollo, así, medio de prepo nomás, gobierno militar de por medio. Y al final lo aceptó porque le prometieron apoyo para obras vecinales. Al final no le cumplieron, pero esa es otra historia.

Fue entonces que una tarde me dijo, medio tomado como estaba, que tenía que acompañarlo en el puesto de secretario municipal, porque la intendencia de Andacollo le exigía demasiado trabajo. Yo ya tenía mi ocupación entonces. Como me negué se plantó en la puerta de mi casa. Lo tuve que despedir con energía. Supuse que se aburriría enseguida por lo que me acosté. Me dormí rápido pues estaba muy cansado. A la madrugada, como siempre, me levanté a matear. Al salir lo encontré durmiendo en la vereda, facilitado sin duda por la ginebra. No me quedó otra que ayudarlo a entrar.

Él quería que firmara un papel aceptando el cargo. Me decía que era pura fórmula. Que al otro día iba al Municipio y lo rompíamos. Al final me ganó por cansancio y lo firmé. Pero cuando intenté renunciar me rechazó el pedido.

Me convenció cuando me propuso:

- Mirá Rogelio. Trabajás conmigo y hacemos ladrillos para el futuro municipio de Huinanco. Y vos te vés a hacer cargo cuando lo hayamos armado.

Y así empecé como secretario de don Antonio. Mi resistencia mermó porque lo quería mucho. Y también porque me contagié de ganas por hacer mingaco, de tener la alegría de ayudarnos entre vecinos a dar solución a nuestras necesidades.

Solía acompañarlo en sus viajes. Los de Neuquén eran los más divertidos. Se peleaba con los políticos porque no ayudaban al pueblo. Sobre todo, con el gobernador Rosauer, que era el interventor provincial. El presidente en esa época era Onganía. También con su sucesor, don Ramón Asmar. Incluso con don Felipe Sapag, con el que tanto trabajaron por Neuquén.

Fue en aquel entonces que don Antonio entró a negociar con autoridades chilenas el cambio de soberanía del pueblo, por la falta de apoyo sobre todo al hospital y a la escuela por parte de las autoridades provinciales y nacionales. Estaba convencido y convencía más desde las ganas que desde la razón. Claro, con el tiempo ahora todo parece delirio.

- Sabés, Rogelio, tenemos que armar bandera para Andacollo. Si hasta podemos pelear la independencia. Los vecinos están enojados con Neuquén y con Buenos Aires. Y con toda razón. Para ellos ni existimos.

- Don Antonio, déjese de joder. Nos van a mandar los milicos en cualquier momento.

- No les da el cuero para eso. Pero vamos a la bandera que es lo importante.
¿Cómo se te ocurre podría ser?

- ...

- Pensemos algo bien propio de Andacollo.

- Mire que no afloja con su idea. Pero, a ver. Se me ocurre que lo nuestro son las montañas, tal vez el río.

- Montañas y ríos tienen todos los pueblos de por acá. ¿Qué es sólo de por acá?

- Para mí que no tenemos mucha diferencia.

- Lo que ningún otro pueblo de por acá tiene son los zapallos de Piedras Blancas. Nuestros zapallos son únicos. Son los más ricos, los que dan mejor sopa. ¿Y te fijaste lo dorado de su pulpa? Tienen la sustancia soleada.

- ¿Y entonces?

- Un zapallo es el símbolo para nuestra bandera. Que será amarilla. Qué tanto joder. Como nuestros zapallos no hay.

Y allí mismo dibujó en un papel la futura bandera de Andacollo. Y el dibujo fue a parar a manos de las madres de sus mocositos. Al toque salió el encargo de hilos dorados para bordados. Y de una nomás tuvimos bandera enzapallada.

El único que desentonó fue el cura. Planteó que el color amarillo era exclusivo del Estado Vaticano. Nadie le llevó el apunte. Para mí que estaba enojado con don Antonio porque no podía ganarle al ajedrez.

Cuando vino el gobernador a presidir el acto del Día del Pueblo, la bandera amarilla con el zapallo de Piedras Blancas ondeó orgullosa por primera vez en un acto público. Allí fue presentada por su interventor intendente, nuestro querido médico, don Antonio Gorgni.

El gobernador medio que se quiso retobar, pero le pudo el griterío de alegría del vecinaje.

Fue entonces que don Antonio se avivó que nos estaba faltando el himno. Me lo dijo despacito y al oído. Pero también esa es otra historia.



ARMANDO ESCUELA

- Bienvenido, doctor Gorgni. Lo estábamos esperando. Ojalá que no esté cansado. El viaje es largo y el camino complicado.

- Buenas y santas. Acá estoy, necesitando un amargo para zafar del frío. Y luego de un par de rondas y al calor del fogón, resolvió encarar el asunto:

- Bueno, ustedes dirán en qué puedo ayudar.

El semblante de don Antonio reflejaba satisfacción por la demanda recibida. El saberse útil compensaba los sinsabores de la vida. La ruca - casa rural - de don Amaranto Treuquil servía de centro de reunión del paraje, y en la oportunidad se habían convocado tantos que tuvieron que armar trahun - junta - bajo el sauce del arroyito que corría a su costado. Y la cosa seguiría con chivito al asador para los que se prendieran.

- Los vecinos de Manzano Amargo nos enteramos que anduvo haciendo mingaco por Rahueco y Butalón Norte para armar escuela.

- Así dicen las malas lenguas.

- Por acá llegó el ruido. La cuestión es que también estamos interesados en lo mismo.

Al instante se prendieron otros vecinos.

- Sí, porque los coltros - niños y niñas - necesitan aprendencia. Letras y números, se entiende, para que no salgan ignorantes como nosotros. En una de esas hasta nos enseñan.

- El pueblo queda muy lejos para nuestros hijos.

- Y los queremos con nosotros. No están los tiempos para andar desparramados.

Se notaba la necesidad en el vecinaje. Dejando atrás la habitual reserva, se despachaban sin vueltas. Es que había confianza de por medio.

Fue entonces que doña Eduviges Zuñiga tomó la palabra:

- No puede ser que no haya quién enseñe a los coltros. No hay lugar para que se allegue maestro. Los grandes nos criamos lejos de letras y números. Y así nos va. Y no queremos que eso les pase a nuestros hijos.

Y don Pedro Llanquitar agregó lo suyo:

- Lo que más importa es el aliento. De última para pizarrón sobra el suelo y para tiza una ramita. Pero los coltros merecen que le armemos lugarcito.

Claramente los vecinos del paraje estaban comprometidos con el proyecto.

Con prudencia, - cosa no demasiado habitual en don Antonio - procedió a indagar el avance del mismo.

- Yo deseo que los mocositos tengan la inquietud que tienen ustedes. Claro que los quiero ayudar. ¿Qué han hecho hasta ahora?

- Estamos esperando que Educación de Provincia nos responda las notas que les mandamos. De hace mucho que lo hacemos y cada tanto lo repetimos. Pero como si nada.

- Y la gente de supervisión de Andacollo dice que no pueden hacer nada si los de arriba no ordenan.

El gesto de don Antonio evidenció su desacuerdo.

- Son muy obedientes los de la supervisión. Se nota que sus hijos no son los que necesitan escuela. Pero si ustedes quieren hacer valer las ganas, lo sacaremos adelante. ¿Están de acuerdo?

La alegría de los concurrentes no dejó lugar a dudas.

- Estamos todos de acuerdo con lo que proponga. Usted es más entendido en estas cosas que nosotros.

- Entonces, el primer punto es que tenemos que ser desobedientes. ¿Se animan?

Al entusiasmo de los lugareños se le sumó el carisma de don Antonio. Y mientras le hacía al mate que le pasaron, inquirió:

- ¿Han pensado en algún lugar para plantarla?

- Entre todos pensamos que mi lugar sería bueno. Está más o menos a mano, al lado del camino. Yo entrego la parcela que se necesite con gusto.

Don Celestino Antiao aportaba lo suyo. Solidario el hombre, puesto que ni siquiera tenía hijos en edad escolar.

- Fenómeno. Los papeleos no terminan nunca si los ponemos por delante. Mejor largamos la tarea y cuando tenemos listo la cuestión les avisamos. Como dicen los maestros, vamos a recitar el verbo primerear.

- ¿Y eso cómo es?

No era menor la pregunta. Don Antonio sonrió:

- Quiere decir que haciendo aprendemos. Y enseñamos de paso.

- ¿Y a quienes vamos a enseñar, si no le hacemos a las letras?

- A los políticos y a los funcionarios les tenemos que enseñar que las necesidades de los mocositos están antes que los papeleos y los escritorios. Eso es hacerle a la vida, que es lo que importa.

Aún sin entender demasiado los vecinos acordaron rápido. Es que la confianza los había empoderado

- Bueno. Si todos están de acuerdo, adelante. Tenemos las ganas y el terreno. ¿De qué materiales disponemos?

Y así, con unos pocos trahunes - reuniones comunitarias en términos originarios - acompañó al grupo de vecinos a armar un galponcito, con un buen tacho para calefaccionar, leña y un pozo de agua a mano.

Lo más complicado fue el techo. Las chapas eran un lujo imposible, así que se armó un mingaco con casi todos los vecinos y tres catangos con yunta de bueyes. Entonces, en el Mallín del Choique, cosecharon plantas de carrizo que se usan en cercos y techos. Hasta armaron bancos con recortes de álamo y recauchutaron un escritorio descartado de la estafeta para el maestro. Y para completar el mingaco los hermanos Cifuentes con guitarra y verdulera acompañaban con cuecas y chamamés.

El censo improvisado arrojó que alumnos sobraban. Lo que ahora andaba faltando era quién enseñara.

- ¿Y ahora? Ya tenemos armado el lugar.

- Sí. Y la verdad es que nos salió antes de lo que pensábamos.

Los vecinos, más que alentados, iban por más. Y otra vez la orientación se la requerían a don Antonio, que ya a esta altura andaba bien ensoberbiado. Fue así que no se guardó nada para después.

- Bien. Llegó el tiempo del apriete. Ahora vamos a armar nota, y la firmaremos todos. Con el número de papeleta el que la tenga. Y el que no sabe firmar le mete el dedo con tinta. Para eso traje esta almohadilla.

Previsor el hombre, desenfundó papel, lapicera y almohadilla, y las acomodó en el flamante escritorio maestrero. El mismo que ahora reclamaba docente.

- Arriba de todos los de la Comisión Vecinal. Y después nosotros. Y lo mandamos derecho al gobernador.

- ¿Y eso era todo?

- Eso es lo menos. Lo más importante fue el acuerdo y las ganas de trabajar de ustedes. Ahora les toca a los de la capital, que se arremanguen, que para eso le pagan el sueldo.

- Bien dicho, don Antonio.
- Mientras tanto, a la nohecita armamos trahún.
- Pongo un chivo para el asador. ¿Quiénes ponen otro?

Y así se armó fiesta. Porque no era cuestión de andar desperdiciando oportunidad.

Y en medio del rejuntado, don Severo Cayunir, que había llegado a cuarto grado, leyó en voz alta la nota en cuestión:

“Señor gobernador. Los vecinos de Manzano Amargo le informamos que tenemos la escuelita abierta y los alumnos esperando que llegue maestro para comenzar las clases del presente ciclo lectivo.”

Ninguna obra de arte. Y nada original. Era copia vil de las notas enviadas cuando acompañó a armar escuela en otros parajes. Y después la repetiría en otros proyectos de necesidad pública.

Original como líder comunitario, no tanto como literato.

Al poco tiempo la catedral del saber estaba en funcionamiento. Y ante la iniciativa oficialista, los vecinos se opusieron a que se realizara un acto de inauguración.

- La inaugurada que vale fue el trahun que armamos cuando la terminamos. Porque bien propia que es nuestra escuela.

Mal literato se dijo, pero buen armador de mingaco el hombre.

LA SECUNDARIA

- Indigna que nuestros chicos no puedan seguir estudiando en Andacollo. Es doloroso que para hacerlo deban ir a otro lado. Jodido conformarse con la ignorancia.

La voz de don Antonio reflejaba su enojo. Conversaba con doña Aurelia Espinoza, directora de la escuela primaria de Andacollo e integrante del grupo gorgniano de incondicionales.

- Pero doctor. Por ahora somos todavía un pueblo chico. Cuando estemos a la altura de Chos Malal vamos a tener secundaria - la docente ensayaba una reflexión -.

- Si no nos despertamos no cambiaremos nunca nada. Los mocositos tienen derechos que los adultos no respetamos. No hay que conformarse.

Doña Aurelia asintió. No necesitó demasiada razón pues era también su deseo. El médico rural estaba más que definido, como siempre. Acertado o equivocado, la duda no era su fuerte. Sí la pasión por la tarea.

Y como tampoco era un quedado, su prédica comenzó a escucharse en la localidad. Paulatinamente, comenzó a sumar adeptos, aunque también generaba oposición. Entre los primeros, los padres de los chicos de la primaria, la mayoría del grupo docente, los pacientes que lo veneraban, pero sobre todo los crianceros de los parajes y los “*mocositos*”, que lo seguían incondicionalmente.

Pero no le faltaban adversarios; los interesados en que nada cambie, por un estilo conservador o por participar de un espacio de poder.

Por ejemplo, los contratistas de changarines - trabajadores a destajo - que muchas veces recibían como pago vino y menudencias. Ahí aparecían las fuertes críticas de don Antonio, que no se conformaba con denunciar la práctica, sino que a viva voz desenmascaraba a los aprovechadores.

De todos modos, al poco tiempo, el tema de la necesidad de la secundaria se había instalado. Era incansable recorriendo lugares y domicilios, sumando voluntades y recursos para la causa. Convencía porque estaba convencido.

Había sido Emilio Hernández, el hijo del puestero de La Primavera, el que lo lanzó a la labor cuando le señaló:

- Sí, don Antonio, estoy contento porque voy a terminar la primaria. Y le doy gracias por su ayuda para poder hacerlo. Pero estoy triste porque para la secundaria voy a tener que vivir unos cuantos años separado de mis padres y hermanos. Porque

quiero hacerle a la enseñanza, como don Isidro. Y sabe don Antonio... No me gusta andar solo. Capaz que porque todavía soy chico. ¿A usted le gusta vivir solo, don Antonio?

Y allí nomás nuestro personaje montó su Rocinante y emprendió camino. En eso de registrar las inquietudes del vecinaje era un experto, y las hacía propias al vuelo.

Aprovechando un viaje a Neuquén se entrevistó con el gobernador y le planteó la inquietud luego de mencionar, casi como al descuido, el compromiso de apoyo recibido cuando aceptó ocupar la intendencia.

- Usted me está volviendo loco, Dr. Gorgni. Y como no le alcanza con los problemas del hospital ahora pretende una escuela secundaria en Andacollo. No crea que no me interesó la idea, pero la gente del Consejo de Educación me dijo que no hay presupuesto para armar escuelas secundarias en pueblos chicos. Priorizamos las primarias. Secundaria y por ahora, en el norte, sólo en Chos Malal. No se queje, a usted lo ayudamos con algunas escuelas rurales en varios parajes.

- No lo olvido. Pero tampoco que fueron los vecinos los que las construyeron. Así cualquiera inaugura escuela. Bien que las aprovecharon para fiestas de inauguración buscando reclutar votos.

Don Antonio echó un sorbo de su petaquita como para darse un respiro, y prosiguió:

- Además, educar es más que enseñar a leer y escribir. Y los chicos deben ser capaces de enfrentar la vida y poder elegir. Ahora la única opción que tienen es ser crianceros de chivos y ovejas. Todo trabajo es bueno, pero hay muchos con capacidades y vocaciones que se desperdician.

El gobernador lo escuchaba con impaciencia. Es que a veces el médico rural se ponía fastidioso. Eran muchas las necesidades y había que priorizar las respuestas. Para peor los mandamases de Nación se habían puesto muy agarrados.

- Lo que se requiere en la tarea social es tener ganas. Y si a usted no les cabe a nosotros sí. Pronto tendrá novedades nuestras. Con la necesidad de los vecinos no se juega.

Como siempre, cortito y de frente, don Antonio pese a la falta de sostén de los funcionarios, se calzó el proyecto en sus hombros y le metió para adelante.

Y así semblanteó el galpón del Centro Comunitario, que languidecía por carencia de proyectos. Se reunió con el pequeño grupo que había protagonizado su puesta en marcha y los convenció del aporte al pueblo que significaría la escuela secundaria. Una vez construido el consenso, la emprendió con el intendente, don Juan Garabello. Ahí la

tuvo más difícil. Al inicio respondió que su participación inconsulta le podría generar fricciones institucionales con Educación. Pero, hombre de recursos don Antonio, lo convenció que inaugurar la escuela le procuraría un tremendo rédito político, sobre todo por *“resolver la infraestructura de modo autónomo y local”*. Pura metodología - manipulación- gorgniana que le dicen.

- Además, don Juan, estimo que no le será indiferente recibir un legítimo respaldo de los vecinos en los comicios venideros. Mejor que prometer es realizar. ¿No le parece? Y demás está decir que pondré toda mi energía en apoyarlo como se merece.

El otro punto eran los docentes. El lograr profesores formales era lo ideal, pero también lo difícil. Y la cosa pasaba por primerear para presionar por la legalización. Porque lo que es legitimidad, al proyecto le sobraba.

Por lo pronto resolvió conformar un plantel local de vecinos voluntarios que garantizara el lanzamiento, e incluso podrían aspirar a cargos rentados. Sumó así a aspirantes en literatura, geografía, historia, matemáticas y talleristas de teatro y coro. Él se reservó para titular de biología y suplente en otras materias.

- ¿Le parece, don Antonio, que puedo dar clase? Si bien me gusta la historia, sobre todo la griega antigua, no tengo ningún título para ejercer. Y eso es un problema.

- Más problema es que los chicos sigan sin aprender ante nuestro silencio cómplice. Debemos hacer algo para que eso no ocurra. No se haga problemas, que Zeus desde arriba le sonrío. Y los chicos se lo agradecerán.

Y así se iba nutriendo el grupo de educadores de la microutopía de ese entonces.

Otro flanco a abordar fueron los alumnos. La escolita primaria de Andacollo tenía régimen de funcionamiento rural, por lo que las vacaciones se desarrollaban en época invernal. Y como era importante que la escuela secundaria a instalar se ensamblara con el resto de la provincia había que cambiar el cronograma de concurrencia. La cosa la definió con doña Aurelia:

| - No me cabe duda de que debemos instalar la secundaria. Pero el Centro Comunitario deja mucho que desear.

- Ya lo verá cuando lo acondicionemos. Don Serafín se ofreció para el alisado del piso, don Eladio con el tacho para la estufa a leña y varios padres pondrán el patio en condiciones. ¡Si hasta florcitas vamos a tener!

- Usted es un esperanzado de la vida, don Antonio. Pero la realidad no es como desea.

- La realidad la hacemos nosotros, Aurelia. Yo sé que usted no permitirá que los chicos se nos tengan que ir para seguir estudiando.

- Otra vez me ganó la partida - suspiró y dijo-: le veo cara de proponer algo. ¿Qué tengo que hacer ahora?

- Muy simple. Acordar con los chicos y con los padres en reunión escolar. Habrá que adelantar unos pocos días el fin de clases, los chicos no tendrán vacaciones por esta vez e ingresarán directamente en la secundaria. Por supuesto, solamente los que lo acepten.

- Pierda cuidado don Antonio. No faltará ninguno. Todos quieren seguir. También los padres están dispuestos. Delo por hecho.

- Vaya preparando la Kodak para retratarlo al supervisor cuando se anoticie. Una vez terminada la pintada - quedó un lujo con la segunda mano- muchos vecinos acordaron la inauguración “*de verdad*”, tal como la tituló don Antonio. Y mientras degustaban de chivos al asador, aquel 15 de mayo de 1972 los comensales fueron firmando el radiograma dirigido al Consejo Provincial de Educación, con copia al Sr. Gobernador:

“Escuela Secundaria de Andacollo fundada. Se iniciaron las clases que fueron cubiertas por docentes locales. Manden los profesores que faltan. Vengan abrigados porque hace frío. Los chicos esperan”.

El evento contó con masiva participación vecinal, no faltaron el juego de taba, las carreras cuadreras y recitados por parte de los niños. El supervisor que realizaba una visita rutinaria fue el primer sorprendido por la movida. De pedo no se cayó de culo. Doña Aurelia le sacó la foto prometida con la Kodak de don Antonio.

No sería el único en anoticiarse. Pero ni lerdos ni dormidos los funcionarios provinciales respondieron a la iniciativa. El 22 de mayo se emitió el decreto 1009, por el que se “*creaba*” la Escuela Secundaria de Andacollo.

Los niños de Andacollo recibieron a sus compañeritos de Huínganco, Las Ovejas y Cayanta, que fueron alojados en casas de amigos, parientes, y unos pocos en el viejo hotel Andino atendido por doña Dina.

Debido a la parsimonia administrativa, recién se dispuso de bandera de ceremonias el 9 de julio de 1972.

Entre los iniciales docentes formales se encontraban Noemí Lacay, Adriana Monti, Rita y Cristina Zampieri, Julia Podestá, Delia Callieri, Nico Coletti e Isidro Belver.

Todavía sigue siendo un misterio para los pobladores de donde surgió el desmesurado envío de materiales escolares que llegó vía aeropuerto de Neuquén en un avión Hércules. Si no eran más de treinta los alumnos iniciales. De todos modos, vino bien para distribuirlo entre las escuelitas rurales de la región. Tampoco era cuestión de andar acaparando.

Hoy la escuela secundaria de Andacollo luce sus mejores galas. Y no lleva el nombre de su impulsor porque los del Hospital Zonal, también creación del pionero, les ganaron de mano.

¿Aunque, de última, por qué no repetirlo? Como si fuese problema que abunde lo justo.



LA BONDAD DE DON AREVALO

Tras su experiencia en Andacollo, que incluyó las fundaciones del Centro de Salud, la secundaria y el ejercicio de la intendencia, don Antonio decidió cambiar de aires. Y qué mejor que rumbear para más al norte, aprovechando para alejarse de los ruidos generados. Además, porque el pueblo había crecido, y su vocación rural no declinaba. Por todo ello se orientó hacia Las Ovejas, donde el río Neuquén se divisa en lo profundo flanqueado por montañas imponentes.

Y como correspondía, se peleó de entrada nomás. Recayó dicho honor en el estanciero más poderoso de la región, para peor del círculo íntimo del gobernador.

Además, también lo previsible, se amigó con los vecinos más necesitados. Parecía que tenía una brújula con imán poderoso para seleccionar amigos y adversarios. No le erraba ni mamado, cosa que le ocurría, ginebra de por medio, bastante a menudo.

En su tarea médica conoció a don Eusebio Herrera, a quién atendió por una afección pulmonar severa producto de su trabajo en la mina. Devino entonces alambrador a destajo. De los socavones pasó a intemperies y helazones. Lo que no varió fue la mala paga. Murió dejando en la miseria a Dorila, su joven esposa, y a su hijito Desiderio, de apenas seis años, quién se convirtió en uno de sus mocositos predilectos. Cuando podía le acercaba algún presente. A veces una factura, otra un balero, y así. Y recibía a cambio la mejor de las sonrisas.

En sus idas y vueltas, no tardó en chocar con don Eustaquio Arévalo, otro de los que roncaban fuerte. Dueño de un buen campo, operaba en la compraventa de ganado bovino. Traía ejemplares de reproducción que mejoraban el plantel local. Tenía influyentes relaciones, lo que le facilitaba el negocio. Pero su progreso no se reflejaba en las condiciones de trabajo de los paisanos que contrataba.

Aquella tarde don Antonio había advertido que Desiderio andaba flojazo de ropa. En realidad, zapatillas muy gastadas y medias zurcidas, pantaloncito con muchos remiendos. Eso sí, todo muy limpio, porque Dorila era mamá impecable. El problema, habitual por otra parte, es que andaba escaso de efectivo. Pero no era de ahogarse en un vaso de agua. Sí era de patear, y bien seguido, en varios de ginebra.

- Hola Desiderio. Veníte conmigo. Tenemos que prepararte bien presentable para el acto en la escuela.

El niño acompañó al médico de los crianceros al Ramos Generales de don Abdul. Una vez más don Antonio se dejaba guiar por una corazonada. De última, sino, ¿para qué

están las corazonadas? Aunque también las complementaba con su excelente sistema informal de inteligencia.

- Buenas y santas don Abdul.
- Buenas, don Antonio.
- Por esta vez no voy a tomar nada, pero necesito pilcha para el Desiderio.

El bolichero, rápido de reflejos, olfateó que el galeno estaba preparando una jugada de las suyas y se dispuso a no perder detalle. Lo conocía como si lo hubiese parido.

Haciéndose medio como el distraído, don Antonio se sentó en un taburete alto al costado del mostrador, semblanteando el ambiente para ver por donde rumbeaba la cosa. Había que esperar para confirmar el palpito que le corría por sus adentros.

Entonces fue que comenzó con la lista de pilchas. Eso sí, de vez en cuando relojeaba la entrada, como esperando visita.

- Vamos a empezar por unas zapatillas Pampero azules con tres pares de medias bien abrigadas.

Y así lo armó al niño con dos bombachas de fajina de color café, dos camisitas Grafa y una camperita muy paqueta. En tanto, y como haciendo tiempo se sumó a los cuatro paisanos que jugaban al truco en la mesita del fondo. Para ese entonces se habían aparecido doña Eufrasia Treuquil a comprar grasa y harina y don Eleodoro Quinteros por tabaco y papel. Pero ninguno encajaba en el perfil esperado en su esquema táctico.

Ya casi estaba listo el pedido. Así que se entretuvo eligiendo una boinita al tono, de quién o qué sigue siendo un misterio, pero tono al fin. Para ello necesitó que el niño se probara unas cuantas. Quién quiere pescado tiene que armarse de paciencia.

Y ya estaba por reclamar un lugar en la partida de naipes cuando de repente, se le iluminó el rostro. Había aparecido, y como mandado por el destino anoticiado de su deseo, el mismísimo don Eustaquio Arévalo. Elegante con su atuendo campero de alta gama, venía a hacer su provista mensual acompañado de su asistente todo terreno, el nunca bien ponderado don Cholo Espinosa.

Fue entonces que rememoró para sus adentros las confidencias relatadas por don Eusebio de los tratos sufridos como alambrador del comerciante de vacas. Temporadas enteras en donde con hacha y pala había mantenido en soledad el cerco de su campo. Y cuando enfermó de modo terminal, había quedado en la estacada. Ni siquiera visita de cortesía.

Se levantó del taburete, tomó impulso y en voz alta, cosa de llamar la atención de los presentes, don Antonio le indicó a Desiderio:

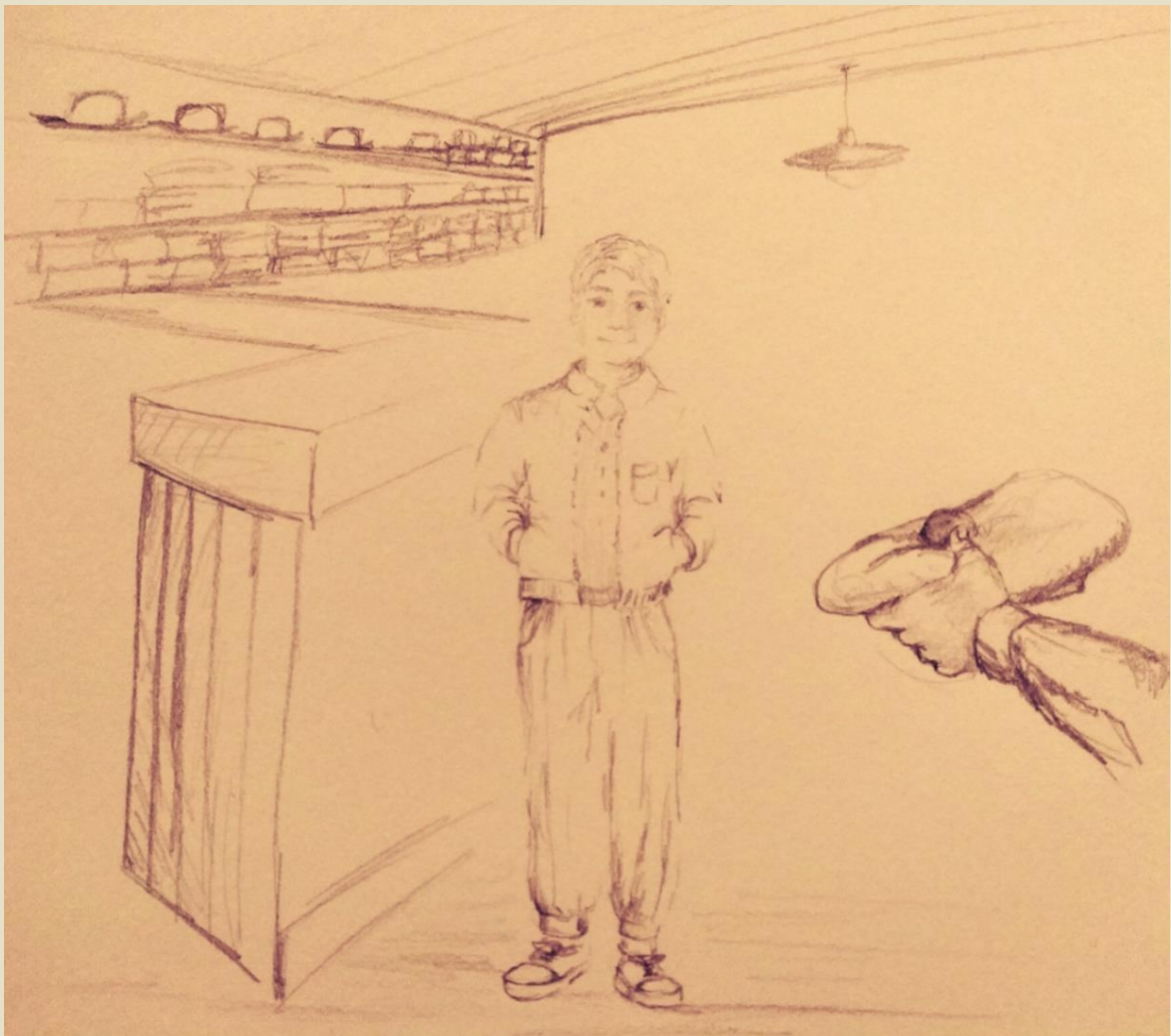
- Desiderio, acercáte y saluda a don Arévalo. Fue el patrón de tu papá y le está muy agradecido por todo lo bien que le trabajó. Y como para demostrarlo, le vamos a dar la oportunidad. Está buena la ropa que te acaba de comprar.

El niño obedeció prestamente a don Antonio y besó en la mejilla al sorprendido recién llegado.

- Yo también le agradezco su generosidad para con el hijito de quién supo ser su alambrador. Seguramente desde el cielo don Herrera le estará reconocido.

Don Arévalo, prudente, optó por saludarlo de lejos, circunspecto. Mientras, sacaba su billetera para hacerse cargo. No le cabía otra. Otra vez don Antonio había ganado la partida.

Peor hubiera sido que don Herrera y Dorila hubieran tenido mellizos.



USO OFICIAL EXCLUSIVO

A mediados de la década del sesenta, don Antonio Gorgni había protagonizado la habilitación del Centro de Salud de Las Ovejas, en el noroeste neuquino. Lo suplantó en Andacollo el doctor Horacio Lores, con el que construyó una sólida amistad. Humilde como todos sus proyectos, con el pasar del tiempo ambos se convirtieron en los hermosos hospitales del presente.

Otra característica de su tarea era la falta de ortodoxia que lo hacía blanco de las críticas consabidas, incluso - y fundamentalmente - de sus colegas y funcionarios. Con los hombres del poder en general aparecían los encontronazos, aunque también honrosas excepciones que posibilitaron el desarrollo de proyectos de valía. Pero el que ponía el cuerpo para el hacer, deberíamos agregar su maltrecho cuerpo, era don Antonio. Innecesario aclarar que lo hacía desde su deseo.

Su costumbre era el recorrer continuo del territorio, en el que operaba de modo similar al de los agentes sanitarios, figura por él impulsada y en ese entonces desconocida: visitaba a los pobladores en sus casas, procuraba el conocimiento mutuo, escuchaba y también, a veces, atendía sus dolencias. En los encuentros surgían las historias familiares, la provisión de agua de la casa, el tratamiento de la basura y de las aguas servidas, la situación de los chivos, sus proyectos y esperanzas, dolores y alegrías. Todo un adelantado en la hoy llamada Salud Integral.

Es por ello que priorizaba habitualmente la vertiente de lo social. Así lo atestiguaban sus numerosos logros materiales, pero muy por sobre ello, la sensibilización y organización de los pobladores más desprotegidos y el empoderamiento de sus derechos, sobre todo de los crianceros de los parajes.

Cabe aclarar que organizó el Programa de Salud Rural incluyendo como protagonista al Agente Sanitario, introducido en Jujuy por el doctor Carlos Alvarado. Este Programa fue base del Sistema de Salud Neuquino, elaborado allá por los 1970, con el liderazgo político de don Felipe Sapag y el doctor Antonio del Vas, y el aporte técnico de los doctores Néstor Perrone y Elsa Moreno.

Este transitar constante le exigía mucho esfuerzo, máxime teniendo en cuenta su lesión de cadera por un foco antiguo de tuberculosis. En ese entonces disponer de un vehículo era cosa de fantasía.

Y hablando de vehículo, el único del centro de salud era un viejo caballo rosillo, donado por un vecino que dejó de usarlo, que ni montura tenía. Por suerte y a tal efecto,

Don Eusebio Quintriqueo, vecino de aquellos, la solía prestar sin reparo alguno. Decía que no podía regalarla pues era recuerdo de su finado padre. Y razón no le faltaba.

Así pues, aquella tarde, se encontraba en la casa de la familia de Don Zenón Luengo cuando apareció el agente de policía de turno, don Gregorio Ceballos, con aquel radiograma originado en el ministerio de gobierno de la provincia:

“Por la presente se informa al señor Director del Centro de Salud de las Ovejas, Doctor Antonio Gorgni que deberá enviar a la brevedad y en carácter de URGENTE el vehículo institucional del establecimiento a su cargo a efectos de que le sea impreso el logo USO OFICIAL EXCLUSIVO”.

Don Antonio, hay que decirlo, no se dejó amilanar. Completó su recorrida, atendió tres pedidos de asistencia y se dirigió al boliche, donde degustó un buen tinto, un guiso carrero y de postre dulce de batata con queso. En tanto departía con el anfitrión acerca de la exigencia administrativa recibida en el radiograma.

- Dígame don Abdul. ¿Cuándo manda su camión a buscar mercadería a Neuquén?

- Precisamente en tres días a la madrugada. ¿En qué puedo serle útil?

- Si no le es molestia, antes de salir necesito que pase a buscar una carga importante. ¿No irá cargado?

- No doctor, a la ida lo mando vacío. Solo algunas damajuanas y cajones vacíos.

Dicho y hecho. El robusto camión Internacional pasó a la madrugada y don Eulogio Vargas, su chofer, recibió las instrucciones de don Antonio:

- Don Eulogio, necesito que me lleve al Feroz hasta la gobernación y lo deja ahí nomás atado, después de que racione. Le avisa al policía de guardia de mi parte que le diga al gobernador que ahí le mando el vehículo para que le ponga *“USO OFICIAL EXCLUSIVO”*.

- Pero tenga en cuenta que es un caballo.

- Razón de más. Así el gobernador se aviva que nos está faltando ambulancia.

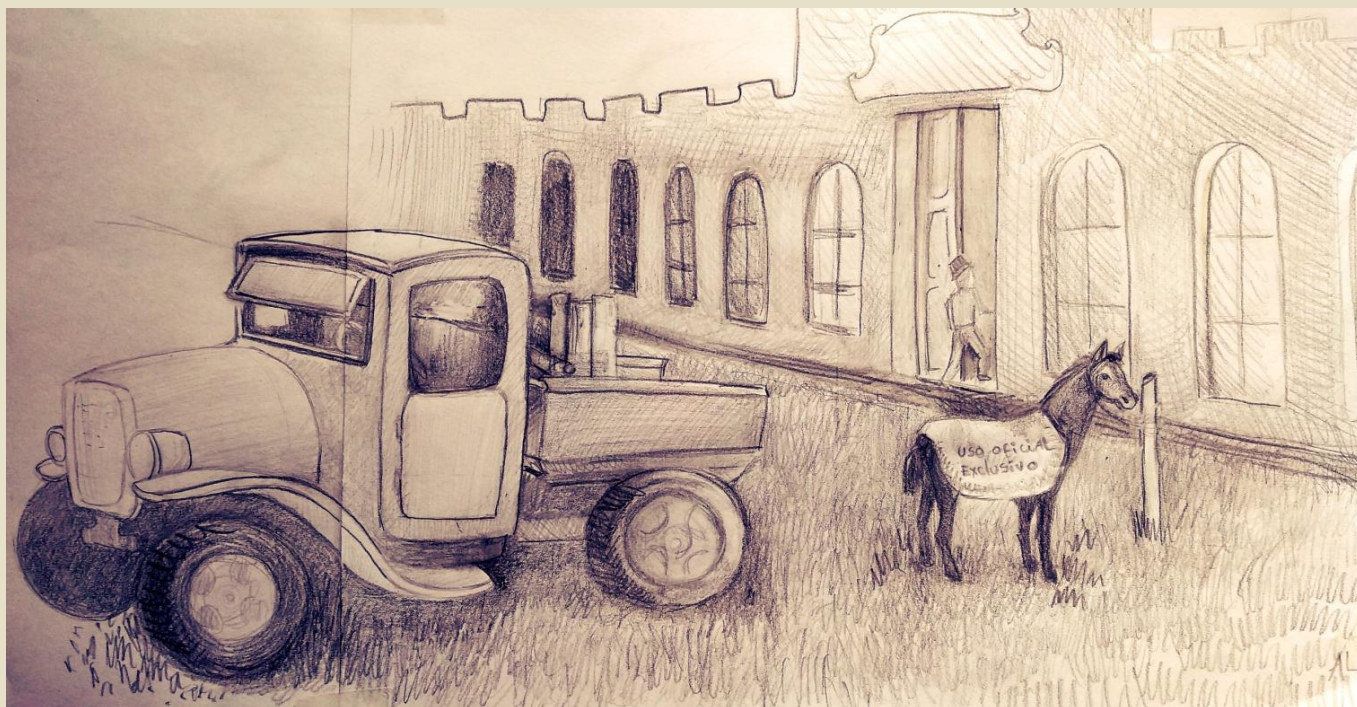
- ¿Algo más doctor?

- Sí, y que también recuerde que mi cadera anda cada día peor y tengo mucho para recorrer.

Don Eulogio cumplió con su encargo y dicen los que dicen que el Feroz llegó a Neuquén luciendo una funda con el logo *USO OFICIAL EXCLUSIVO* elaborado por hacendosas vecinas de Las Ovejas.

Al poco tiempo el gobernador presentó su renuncia indeclinable. Y las malas lenguas, que nunca faltan, lo atribuyen que tuvo un ataque de caspa cuando recibió el mensaje doctoral.

De todos modos, ya la cosa en Salud Pública iría cambiando para bien. En realidad, estaba tan jodida en ese entonces que con muy poco sobraba para que remontara. Aunque la realidad del Plan de Salud Provincial superó las expectativas de aquel entonces.



LA PROSCRIPCION EN HUINGANCO

Venía dura la mano allá por aquellos tiempos de 1963. Se había acordado en el ámbito político lanzar un proyecto eleccionario, que permitiría el alejamiento, al menos formalmente y por no mucho tiempo, del poder de facto que gobernaba.

La situación era desordenada, por decirlo de algún modo. Al derrocamiento de las autoridades elegidas democráticamente le había sucedido la asunción del poder militar, que en realidad representaba a otros espacios de poder. Figurita repetida en nuestra historia. Era todo un desafío retornar al cauce democrático - aunque condicionado -, exigido por la presión de la población y sus instituciones, a lo que se sumaba el desgaste de la imposición.

Los políticos entraban en tejes y manejes, pero lo cierto es que el movimiento peronista, que detentaba el mayor caudal electoral, seguiría proscripto. Tanto en el orden provincial como en el nacional se ensayaban fórmulas con acuerdos, roscas y demás para intentar definir la cuestión.

Pero en el nivel local las cosas no siempre respondían a dichas fórmulas, para desazón de los artífices de las trenzas de las cúspides partidarias nacionales.

En Huínganco, por caso, la situación estaba que ardía. La incertidumbre campeaba, pues se entrecruzaban los intereses políticos en los ámbitos nacional, provincial y local. Y como siempre, por un lado, la vertiente de los intereses partidarios, incluso el del peronismo proscripto y, por otro lado, la de los dirigentes.

De la dirigencia justicialista apareció el mandato del Voto en Blanco, también llamado Voto Bronca, que dividía a los simpatizantes del movimiento mayoritario.

En los poblados pequeños el encuadramiento partidario no siempre resultaba. Es que los vínculos, familiares o de amistad (o lo contrario) solían privar más que las sumisiones a los verticalismos de cualquier índole.

Aquella tarde la reunión, por cierto, muy concurrida, la realizaban en el boliche de don Abdul - ágora local de aquellos -, que a más de expendio de bebidas y ramos generales funcionaba como club social. La asamblea había convocado a gran parte de los electores. A la inquietud cívica se le sumaba el hecho del encuentro. No era cosa de desperdiciar oportunidad. Ya se habían lanzado los escarceos y se sucedían las ponencias con oradores enfervorizados por sus convicciones, a las que se sumaban las energías aportadas por la cerveza y el vino del anfitrión.

- A mí me parece que hay que votar en blanco, como lo indicaron nuestras autoridades partidarias. Hay que mostrarles a los milicos que no pueden con nosotros, y que el general tiene que volver.

- Eso mismo digo yo. Y que al presidente lo elegiremos nosotros y no los de arriba.

La propuesta de acatar la orden vertical estaba expresada en las voces de Faustino Mariluan y Asentido Espinosa. Esta idea simplificaba la cuestión y despejaba la incertidumbre. Pero la cosa recién empezaba. La democracia huinganquina no se destacaba por la sumisión.

- Yo no acuerdo. Si votamos en blanco son votos perdidos, y ganan los que quieren ellos. No le demos ese gusto. Los que nos jodemos somos siempre los mismos. Más vale aprovechar la ocasión y votar al mejor de los candidatos. O al menos malo, si lo prefieren. Aunque condicionando para que en las próximas elecciones haya voto libre, sin que nadie se prive de elegir y ser elegido.

La moción, expresada en términos convincentes por don Prudencio Inostroza, pegó fuerte. Fue una suerte que esta vez la reunión se hiciera a la siesta, antes de la tardecita, su horario habitual de ginebrear. Que si no... Otro sería el cantar. También hay que decirlo: estaba asesorado por doña Raquel Figueroa, quien presidía el espacio “Evita Capitana” de la rama femenina del partido proscripto. Para más, hija de don Temístocles, prócer regional y primer maestro nativo de Neuquén.

A la iniciativa le sucedió un generalizado murmullo de aceptación que hizo innecesario ningún conteo. Lo que fue confirmado por la retirada del recinto de los contados concurrentes que proponían el Voto Bronca.

Pero quedaba un tranco largo y duro por recorrer: faltaba determinar hacia dónde y quién canalizar los votos. Pavada de cuestión a resolver.

Y así, apareció la opción del partido radical, que a nivel nacional tenía considerable aceptación. A la propuesta le sucedió el rechazo:

- Sí, pero acá al Negro Merino no lo voto ni en pedo. Ese agarrado no es capaz de fiarle ni a la madre en su boliche, aunque se esté muriendo de hambre.

Al toque se descartó la alternativa del referente de las boinas blancas por falta de garantía solidaria local. Pero esta vez nadie se retiró del lugar. Es que después habría torneo de truco y los seguidores de Alem e Irigoyen no se lo iban a perder.

Luego de un discreto espacio de silencio que supuestamente facilitaba la reflexión, surgió el nombre del líder local de un proyecto provincial - neoperonista - en gestación.

- A mí no me parece. Es conocido que don Rígido Gómez maltrata a su señora cuando se pone en pedo. Y encima cuando pierde al truco putea a todos. Para peor es bien maleta, todo el mundo le bicha las señas y no gana nunca.

Y así se descartaron, por una u otra cosa, siempre por cuestiones personales, todas las - contadas - alternativas locales. En los pueblos chicos, donde todos se conocen, siempre hay peros para con cada uno. La asamblea, de modo espontáneo, había trascendido la búsqueda del consenso y sólo aceptaba la unanimidad. Pavada de democracia la huinganquina, con tufo a ácrata y a Ekklesia Ateniense.

Ya sin postulantes del lugar, quedaban muy pocas alternativas, con candidatos desconocidos y organizaciones cuasi ignotas, al menos en el lugar de marras.

Campeaba el desconcierto. A nadie se le escapaba una idea. Ya el desaliento se expresaba en el semblante de los presentes. Don Anastasio Inostroza inició en un rincón su siesta habitual, y al primer ronquido don Severino Pallalef le aplicó un codazo despertativo. Doña Adriana Cáceres se retiró sin decir buenas tardes con sus dos hijas, pues era la hora de alimentar sus gallinas ponedoras, y así se inició el desgranamiento de la asamblea.

Ya se atisbaba el fracaso, lo que se reflejaba en los grupitos que cotorreaban aquí y allá, desperdigando la hasta entonces compacta asamblea. Y cuando la declinación asomaba, casi mágicamente, apareció doña Raquel Figueroa - dirigente peronista -, que se subió a un banco, y arengó con tono estentóreo y con la resolución que es atributo de los niños y los rebeldes:

- A mí me gusta esta boleta. Es más “colorinche”. Votemos por el martillito y la achona (hoz). Por lo menos no es boleta aburrida.

Ciertamente, la cromática de la papeleta que sugestionó a la doña se destacaba por sobre la tonalidad grisácea del conjunto de las demás. Y para más con la estética campesina.

La insólita iniciativa atrajo la atención de los desalentados participantes, quiénes casi aliviados, adhirieron con entusiasmo. Como nadie conocía a los candidatos de la boleta “divertida”, nadie tuvo un “pero”. Se consiguió así el buscado acuerdo absoluto. Debemos también reconocer el carisma de doña Raquel, sostenido por producir los mejores dulces - de rosa mosqueta - y pan casero de la región, que eran orgullo del poblado.

Lo cierto es que, en aquellas elecciones, el Partido Comunista logró en la Comisión de Fomento de Huinganco una rotunda victoria - única localidad en todo el

país -, más allá de que los crianceros y habitantes del lugar no tuvieran ni idea de Lenin, ni Stalin, ni Trotsky, ni Codovilla ni... No cabía duda que la hoz y el martillo en dorado emergiendo de un fondo escarlata con tonalidad sanguínea, constituían una imagen más que atractiva para los pobladores del Jardín de la Provincia, la mayoría trabajadores manuales, a más de crianceros.

Más que eficaz el marketing marxista. Tenía lo suyo, que tanto...

La situación provocó la visita de delegados de la intervención militar provincial, del Ministerio del Interior de Nación y del Apoderado Nacional del Partido Comunista.

En el orden zonal y eclesiástico, el cura párroco de Chos Malal, don Pedro Rotter, se negó a dar misa en la escuela donde se celebró el acto eleccionario y la celebró en la calle. Para más no aceptó que la “comunista” Raquel Figueroa fungiera de madrina de bautismo de su sobrina.

Dos meses después de la elección, llegó una carta a la Comisión de Fomento. Su remitente ostentaba el sello del Politburó de la Unión Soviética, y felicitaba a la población de Huiganco por su compromiso solidario con la causa internacionalista.

Años después, allá por el 1979, en la época del Proceso Militar, el entonces ministro del Interior, Albano Harguindeguy, quién realizó una recorrida por varias localidades del interior neuquino, no aceptó la invitación de acercarse a Huiganco, tras comentar:

- Es sabido que allí son todos zurdos. No engañan a nadie. La piscicultura, la fábrica de dulces y la de piedra toba, todo es comunal. También, con el intendente y el cura que tienen.

Cuentan algunas malas lenguas lugareñas, esas que nunca faltan, que HABRÍA sido don Antonio - muy cercano a la familia Figueroa - el impulsor ideológico de la movida. No hay evidencias claras de ello. De ser cierto, no era el modo operativo habitual del médico rural, caracterizado por la frontalidad. Además, los ácratas no se llevaron nunca bien con los bolches.

Pero, con don Antonio, nunca se podía dar nada por sentado. Encima, cuando no las hacía se la adjudicaban.

ELABORANDO UN SUEÑO

- Es una barbaridad que utilicemos tantos cajoncitos blancos para enterrar a nuestros chiquitos. ¿Cuál era el índice de mortalidad infantil, doctor del Vas?

- El más alto del país, don Felipe. Bastante más del diez por ciento de los nacidos.

La indignación de don Felipe Sapag, recién nombrado gobernador, tenía serios fundamentos. La situación sanitaria neuquina era deplorable. Más aun tratándose de una región no demasiado poblada, que abastecía de recursos fundamentales al país, y que estaba lejos de percibir del estado nacional una compensación adecuada.

El doctor Antonio del Vas, con quién dialogaba, ya lo había acompañado en la exitosa gestión en la Comisión de Fomento de Cutral Co, y ahora era el responsable político del área sanitaria provincial.

- Ahora, como funcionarios, tenemos que cambiar esta vergüenza. Sabemos que tenemos muchos frentes a cubrir. ¿Por dónde empezamos?

El semblante del doctor del Vas reflejaba serenidad. Y atento, prefirió seguir escuchando. Hacía poco de la renuncia del gobernador anterior.

- Siempre tengo el recuerdo de doña Eusebia, cuando la rechazaron en el sanatorio petrolero y acabó muriendo con su hijito en la panza. Necesitamos un sistema sanitario que dependa de la provincia y que no haga distingo del que puede y del que no. La dependencia nacional es inoperante e ignora la realidad del interior profundo.

- ...

- Además, ya somos provincia, dejemos atrás lo de territorio nacional. Eso se llama acceso universal, y sólo el estado, en nuestro caso el provincial, lo debería proporcionar. La voluntad política está. La necesidad también. Entonces, manos a la obra.

Con su comentario, don Felipe alcanzó un nuevo mate humeante a su interlocutor, y prosiguió:

- Y empecemos por el plantel a armar. Los aparatitos vienen después. Si pudiéramos conseguir para cada lugar un médico tipo loco Dozen, que en Cutral Co hizo maravillas, estaríamos hechos. Para él no había feriado ni pago de consulta. Decía que era un privilegio servir al que lo necesitara.

El recuerdo de la figura del mítico doctor Nicolás Dozen, transitó en ambos. Su compromiso para con el alivio del dolor de los vecinos no admitía reparo, y de algún modo referenciaba el perfil actitudinal buscado. Optaron por una vara de muy alto rango.

- ¿Se acuerda cuando el croata se llevó por delante los árboles de la plaza con su jeep desvencijado? Le metía pata al cacharro cuando había una urgencia por delante.

- Hay que reconocer que era mejor médico que chofer. Y como buena persona, no le ganaba nadie.

La sonrisa de ambos inundó el lugar. Don Felipe recargó de agua la pavita - ya se habían tomado dos unidades, aunque, claro, era pequeña - y ensilló el mate. E introdujo la seriedad en el diálogo.

- Esta oportunidad no debemos malgastarla. Necesitamos muchas cosas para armar un sistema, pero lo fundamental es la gente. Capacitada y comprometida para con la necesidad de los vecinos.

- Como sabe, don Felipe, considero que tenemos que empezar por la conducción. Gente capaz, que dé confianza y entusiasmo. La idea del doctor Maulú de proponer al doctor Perrone como responsable técnico es inobjetable. Conocedor de la región y sus necesidades, capacidad y experiencia le sobra.

- De acuerdo. Y también la figura de la doctora Moreno me cierra por todos lados. La intención de atacar por el lado materno infantil es inmejorable. Las condiciones actuales son desastrosas. Para el inicio la base del Plan serán los médicos generales y después lo ampliamos. Nación nos garantiza devolvernos algo de lo mucho que se lleva de nuestro suelo.

El entusiasmo de don Felipe, ayudado por su estilo campechano, era contagioso. La respuesta del doctor del Vas no se hizo esperar:

- Tenemos que jugarnos en cuanto podamos con esa idea de los agentes sanitarios, que parece de otro planeta, como todo lo del doctor Gorgni. Me convence sobre todo si él referencia su implementación. Los agentes sanitarios, que salen de la comunidad, nos garantizarían llegar, conocer y acompañar a los pobladores. Ellos fueron el sueño de Carrillo y Alvarado, nuestros mejores sanitaristas. Y es de esperar que nuestros médicos pongan sus energías en ello. También el recurso de la dedicación exclusiva entiendo será decisivo. Tenemos que conseguir que vengan los mejores. Después los orientaremos nosotros.

Esta vez la cautela matizó la respuesta de don Felipe.

- En tanto, habrá que aguantar el chubasco que se nos vendrá encima. La corporación de la medicina comercial es fuerte. Con mucho menos ya nos están acusarán de comunistas.

- No seremos los primeros. Si no, pregúntele a Carrillo, a Oñativia y a Illia. Ya se había lavado nuevamente la yerba. Era el tiempo del hacer.
- Ahorremos el aliento para la pelea. Llegó el tiempo del hacer. Y de dejar de utilizar tantos cajoncitos blancos.

ARMANDO TAREA

La situación de salud era deplorable. Neuquén figuraba con los peores índices en el tema. El Dr. Del Vas había imaginado un Sistema Provincial de Salud con una mirada universalista, basada en la interrelación de las complejidades, extensión de la cobertura, y por sobre todo un concepto de equidad que posteriormente sería conocido como Atención Primaria de la Salud. En él enfatizaba el Primer Nivel de Atención con la inclusión de los agentes sanitarios, médicos generales - posteriormente serían formados localmente a través de una Residencia Médica -, y la Dedicación Exclusiva, piedra fundamental de la propuesta.

- Sabe doctor, tenemos alguna plata. Pero para invertir bien, tenemos que priorizar educación y salud. Y me preocupa hacerlo primero en donde hace más falta. ¿Qué le parece?

A don Felipe no le faltaba nunca el pragmatismo. Tampoco a su referente en la materia, que contestó prestamente:

- Indiscutible. Y donde estamos peor es en la zona norte.

- Coincidimos. Más allá de lo que hace falta. ¿Con quiénes contamos actualmente en zona norte? Porque tenemos que empezar con la gente que tenemos. Y cuidarlos.

- Chos Malal tiene un hospitalito, pequeño y necesitado. Ahí está el doctor Gallo. Y por el interior, lo tenemos a un médico itinerante que se las trae a pesar de su estilo resabiado, el doctor Antonio Gorgni.

Claramente el ministro identificó a los dos puntales sanitarios del norte neuquino. Que además de amigos se complementaban entre sí. El uno con un perfil asistencial calificado, el otro con fuerte inclinación por lo social.

- ¿Y de qué plan inmediato disponemos?

- Creo que el mejor plan inicial para el interior de la zona es apoyarlos en lo que vayan armando. El Dr. Gallo es garantía en lo médico, y el Dr. Gorgni hace maravillas de la nada. Desde su impulso y organizando a los vecinos armó el Centro de Salud de Andacollo, y entre otros proyectos escuelas rurales. Y viene reclamando pista permanentemente. Conoce como nadie las necesidades y la gente. Y es conocido y reconocido. Pero tenemos un problema.

- Usted dirá.

- Este hombre es de convocar, es líder nato. Y así como despierta adhesiones, también genera rechazos, y muy fuertes.

- Como todo el que hace. Si lo sabré yo...

Por supuesto. Don Felipe sabía de lo que se hablaba.

- Sí, pero los cuestionadores son la gente del poder. Es decir, muchos de los del palo. Parece que su estilo hiere intereses.

- Cuidémoslo entonces. Habría que apoyarlo, pero sin soltarle del todo la rienda. La clave será el acompañarlo. No olvidemos que también necesitamos referentes políticos locales, aunque a veces no sean lo maravillosos que sería de desear.

- Yo me ocupo de don Antonio. Y usted de los otros.

- De acuerdo. No es tonto para elegir. Me gustaría conocer a su protegido. Sígalo de cerca. Confío en su criterio, como siempre. Entiendo que no será fácil, pero intuyo que vale la pena.

No se equivocaron. Y don Antonio pudo continuar, armando escuelas, cooperativas de servicios públicos y centros de salud. Pero, sobre todo, despertando conciencia de sus derechos y acompañando la organización social de los pobladores más desprotegidos de la región.

Lo hizo sobre todo desde el llano, donde se sentía más cómodo. Lo cierto es que tuvo menos palos en la rueda que al principio. Tampoco una maravilla, vale aclarar. Como que con el tiempo se hicieron famosas sus discusiones con los dos funcionarios, más allá del vínculo afectivo que los unió.

La relación de don Antonio con el mundo de la política siempre resultó compleja. De modo contradictorio con su estilo, había sido intendente de Andacollo - corto tiempo, de 1962 a 1963 - de un gobierno de facto. Supuso que le facilitaría el logro de sus objetivos. En su momento renunció - desencantado con la experiencia - para poder seguir haciendo a su manera.

Como muestra, vale aquel encuentro con su amigo, el maestro don Isidro Belver.

- No sirvo para político.

Su interlocutor le alcanzó un mate humeante.

- ¿Y por qué, don Antonio?

- No me puedo acomodar atrás de un escritorio. Siento que me pica el culo. Además, no me puedo comer los sapos que pretenden de un político. Que no me vengan a exigir diplomacia, justo a mí, discípulo de don Ignacio, el profeta ácrata de la paz. el que acompañó a Gandhi. ¡Qué joder!

Les pegaba duro a los operadores de la cosa pública, pero no se reconocía como maestro en el arte de la micropolítica. Y era así que se largaba a recorrer los parajes arrastrando su pata, mateando, escuchando los paisanos y protegiendo a sus mocositos, organizando a los vecinos en procura de un mejor modo de vida, peleando con los poderosos y cambiando lo que podía cambiar. Y lo que no, lo intentaba. Total, no le hacía mella el fracaso. Le importaba más el sembrar que comer los frutos.

Genio y figura, le faltaba el Rocinante, le sobraban los molinos de viento.

PROYECTANDO EL PLAN DE SALUD

Don Antonio se había llegado al domicilio particular del gobernador, don Felipe Sapag, en Cutral Co, invitado por el ministro don Antonio Del Vas. El trayecto desde la cordillera había sido extenuante.

- Me alegra que haya podido venir, doctor Gorgni.
- Por suerte pude zafar del temporal. Se largó la nieve, y encima mi cadera cada día me tiene peor.

Don Antonio irradiaba alegría más allá de las dificultades del viaje. Le habían adelantado la intención de organizar un Plan de Salud desde el gobierno provincial que contemplaría las necesidades del interior, hasta entonces olvidado. Bien fundada la esperanza, por cierto.

El Dr. Del Vas se encargó del ceremonial:

- Don Antonio, como le había adelantado, le presento a don Felipe, el gobernador.

Las diestras de ambos se estrecharon calurosamente.

- Mucho gusto, don Felipe.
- El gusto es mío, don Antonio. También porque sé que prefiere el don al doctor.
- Se me hace que en eso nos parecemos. Para qué necesitamos andar gobernando y doctoreando.

La sonrisa de don Felipe evidenció su acuerdo. Y ya que estaba agregó:

- La distancia la guardo para los contras.

Cordial y como buen anfitrión, don Felipe, lejos de todo protocolo, le propuso al visitante:

- Acérquese a la mesa y comparta conmigo.

Y le presentó una taza de café humeante y un plato con milanesa recién hecha. Entre ambos le destruyeron el ceremonial al ministro de Salud, pues sin vueltas, don Antonio arrimó una silla, se armó de servilleta y aceptó el convite. Nutritiva la propuesta de conversa felipista. El doctor del Vas agradeció, pero refirió que lo esperaban a almorzar en su casa.

- Supongo que su tocayo, el doctor Del Vas, le adelantó la razón de nuestro encuentro. Sabrá que lo necesitamos como referente en lo que hace a la medicina rural.

El tono campechano del gobernador seguía rindiendo frutos.

- Entusiasmado con la idea de ayudar en lo que pueda. Me enorgullece que hayan pensado en mí.

- A mí también me entusiasma la propuesta de don Felipe - agregó el doctor del Vas -. Tenemos los peores índices sanitarios del país. Supongo que hay otras provincias que nos ganan en la desgracia, pero su sistema de información no estaría registrando la realidad por la que atraviesan.

Entonces terció don Felipe:

- En realidad, don Antonio, con el doctor del Vas pensamos que lo fundamental del Plan es contar con un buen grupo humano. El diagnóstico de situación ya está. Para ello nos sirvió de mucho todo el material que usted ha producido en la zona norte. El área rural está poco recorrida por los técnicos.

El gesto de comprensión de don Antonio lo dijo todo, pero de todos modos remarcó:

- Es lo de siempre. Los académicos se conforman con el escritorio y les cuesta embarrarse.

La sonrisa del doctor del Vas reflejó asentimiento.

- Necesitamos congeniar necesidades con recursos. Tratar de lanzar una propuesta posible y que se mantenga. Al inicio vamos a priorizar la salud materno infantil. Y si tenemos viento a favor lo vamos ampliando. Pero la primera etapa la entendemos fundamental.

El referente sanitario provincial continuó exponiendo:

- Necesitamos planes realistas para mejorar la vida de los vecinos. Contaremos con sanitaristas de confianza. El doctor Aldo Maulú nos sugirió al doctor Perrone, que conoce a fondo nuestra región. Como sabrá con una reconocida experiencia en la salud rionegrina. Lo acompañaría la doctora Elsa Moreno en lo referente al campo materno infantil. Pero en lo que hace a la parte rural, entendemos que es usted, don Antonio, el que debe ayudarnos fuerte. La señora Dina Tomio será la responsable provincial de enfermería.

Y agregó don Felipe, dirigiendo su mirada al médico rural:

- Hemos pensado mucho en la figura de los agentes sanitarios. Usted insistió mucho en incluirlos. Y creo que debemos intentarlo. Al menos en algunas áreas pilotos.

- No será fácil hacerlo - el gesto de don Antonio proponía cautela -. Sobre todo, a los médicos se les pone duro entenderlo. Nuestra formación es asistencial y nos

cuesta la prevención. Y mucho más bajarnos del caballo. Para más es una figura nueva en el escenario sanitario.

- No será el único frente a definir. También esperamos resistencia del sector médico privado. Y me refiero a las corporaciones. El desafío fuerte será con los médicos, que los hay y buenos. Necesitamos sumarlos.

El doctor del Vas adelantaba dificultades. Pero nada podía con el entusiasmo de don Antonio, quién agregó:

- Me gustó eso de universalizar el proyecto. Trascender la grieta de medicina para pobres y otra para ricos. La equidad sería el reto. Lo que habla de la necesidad de armar una red que relacione complejidades, priorizando lo básico. Por ello un reto es facilitar la llegada a los pobladores. Ello exige tomar la iniciativa saliendo de los centros de salud y de los hospitales.

Don Felipe mostró cautela:

- Confiamos que el modo de dedicación exclusiva cambiará la cosa. Sabemos que usted lo practica por vocación, pero no creo que haya muchos médicos que puedan hacerlo. Además, necesitamos fortalecer la figura del médico generalista en operatoria con los agentes sanitarios.

El trío evidenciaba profundo acuerdo ideológico. La sumatoria de don Antonio enriquecía la dupla que ya tenía buen tiempo y camino recorrido.

- Habrá que educar médicos, pero también funcionarios. Y sobre todo desarrollar conciencia en los vecinos de que la salud es un derecho a conquistar y sostener.

La mente de don Antonio lanzaba propuestas diferentes, tan enriquecedoras como polémicas. Fiel a su estilo:

- Todo un desafío impulsar la vinculación del equipo de salud con la población - la ansiedad se reflejó en el rostro de los funcionarios que escuchaban a don Antonio -. Cuando el doctor Carrillo lanzó la campaña contra el paludismo, la base del equipo se sostenía en los agentes sanitarios que motivaban recorriendo el territorio. La propuesta la diseñó el doctor Carlos Alvarado, sanitarista de aquellos.

La voz de don Felipe propuso un respiro.

- No se me apuren. De paso nos servimos otra milanesa con café calentito. El hambre no deja pensar.

Ni lerdo ni dormido aceptó don Antonio la propuesta gastronómica y continuó su relato:

- A pesar de la eficacia demostrada, siendo Ministro de Salud de Jujuy no consiguió ubicar a los agentes sanitarios en los equipos hospitalarios. Pero sí lo hicieron sus discípulos en otras provincias.

El doctor del Vas replicó:

- Más que interesante lo que nos dice. Nos toca a nosotros traer la experiencia a Neuquén. Y si fuera posible, mejorarla.

Como todo cambio estructural, no fue fácil implementarlo. La resistencia tenía que ver con la vigencia del paradigma asistencial, eje de la medicina tecno comercial, alineada con las políticas del mercado. Pero los resultados lo impusieron.

En el ámbito académico y político, no son muchos los que conocen el aporte del doctor Antonio Gorgni para con el Plan Provincial de Salud Neuquino, modelo en eficiencia y continuidad, más allá de los avatares políticos que convulsionaron a la Argentina. Quizás por su modestia, quizás por su estilo revulsivo. Pero los pobladores, sobre todo los más humildes, no dejan de recordarlo.

Sin duda resultó el mejor homenaje.

DIALOGO MEDICO

La reunión de los médicos del hospital de Neuquén estaba al rojo vivo. No era para menos. La decisión política del lanzamiento del Plan de Salud implicaba la incorporación de profesionales, sobre todo médicos, en cantidad y calidad imprevista en la historia de la región. También en la vecina provincia de Río Negro había un movimiento similar que tendría una vida efímera. Además, la figura de la dedicación exclusiva generaba suspicacias de todo tipo, sobre todo en los profesionales sanitarios formados en el ejercicio liberal de la tarea.

Por otro lado, la aparición, a título de Programa Piloto, de sumar a la planta del equipo de salud a los agentes sanitarios, cuya tarea principal sería la de prevención en áreas rurales del interior neuquino encrespaba los ánimos de muchos. Sin duda, los más inquietos eran los médicos tradicionales, que consideraban que la curación de las enfermedades era la tarea única e indiscutible.

- Estamos todos locos. Como si nos sobraran cosas. Más valdría que nos pagaran a los profesionales sueldos como la gente y que contrataran enfermeras. Y que dispusiéramos de mejores quirófanos y laboratorios.

- ¿Cómo dijiste que se llaman esos cosos?

- Agentes sanitarios, o algo así.

- ¿Y se puede saber qué formación tienen?

- Que yo sepa ninguna. O tal vez algún cursito corto.

- ¿Y de dónde salió la idea?

- De donde puede salir esa locura. Por supuesto que del Loco Gorgni. Y encima le llenó la cabeza a Maulú y a Del Vas, ese comunista de Cutral Co.

- El otro día me comentaron que la ocurrencia comenzó en Jujuy. Pero que los hospitales los rechazaron y tuvieron que laburar desde afuera. Que su gran trabajo es visitar los ranchos, tomar mate y perder el tiempo conversando.

- Así cualquiera gana un sueldo.

- No entiendo como Sapag les lleva el apunte. Mejor que se dedique a su almacén y deje la política a los que saben.

- No va a durar demasiado con ese tipo de ideas.

- También... Con la banda que lo rodea.

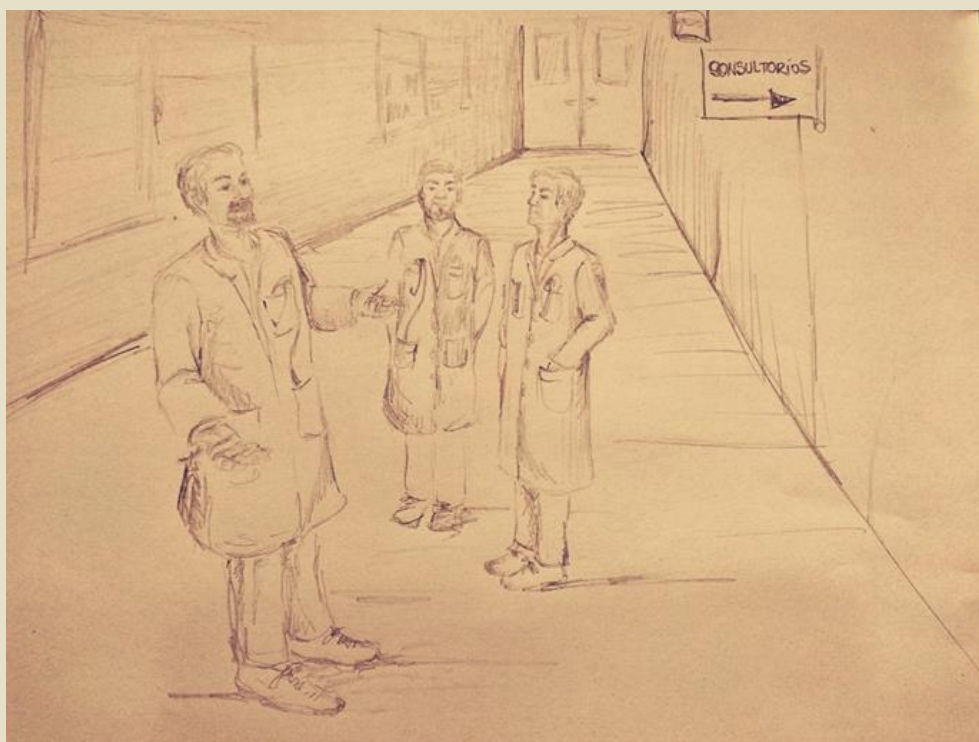
Las discusiones en el campo médico estaban a la orden del día. Y la oposición a las nuevas ideas arreciaba. La propuesta de la incorporación del agente sanitario al equipo

hospitalario aparecía como un cuestionamiento a la medicina ortodoxa. Miembros reconocidos de la comunidad que trabajaban en territorio, con las familias en sus domicilios y en prevención. Todo eso era chino básico en el esquema asistencial de entonces. En tanto, las cifras de mortalidad infantil mostraban la baja calidad de la medicina vigente.

Lo cierto es que la propuesta prosperó. También la permanencia en el Ejecutivo de don Felipe Sapag, que se inició como Interventor Provincial en la época de Onganía y luego fue elegido en comicios en varias oportunidades.

Se llevó entonces adelante el Plan Provincial de Salud, que persistió sustentado en los logros obtenidos. La organización promovió la relación entre la tarea básica y la más compleja, y produjo una notable mejoría que se reflejó en los índices con rapidez. Se implementó la dedicación exclusiva de los médicos, posteriormente extendida a otras profesiones. Los Agentes Sanitarios garantizaron el acceso de los pobladores. Todo acompañado con una fuerte inversión en estructura física.

Más allá de los cambios políticos y de la ola neoliberal imperante, protegido por sus trabajadores y los pobladores, el Sistema de Salud persistió. Pero el nombre del doctor Antonio Gorgni como uno de los pioneros del mismo no corrió la misma suerte. Olvidado por los historiadores, se sostuvo su figura localmente gracias al recuerdo agradecido de los vecinos. Lo que no es moco de pavo.



LADRAN, SANCHO...

La misiva elaborada por las autoridades del Colegio Médico Neuquino y dirigida a sus asociados era terminante. Convocaba con carácter de urgente a una asamblea para definir estrategia a desarrollar ante el Proyecto del Plan Provincial de Salud, cuyo boceto había sido remitido desde la Gobernación. Alertaba sobre *“la pretensión del Gobierno Provincial de imponer dicho Plan en nuestra Provincia, lo que atentaría contra nuestros derechos como Profesionales del Arte de Curar y afectaría la prestación de la salud de nuestra población”*.

La inquietud era manifiesta. Y no era para menos. Un sistema sanitario provincial estatal fuerte - por otra parte, inédito en el país - competiría con los efectores de la medicina privada, que se había consolidado en las ciudades más grandes. El recurso estatal sanitario hasta entonces era limitado en cantidad y calidad. Y la distribución pésima. De resultas de ello la mayor parte del interior de la provincia se hallaba desprotegida.

Era comprensible que la entidad alertara a defender los intereses de los profesionales que en ella se agrupaban, en su mayoría médicos migrados que ejercían la profesión en el medio privado y a su través en las Obras Sociales. En contados lugares una o dos clínicas o sanatorios los nucleaban, y alternaban con sus consultorios privados.

La Salud Pública era más que limitada: algunas salitas y muy pocos hospitales, deficientes en todo tipo de recursos. Sin lineamiento operativo, la desorganización campeaba. Edificios ruinosos, pocos y mal pagados profesionales, equipamiento obsoleto, medicamentos que brillaban por su ausencia, y así.

Todo ello contribuía a que los índices de salud, que incluían la mayor mortalidad infantil, fueran de los peores en el escenario nacional. Aunque hay que dejar constancia que ello no era responsabilidad exclusiva de la deficiencia en el área sanitaria, ya que tampoco la infraestructura social general (servicios de agua, cloacas, viviendas, etc.) daba para mucho.

La reunión convocada se realizó en la Casa de Gobierno. En ella se informó del proyectado Plan Provincial de Salud, impulsado políticamente por el Gobernador Felipe Sapag y el Ministro Antonio del Vas, que ya habían trabajado juntos en una exitosa gestión desde la Comisión de Fomento en la ciudad de Cutral Co. A ellos se sumaron en calidad de gestores técnicos renombrados sanitaristas: la Dra. Elsa Moreno y el Dr. Néstor Perrone, con el aporte de don Antonio Gorgni en Salud Rural.

De modo unánime resolvieron los colegiados exigir dicho encuentro. Necesitaban conocer de primera mano el sentido y modo del Plan, y esperaban, con la ayuda de los partidos políticos nacionales a los que pertenecían, torcerles el brazo a los pretendidos émulos de Ramón Carrillo.

Contaban con la historia a su favor. El federalismo no pasaba de ser un enunciado en el acontecer nacional. Tampoco nadie imaginaba que un movimiento político regional estaba dando sus primeros pasos.

De todos modos, la misiva de convocatoria del Colegio Médico fue premonitoria: el Plan de Salud Provincial afectó la salud de la población. Aunque, claro está, en un sentido positivo. En corto tiempo los índices sanitarios mejoraron sustancialmente, y el Proyecto se sostuvo a través del tiempo, independientemente de los abruptos cambios políticos del contexto.

Argentina Año Verde, como decía mi amigo Gregorio Quirno Costa.

LADRAN, SANCHO -2-

La sala de reuniones de la gobernación neuquina estaba concurrida. Para ser más exacto, desbordaba.

Por un lado, los convocados, socios del Colegio Médico neuquino, encabezados por los miembros de su Comisión Directiva, constituían la amplia mayoría de los presentes. Poco habitual el movimiento de los profesionales de la medicina. Se notaba el temor al potencial impacto económico. Los había empresarios de clínicas y sanatorios de la región, representantes de las Obras Sociales, referentes de Colegios Profesionales, y los prestadores directos del servicio, médicos que alternaban su tarea en dichos establecimientos y en sus consultorios privados. Algunos además concurrían a algún establecimiento estatal.

Por el otro lado, los responsables políticos de la salud provincial, el gobernador Felipe Sapag, y el ministro del área, el doctor Antonio del Vas. Además, los ya mencionados diseñadores técnicos del proyectado Plan de Salud.

Notoria la ausencia del doctor Antonio Gorgni, que colaboraba en lo pertinente a Salud Rural. Le habían pedido que no concurriera, para evitar confrontaciones. Es que su vínculo con los colegas de la corporación no se caracterizaba por la dulzura.

Con su sobriedad habitual, el doctor del Vas improvisó una bienvenida en su carácter de vocero del grupo anfitrión.

Inmediatamente se abrió el debate, con la protesta de los asociados del Colegio Médico por lo que entendían era un avasallamiento a sus derechos por parte del proyectado Plan de Salud Provincial. Fueron directamente los dueños de los establecimientos privados los que tomaron la posta.

- Nosotros somos los que hemos sostenido el cuidado de la salud de los vecinos hasta ahora. Cuando nos necesitaron nos apreciaron. Y no aceptamos que una invasión de colegas de afuera venga a competirnos de manera desleal.

La prédica del doctor Narváez, que se acompañaba de la imponente figura, fue tajante.

- Nuestra medicina es la única que garantiza a los vecinos que necesitan la libre elección del médico.

- No necesitamos un sistema socialista de medicina. Somos un país libre. Y a los que no les guste que se vayan a Rusia o a China.

- No entendemos que haya que pagar sueldos a los llamados agentes sanitarios para que tomen mate a costa de nuestros impuestos. Y menos a facilitar el ejercicio ilegal de la medicina.

Se sucedieron las intervenciones, algunas duplicando razones, todas en alto tono de voz.

Recién cuando las quejas se apagaron, la doctora Elsa Moreno - una de las pocas mujeres participantes - tomó la palabra:

- Entendemos la necesidad de escucharnos. Y también es cierto que los prestadores históricos son ustedes, y tienen derechos adquiridos por ello. Pero les pido que pensemos, además, en las necesidades de los habitantes de la provincia. ¿Creen ustedes que en el orden sanitario están resueltas? ¿Consideran posible mejorarla, y de qué modo? Les pido un par de minutos de escucha y seguimos conversando.

Y allí nomás se valió de las diapositivas que había preparado, mostrando la realidad sanitaria. Las cifras eran contundentes.

- Más allá de la competencia de ustedes, que nadie pone en duda, queda claro que las necesidades de la población, sobre todo en el interior, superan con creces a las posibilidades sanitarias actuales.

Su disertación, por lo moderada, contrastó con todo lo previo, y produjo en el auditorio un impacto. Apabullados por la disertación, el silencio campeó en el recinto.

- A partir de esta realidad, necesitamos el desarrollo de un sistema sanitario que respete lo que hacen los efectores actuales, pero que supere las insuficiencias. Para ello contamos con recursos que la Nación nos entrega a cambio de los que Neuquén brinda al país. Los detalles de la inclusión de nuevos actores en el equipo y del modo de la dedicación exclusiva son figuras técnicas que vienen avaladas por experiencias exitosas. Estoy segura que seremos socios y no competidores en servir a nuestros vecinos.

Entonces intervino el doctor del Vas:

- Acompañando a esta propuesta es intención del Gobierno Provincial desarrollar un fuerte impulso a la infraestructura de servicios que fortalecerá la calidad de vida de los habitantes de la provincia. Y necesitamos que los prestadores actuales continúen y si requieren nuestro apoyo cuenten con ello.

La voz, humilde pero enérgica de don Felipe, redondeó las exposiciones previas y acalló cualquier oposición. Al menos por el momento.

- Me comprometo a servir a mis vecinos más necesitados. De ustedes espero lo mismo. Serán los primeros pasos y el camino a recorrer puede ser largo.

RECLUTANDO ADEPTOS

- No entiendo, mi amigo. ¿Qué es lo que ahora pretende de mí? Me preocupa un poco porque sus ocurrencias suelen ser de temer.

La pregunta tenía su sentido. Cuando don Antonio se apasionaba, cosa habitual por otro lado, se le atragantaban las palabras, las ideas, y sobre todo y también los hechos. Peor todavía si andaba adobado de ginebra. Aunque en aquella oportunidad no se mostraba “curado”.

- ¿Qué es lo que no entiende, don Julio? Un agente sanitario es un trabajador que se ocupa sobre todo de la prevención del daño. Se dedica a capacitar a los pobladores en conductas que mejoren su calidad de vida. Nada diferente a lo que usted viene haciendo desde siempre.

- ¿Y qué lo diferenciaría entonces de un enfermero?

- Que el enfermero se concentra en lo asistencial, en lo curativo. Y además puertas adentro del Centro de Salud o del Hospital. Aunque el agente sanitario también debe enseñar, como el maestro. Y si hay una urgencia colabora en la atención.

Don Julio Heffner, maestro rural del norte neuquino, gran amigo de su interlocutor, requería más explicaciones. Educado en Fortín Mercedes, había egresado como sacerdote, y a los pocos años, renunciando a sus votos, se instaló en la zona de Las Ovejas como educador rural. Junto con el maestro Carlos Navarro y don Isidro Belver - un poco más al sur - conformaron con don Antonio un grupo intelectual iconoclasta que motorizó cambios sociales de relevancia en su tiempo.

En la ocasión sostenía con su amigo una de sus “tenidas” ideológicas, y como muchas teniendo como escenario una partida de ajedrez. La cosa surgió porque don Antonio le había propuesto incorporarse al equipo del hospital como agente sanitario. Esa función era novedosa y se había constituido en una obsesión en el galeno rural, a contrapelo como siempre con la ortodoxia médica imperante, centrada en lo asistencial.

- No se me retobe don Julio, que también esta vez lo necesito. Es una actividad desconocida en estos pagos, pero ha probado ser muy útil. En nuestro país la introdujo el Dr. Carlos Alvarado, de Jujuy, en la época que era ministro el Dr. Ramón Carrillo. Y ahora necesitamos imponerla en Neuquén.

El diálogo tenía lo suyo. A ambos les fascinaba cambiar cosas para bien de los más desprotegidos. Las huellas profundas que dejaron en la región siguen vigentes.

- ¿No le parece que ya tengo mucho trabajo haciendo de maestro para que encima me eche al hombro esa tarea?

- Mire, don Julio. Entre linyeras no nos vamos a andar pateando el tarrito. Usted no se conforma con enseñar a leer y escribir a los mocositos, porque siempre entendió que educar es mucho más que eso.

- Voy comprendiendo. Y con la premisa de que debemos desarrollar nuestra tarea de un modo integral, pretende que deba sumarme a su mafia de predicadores. Y encima me gana siempre al ajedrez.

Más allá de lo picante de aquella discusión, don Julio Heffner devino uno de los primeros maestros rurales que se incorporaron como agentes sanitarios al mítico Programa de Salud Rural, en un área piloto del proyecto. Éste, a su vez, resultó el ariete del futuro Plan Provincial de Salud, que se sostiene hasta el presente. Y las continuas diferencias que nutrieron aquel vínculo no hicieron más que consolidar la relación de amistad que los unió, asentada en el amor que sentían por los niños y el concepto de equidad social que fue eje en la vida de ambos.

Don Antonio, artífice de la Medicina Rural, asociado a otros visionarios de la movida sanitaria, fueron los míticos precursores de un también mítico Proyecto de Cuidado de la Vida.

EL PEDIDO DE DON EULOGIO

Aquel día don Antonio despertó resabiado. El alcohol lo tenía a mal traer. Ya no era como antes, que aguantaba lo que viniera. Ahora, casi como que con el solo oler un corcho se mamaba.

Lo peor era el temblor mañanero. Le atacaba al amanecer y solamente calmaba con más alcohol. La dependencia se había instalado con la fuerza de una yunta de bueyes. Para peor el dolor de su cadera enferma también se lo exigía. Con un par de medidas de ginebra tenía para tirar media mañana. Y allí otra vez, y así. No duraba mucho el alivio, pero era lo que había.

Tenía planeado ir hasta Huínganco a atender a la mañana. A la tarde, luego de comer algo si el estómago se lo permitía, quería llegarse al paraje Mallín Escondido. No podía esperar a que don Eulogio Cayunir se acercara al Centro de Salud, con sus 96 años auestas, solo de soledad en lo familiar y sin luz en sus ojos agotados por el tiempo y los cansancios. En gran medida dependía de la ayuda de sus vecinos, los Maripan y allegados. Hay que reconocerlo: muy buen vecinaje el de don Eulogio. La media legua que separaba sus rucas no era razón para dejar de acompañarlo. Ni con temporal le aflojaban. Se le aparecía una mañana doña Deolinda con un buen guiso carrero, a la tarde el Rosendo con sopaipilla, y así.

Aquella vez las cosas anduvieron derechas. Las consultas matinales que recibió no fueron muchas, pero sí exigentes. Lo más complicado, la luxación de hombro de don Esteban Insunza. El criancero ya estaba jodido de antes. Pero no se aguantaba la inmovilización. La cuestión se le iba a ir complicando progresivamente. Los golpes y los años aflojan las coyunturas.

- Y qué quiere, don Antonio. Los chivos me necesitan. Y si no los campeo yo... La patrona no está pa' esos trotes con lo que le exigen los coltros. Encima el menor todavía está con la teta. El Amaranto, que me estaba saliendo güeno, se fue p'al pueblo. Por el estudio. Usted mismo me lo pidió. Y está bien nomás así.

Y era de lo más cierto. Bien aprendido el Amaranto con las letras y nada quedado para los números. Encima una vez, como al pasar, después que le encomendó a su doctor cuaderno nuevo y lápiz, se le había confiado:

- Sabe, don Antonio. Cuando sea grande capaz que le haga al pizarrón. Está lindo aprender, pero lo más sería enseñar. Como hace don Isidro.

Resignado, el galeno le hizo al criancero un vendaje inmovilizador que sabía tendría poca vida. La próxima zafadura sería más complicada, pero ya el Eleodoro se iría curtiendo en cuidar chivos. Aunque, como el hermano mayor, no era nada quedado el coltro. Había resultado también buen escuelero. En fin, ya se vería. Como decía el poeta, se hace camino al andar.

En la consulta que le siguió, doña Deolinda Quintrequin medio que se le retobó cuando le estaba revisando los pulmones. Hizo gesto como si el olor a ginebra le repeliera. Joderse.

¡Qué se hacía la fina si dormía descalza!

Pasado el mediodía se arrimó a lo de doña Eusebia Quintomán. A la veterana se le había atravesado que tenía que cocinarle. Le hallaba desmejorado y decía que era porque comía a las perdidas cualquier porquería. No andaba muy errada, pero él sabía que la gastritis, o úlcera o vaya a saber qué cosa que tendría en su panza le venía por el trago. Y del hígado ni hablar.

El doctor Pedro Gallo, su colega y amigo director del hospital de Chos Malal, con mucho tacto se lo había advertido.

- Antonio, te estás matando. Los análisis marcarán lo que te resta de hígado, pero será inútil si no dejás el alcohol.

- ...

- Vos lo sabés mejor que nadie.

- Para qué te voy a engañar. Total, que la cirrosis no tiene cura. Y a mí el problema me viene cuando no estoy chupado.

- ¿Por qué decís eso?

- Cuando no estoy en pedo me doy cuenta lo que es mi vida. Más vale no pensar.

- Con ese criterio, si la vida es tan jodida, me pregunto ¿por qué te rompés tanto por ayudar a los paisanos?

- En realidad, trato de que vivan mejor. Pero el punto es que es mi vida la que no vale la pena. Envidio la libertad del criancero, que no obedece normas al pedo como las nuestras.

La respuesta del doctor Gallo no se hizo esperar.

- Libertad que le cuesta el cagarse de hambre en el invierno.

Difícil paciente don Antonio.

Como era de suponer el puchero de chivo de doña Eusebia no lo pudo pasar. Dos o tres bocados y empezaron los vómitos. Salió medio a los tropezones y en su pieza se atosigó de agua con bicarbonato y dos medidas de ginebra. Santo remedio.

Pasó por lo del turco y le pidió una mano para ir a lo de don Eulogio. Cuando Salud Pública se dignara iba a disponer de algún jeep en buen estado o ambulancia para sus recorridas. Pero por ahora no había caso. No le entraba bala al gobernador. Que ya le había ayudado para armar la escuelita, que no le giraban fondos del ministerio y mil vueltas más. Al final dependía de la voluntad del vecinaje, porque hasta el sueldo le venía cada muerte de obispo.

A veces, pero menos que antes, si no era lejos lo hacía de a pie. Pero la cadera cada día iba peor. La debilidad y el dolor le recortaban su arrastrada de pata.

Sentía que el fin sí que se arrimaba a trancos largos. Cuanto antes, mejor.

Aunque le jodía por los mocositos. ¿Quién pelearía por la escuelita, por las vacunas, por el yerbeado con sopaipilla, por las zapatillas de los coltros?

A la tardecita don Elías Zuñiga, el chofer del turco al mando de la chata V8 lo dejó en lo de don Eulogio. Quedó en buscarlo a la vuelta, luego de cargar los cueros de chivos en su recorrida por el paraje. Claro, también visitaría a la Elisa, ya que estaba. Cebaba buenos mates la Elisa.

Encontró al veterano ocupado en armar un lazo. Se daba muy buena maña en eso de sobar cuero, cortarlo y trenzarlo. Como que viera a través de sus manos.

Requeridos los lazos de don Eulogio. Y los vecinos, conocedores de su buena maña, le reservaban los mejores cueros para ayudarlo. Por eso le permitían al mercachifle que se prevaleciera con el veterano en el trueque por los vicios: yerba, harina, grasa y tabaco.

- Buenas y santas, don Eulogio.

- Buenas, mi doctor. Parece que va a caer piedra sin llover. Hace días que lo vengo esperando pa' matear un rato. Le tengo armada una contada.

- No creo que sea mejor que la del león del Huintranco que me contó la otra semana.

- No se me apure. Capaz que le erra la parada.

Y así nomás se largó la conversa. El mate, el calor del fogoncito en el suelo y la confianza mutua aflojaron lenguas y orejas. Y así nomás hasta que apareció espontáneamente la confidencia.

- Sabe, don Antonio. Le necesito para que me ayude. Anteanoche tuve un peuma. Usted sabe, es como soñar, pero con más sustancia.

- Usted dirá, para eso estoy.

Don Antonio medio que se revolvió en su asiento para acomodar trasero y aliento.

- Hacía mucho que mi abuelo no se me aparecía. Esta vez se vino de a caballo. Montado de a pelo nomás, como le gustaba. Eso sí, cuchillo de plata y botas de cuero de potro.

- Seguro que le habrá dado conversa.

- Y de aquellas, mi dotor. Me anotició que pronto llegará el sosiego a mi osamenta. Y me dio encargo. Para eso lo necesito a usted.

- Usted dirá.

- Razón pa' confiarle.

Y entre mate y mate siguió la conversa hasta que se apareció don Elías con la V8 a buscarlo. Se despidió del peñi - hermano - y cuando se retiraba le pareció que la sombra del amigo se iba achicando de a poco. Tal vez era el reflejo del sol en el poniente, tal vez era la ginebra de la siesta.

A los pocos días el mismo don Elías lo anotició:

- Sí, don Antonio. Don Eulogio partió al Wenu Mapu - el cielo de los antiguos -. Lo están velando en el paraje. Me había pedido que le recordara de un encargo que le hizo. Se la veía venir el veterano.

Ni falta que le hizo. Después del último encuentro de jornadas atrás que venía escribiendo fuerte. Compromiso fuerte a medida del hombre.

Antes de tapar el cajón para el entierro, con la cabeza dirigida hacia la cordillera y mirando hacia el este, los peñis de don Eulogio vieron a su dotor depositar en el pecho del difunto y bajo sus manos enlazadas, un sobre tamaño oficio bastante abultado. Cosa que no se le desparramara en el viaje. Contenía los escritos de los mejores relatos confiados por el paisano en aquellas noches junto al fogón, cuando mateaban bajo el maitén de la entrada. No hay como la sombra del maitén para las contadas. Historias que revivían los tiempos de los antiguos, de pehuenes milenarios, de arroyos de aguas claras que bajaban de los cerros, de luchas desiguales del mapuche, gente de la tierra, contra el huinca invasor, el del remington, de los cañones, aguardiente y pactos mentirosos, de peumas anunciando a la machi el don de sanar y acompañar las almas de los difuntos al

Wenu Mapu, de amores y venganzas, de sueños y razones, de alegría y muerte. Ahora que habían llegado las letras, tenía que acercarlas a los antiguos junto a Futa Chao, el que siembra la vida. Tenía que devolverles a los abuelos sus contadas enletradas.

Al retirarse don Antonio enjugó con su pañuelo las gotas de su semblante surcados por la lluvia del afuera y del adentro. Quizás por eso, aquella no necesitó de ginebra para dormir en paz. Le había cumplido el encargo a don Eulogio.



EL PAN DULCE DE LOS MOCOSITOS

Era tiempo de Fiestas. Navidad, Fin de Año, Reyes. Venía como siempre todo entreverado. Y como casi siempre, don Antonio se encontraba sin recursos económicos para facilitar alegría a sus mocositos.

Hacía meses que no le venía el sueldo. Tampoco era gran cosa, hay que decirlo. Pero si además no le cumplían, la cuestión se complicaba.

Los años anteriores se había arreglado bastante bien, aunque tampoco habían sido de abundancia financiera, siempre se las arreglaba. Pero aquella vez no aparecía la alternativa salvadora. Ya sea en forma de donaciones, o de organización de tarea comunitaria.

La tarea lo desbordaba y la pierna enferma le dolía cada vez más. Los calmantes no le hacían casi efecto, y tenía que hacerle cada vez más a la ginebra que le caía cada vez peor.

Para ese entonces don Antonio estaba saliendo de una crisis. Los allegados hablaban de una desilusión amorosa con una paisana del paraje Huintranco. Los de la vereda de enfrente lo adjudicaban al alcohol y desvíos sexuales. Tratándose de quién se trataba, el sector de indiferentes brillaba por su ausencia.

- Estamos complicados, don Isaías. No me llegan mis sueldos. Las fiestas se vienen encima, y los chicos necesitan reír.

- Todos estamos mal, don Antonio. Estoy amasando la mitad de la harina del año pasado, y todavía me queda pan sin vender.

El semblante y las manos apretadas de don Isaías reflejaban su impotencia.

- Y a los vecinos ya no me da para pedirles. Y mire que soy conocido por mi cara dura para conseguir cosas para los mocositos. Es tiempo de chivas flacas.

- Por mi parte, si pudiera colaborar, ya sabe que soy materia dispuesta.

- Ya lo sé, don Isaías. Sé que cuento con usted.

Y siguió la recorrida. Consiguió papeles de colores, no demasiados, algunos juguetes de segunda mano, ropa y zapatillas poco y nada. Y así. Lástima lo de don Isaías. Siempre que podía aportaba lo suyo. Además, sus productos eran más que estimados por los pequeños. Y también por los grandes, claro.

Pretendía ocultar a los demás su desánimo. Pero en ese tiempo de diciembre de 1971 en el pueblito de Varvarco le sacudió fuerte a la ginebra. Cuando empezaba no podía

parar. Y los efectos eran devastadores. No comía ni se higienizaba. Se lastimaba con frecuencia. Y no hacía caso a los vecinos que intentaban ayudarlo.

Aquella jornada la pasó tendido en su catre del consultorio. Por fortuna - o quizás por ello - no le llegaron pacientes. Doña Eulalia, la yerbatera, seguía siendo muy querida. Y armaba yunta seguido con don Antonio en eso de reparar cuerpos y alientos.

La cadera cada día le dolía más. Había levantado el Centro de Salud casi de la nada, con la ayuda de los vecinos. Sin plata para materiales, se armaron de voluntad y lo pudieron. También participaba en la elaboración del Plan de Salud, no sin cuestionamientos con sabor a utópicos.

El Ministro del Vas lo escuchaba con paciencia en mérito a los tremendos aportes que nadie podía desconocer. Por ello su participación fue trascendente en la elaboración del Plan de Salud Rural, en el que insistió en incluir a los agentes sanitarios - vecinos sin formación profesional, pero con buen perfil comunitario -, conocedores a ultranza del lugar y su gente idóneos para trabajar en lo preventivo. Sobre todo, don Antonio insistía con que tenían que ser buenas personas. Porfiaba por incluirse en el panel de selección, adjudicándose su capacidad de “*semblantear*”. Y era difícil que le errara al vizcachazo.

A caballo de su propuesta don Antonio consiguió que algunas áreas de la todavía incipiente provincia neuquina fueran consideradas piloto en esta experiencia. Varios maestros rurales habían aceptado operar como pioneros en la experiencia.

Por si fuera poco, hacía poco del ingreso a la provincia de doce médicos jóvenes bien formados. Fueron los primeros cambios sustanciales.

Pero este jaleo, tanto administrativo como político, lo había dejado exhausto, razón para que su sustancia de resabiado se le subiera a la cabeza. Para variar se había peleado con del Vas y don Felipe. Los había puteado por la cuestión de la distribución de recursos, entendiendo que lo médico dejaba poco resto para lo social.

Su divague sanitario se interrumpió bruscamente:

- Don Antonio, lo busca don Isaías. Dice que es urgente.
- Decíle que pase. Estoy sesteando.

Medio dormido, medio despierto, le respondió a Marta, su ladera todoterreno. Atinó a sentarse para recibir, en calzoncillos y con la camiseta en diversos lados agujereada, al panadero del pueblo.

- Buenas tardes, don Antonio.
- Adelante, don Isaías. Usted dirá.

- Mire, era por lo que hablamos los otros días. Las fiestas de los chicos, sabe.
- Sí.
- La realidad es que hice pan dulce de más, creo que medio a propósito. Y como lo suponía, vendí muy poco.
- ¿Y entonces?
- Y entonces que dispone de buena cantidad de pan dulce para repartir.
- Mala noticia para usted, buena para los chicos.
- También buena para mí. Me gusta verlos contentos. Y a usted, que últimamente anda con cara de atorado.

Don Antonio prefirió por una vez el silencio prudente, y Marta acompañó el traslado de las bolsas de harina conteniendo los panes dulces al depósito del recientemente inaugurado Centro de Salud, donde aguardarían a que el médico se repusiera de su trancazo etílico.

Dos días después, cuando se produjo dicho evento, al entrar en tarea se encontró con una desagradable sorpresa: la donación de pan dulces de don Isaías había sido invadida por las hormigas, que en ordenadas hileras transportaban diligentemente las *“alegrías de los mocositos”*.

Enojado consigo mismo por su negligencia y apurado por la necesidad, le hizo a su maña. Afortunadamente había hecho instalar en la sala de espera un tacho. Con buen tiraje resultaba buena estufa de leña. Le iba a hacer mucha falta para el invierno. Sin dar mucha vuelta consiguió buena cantidad de rezagos de maderas del aserradero de don Matías, y manos a la obra. El trabajo le solía operar como sucedáneo del chupi.

Lo cierto es que el 24 de diciembre repartió los panes dulces de don Isaías lo más campante, sin una hormiga ni para muestra. Por una vez prudente, no compartió los entretelones para no dar jugoso material a las malas lenguas, que nunca faltan.

La realidad es que haciendo gala de su saber gorgniano, había sumergido los productos navideños en agua, consiguiendo la expulsión de sus indeseados habitantes. Luego, tacho a fuego pleno de por medio, los había secado tanda tras tanda.

Sus mocositos, contentos. No necesitaba más. También don Isaías, ni qué decirlo. Todas las partes compartieron un nunca tan higienizado pan dulce navideño. Afortunadamente no se le ocurrió agregarle lavandina al lavado antihormiga.

LA RECEPCION

El inicio fue contratar a doce médicos, a quienes se instaló en varios lugares claves de la provincia. Era difícil conseguir doctores para las áreas alejadas.

Uno de ellos fue el doctor León Ramos, designado en la zona norte. El encargado de recibirlo fue el doctor Antonio Gorgni, quién también elaboraba el Plan de Salud Rural provincial, que sería un eje del cambio por venir.

La situación sanitaria en Neuquén era grave. Los indicadores epidemiológicos la colocaban en muy precaria situación en el marco nacional. Hacía poco que se habían hecho cargo del gobierno don Felipe Sapag y el doctor Antonio del Vas del área social.

Tras su paso por la Dirección de Salud en la ciudad capital, el doctor Ramos fue orientado al Centro de Salud de Varvarco, pero previamente debía presentarse en el hospital de Las Ovejas, donde suponía lo esperaba el médico trashumante.

Pleno de inquietudes por la tarea a emprender, el doctor Ramos llegó a aquel pueblito en un colectivo desvencijado, luego de jornada y media de intenso traqueteo, por caminos que semejaban huellas de carros.

- ¿Me podría decir dónde está el Centro de Salud?

No necesitó recorrer demasiado desde el boliche donde lo arrió el automotor, por llamarlo de alguna manera. La calle principal tenía contadas cuadras. El edificio sanitario lucía descuidado.

- Necesito hablar con el director. Soy el Dr. Ramos, médico designado para Varvarco.

- Podrá encontrar al Dr. Gorgni en aquella fonda de la esquina, donde se aloja.

Luego de agradecer a Marta, la enfermera “*todoterreno*”, el recién llegado orientó sus pasos al lugar indicado, que no era precisamente una mansión.

- Necesito hablar con el Dr. Antonio Gorgni. Soy el nuevo médico de Varvarco.

- Un momento que le aviso.

El encargado golpeó la primera puerta del pasillo. Le respondió una voz medio chillona. Inmediatamente regresó.

- Pase usted, doctor. El doctor Gorgni dice lo está esperando. Es medio resabiado, por si no lo conoce. No tome su modo como algo personal.

Intrigado, el novato golpeó la puerta de la pieza en cuestión. La misma voz con el mismo tono lo “invitó” a pasar.

Se encontró con un hombre de unos 50 años, de baja estatura, rubio, de tez colorada, que en calzoncillos y sentado frente a una mesita adornada por un botellón de ginebra, restos de comida y un montón de papeles escribía sin siquiera mirar al recién llegado.

- Pase de una vez. No dé tanta vuelta. ¿Qué anda queriendo a estas horas de la siesta?

- Mucho gusto, doctor Gorgni. Soy el doctor León Ramos. Entiendo que de Neuquén le han informado de mi arribo. Recién llegó del colectivo.

- Otra vez se demoró lindo la chata de don Aparicio. Lo esperaba más temprano. Supongo que habrá comido. Porque no tengo para ofrecerle. Tampoco tiempo. Debo completar un informe acerca del material rupestre de Colo Mi Chico.

La intemperancia del médico referente era manifiesta.

- No quise molestar. Pero entendí...

- No se gaste, doctor. Pida una pieza y alójese. Pasado mañana a la madrugada sale el colectivo para Varvarco.

- De acuerdo. No quiero molestarlo más. Si lo desea hablamos más tarde.

El joven médico deseaba ser tragado por la tierra.

- De todos modos, lo prevengo. ¿Usted trajo carpa? Supongo que le habrán dicho que en Varvarco no hay casa de médico.

- En realidad, me lo informaron en la entrevista con el Director de Salud. Prefiero ver lo que hay y decido. Buscaré una pieza, una pensión, lo que sea. El mes que viene llegará Alicia, mi esposa.

- Viene con familia entonces. Mejor que su mujer se adapte al lugar. Y usted también. No es para cualquier pueblerero. Pero si ama lo que hace, podrá hacer lo que quiere. Y entonces no querrá irse del pago.

El tono huraño no esperanzaba en absoluto, pero la vocación del nuevo médico era a prueba de resabiados.

- Vale el aviso. Ya lo veremos. Gracias de todos modos.

- Estamos en otoño. Cuando nieva se corta el camino a Las Ovejas a veces por semanas. Entonces le pido a del Vas el helicóptero de provincia y desparramamos víveres a los crianceros aislados. Tenga siempre a mano fideos, ginebra y yerba, por las dudas.

- ...

- Espero que no sea de los mediquitos de sanatorio. Que se preocupe por los vecinos. Que vaya a sus casas y tome mate. Recuerde que su vecino caga al lado suyo, detrás de los yuyos del fondo, arriba del barranco. Y si sabe algo de partos y quebraduras, tanto mejor.

Vale mencionar que en aquel entonces las casas pueblerinas, en general, carecían de baño.

Los colegas, más allá del estilo gorgniano, al tiempo armaron un buen vínculo, y formaron equipo junto al Dr. Gallo en Chos Malal, en la mítica Zona Norte Neuquina, sentando las bases del futuro Plan de Salud Provincial, del que fueron pioneros.

GAJES DE LA ASESORIA

El proyecto sanitario neuquino estaba en sus inicios, con criterios ordenadores que se cumplían a rajatabla. A pesar de las dificultades que surgían de modo permanente. Una de ellas, elemental, era la inclusión de profesionales, sobre todo médicos, al plantel existente. El interior, más aún la región cordillerana, seguía adoleciendo de ello.

El referente técnico político era el Dr. Antonio del Vas, quién le pidió a don Antonio que lo acompañara un tiempo en la capital para ayudarlo en la tarea. En realidad, y no era dato menor, también quería tenerlo a mano para que recibiera ayuda en su debilitada salud. Seguía aportando elementos técnicos, cartas geográficas de su confección, y por sobre todo datos de su tremenda experiencia adquirida en sus famosos recorres, que le habían ganado una aureola mítica. Su estilo operativo, basado en tarea territorial, era inédito en un médico regional. Hay que decirlo, el mito se nutría de elementos positivos y de lo otro. Mito al fin.

Le costó mucho a don Antonio el traslado a la capital provincial, pero lo aceptó a sabiendas de que era provisorio. Amaba su tarea y la gente del norte, en especial sus mocositos. Pero el objetivo valía la pena. Además, le había cobrado afecto al Dr. del Vas y a don Felipe, artífices políticos del Plan de Salud, más allá de las continuas disputas que terminaban en un abrazo. Armisticio que duraba exactamente hasta el próximo encuentro, en el que se volvían a trenzar.

Entre las tareas encomendadas estaba la contratación de nuevos médicos para el interior. Pavada de desafío. La formación académica de nuestros médicos siempre estuvo orientada al ejercicio urbano. Pero a esperanzado a don Antonio no le ganaba nadie. Y sabía transmitir ese don. Además, en su alforja aparte de su carisma agregaba gran porción de ingenio.

Uno de los recursos que disponía era el de una red de información. Si bien no estaba demasiado vinculado con la corporación de otros lugares del país, se hizo fuerte en lo regional. Y así para ello recurrió a los referentes institucionales, a las organizaciones comunitarias, vecinos, etc. Tampoco podía desaprovechar a los profesionales que estaban de paso por Neuquén. El turismo era un factor que cobraba cada vez más importancia. Y fue al grano.

- Por eso, don Onofre - dueño del hotel Excelsior, uno de los tradicionales - es que necesito que me avise inmediatamente de cualquier médico que se aloje en su establecimiento. Es un servicio cívico para conseguir recursos para los vecinos.

- Ningún problema, don Antonio. Llamo al número de teléfono y le dejo dicho si usted no está. Por suerte en el registro de pasajeros debo incluir el dato. Pero le pido reserva, pues no quisiera tener dificultades con ningún cliente por el manejo de la información. Imagínese que vivo de esto.

Era atendible la inquietud de don Onofre, y don Antonio le aseguró que no tendría dificultad alguna. Y así recorrió todos los lugares de alojamiento de la ciudad y alrededores.

Aquella noche lluviosa del otoño neuquino, el teléfono sonó interrumpiendo su actividad literaria.

- De acuerdo, don Onofre. Salgo inmediatamente para su hotel.

- ¿A esta hora, don Antonio?

- No importa que sean las dos de la madrugada. Debo hablar con él, con mayor razón si pidió que lo despierten temprano pues debe seguir viaje a Bariloche. Y déjelo por mi cuenta. Seré prudente - a veces don Antonio pecaba de desfachatado -. Y muchas gracias por el aviso.

Apenas colgó el aparato se vistió a las apuradas y salió como alma que la lleva el diablo. Ya tenía apalabrado a los choferes de la parada de taxis de la esquina para que lo priorizaran. Los había sensibilizado con periódicas remesas de costillares de chivitos del norte neuquino que nunca le faltaban. Ventajas de ser un experto en relaciones públicas. Aunque le fallara la experticia con los representantes del poder y con muchos de los colegas de la corporación.

El encargado del Excelsior le facilitó el número de la habitación ocupada transitoriamente por el Dr. Gustavo Vaca Narvaja y su reciente consorte, la señora María Eugenia Wulff. Estaban de viaje de luna de miel, de paso hacia Bariloche. A pesar de haber arribado a la medianoche, habían pedido que los despertaran temprano para retomar su viaje.

Decidido, don Antonio golpeó, con lo que interpretaba su mayor discreción, la puerta de la habitación 118, del primer piso.

- ¿Quién es? - respondió una voz desde el interior -.

- Necesito hablar con el Dr. Vaca Narvaja - la voz serena de don Antonio aventaba inquietudes - Soy de Salud Pública.

La puerta se entreabrió, y una imagen somnolienta y en pijama emergió del interior.

- Buenas noches. ¿Qué sucede?

- Sucede que necesito hablar con usted. No nos conocemos, pero es importante y le puede interesar.

Se encaminaron al bar de la planta baja. El encargado, desde lejos, contemplaba la imagen de los únicos concurrentes, uno de ellos en pijama y campera para disimular, alrededor de dos cafés humeantes con algún poco de ginebra en la taza antoniana. La conversación se prolongó durante dos horas y media. Terminaron con un abrazo efusivo.

Al otro día, el novel matrimonio partió de viaje luego de un buen desayuno. El detalle es que abordaron un automóvil conducido por don Antonio. En vez de dirigirse a Bariloche lo hicieron hacia Chos Malal, donde los recibiría el Dr. Antonio García, jefe en ese entonces de la Zona Sanitaria III.

Para hacerla corta, al otro día el Dr. Gustavo Vaca Narvaja junto a su flamante esposa, se llegaron a Tricao Malal, pueblito que está cercano a la frontera mendocina. Es que los puestos de médico del hospital y de maestra del tercer grado de la escuela necesitaban urgente cobertura.

Con el tiempo el Dr. Vaca Narvaja recorrió la senda iniciada por su guía de aquel entonces, en el que fue puntal de la medicina regional e incluso Ministro de Salud Provincial.

Mientras regresaba a la capital provincial, don Antonio reflexionaba acerca de los diferentes modos que tenemos las personas de encarar una luna de miel. De mi costal agregaría los de conseguir médicos para el plantel de Salud Pública provincial.

OTRO DIALOGO NO INFANTIL

- Buenas y santas, don Crescencio.

- ¿Cómo anda, don Pedro?

Los dos caracterizados vecinos de Las Ovejas se encontraron en el Ramos Generales de don Abdul. Y no por razones comerciales, ya que operaba además como espacio de encuentro social. La ingesta de una medida de ginebra o un mate cocido a media mañana era la excusa para ello.

- Por acá, haciéndole a la vida. Y bastante preocupado, por cierto. ¿Se enteró de lo que andan diciendo de don Antonio?

- Me imagino porqué anda así. A mí también me resuena la pensadera por las comentaciones sobre nuestro doctor. Le quieren joder porque les arruina el negocio a los de arriba.

- No se lo van a llevar fácil. Todo el vecinaje lo quiere. Menos los que usted señala.

- No son muchos, pero roncan fuerte.

Es sabido que los poblados, a más chicos mayor cercanía relacional y por ende menor privacidad. Pero la otra cara de la moneda es que quién necesita una mano la obtiene fácilmente. Lejos del anonimato y la vida en pos de la competencia y el éxito de las ciudades.

- Y sí, los políticos y los patrones manejan poder.

- Y peor cuando se les suman algunos colegas del doctor. No sé porque le arman barullo. Si se arrimaran al pago tendrían para aprender de lo que hace.

- Unos cuantos de esos curan para engordar la billetera. Nada que ver con armar puestos, escuelas, mejorarnos la vida y recorrer parajes con una pata al hombro. Y por, sobre todo, estar con nosotros.

- Le acusan de cosas jodidas. De que es borracho, que es cierto, y comunista, puto y abusa coltros.

- Por suerte, así como nosotros lo defendemos, también en el gobierno hay gente que lo conoce y aprecia. Que lo echen lo desgraciaría a él, que tanto quiere lo nuestro, y a nosotros, que lo necesitamos.

- Como si ellos no le hicieran al whisky y al coñac.

- Por suerte no le pueden decir que roba, como unos cuantos de esos criticones que manejan alambrado corredor en sus campos. A costa de nuestras tenencias.

- Claro, si todos sabemos que es más pobre que nosotros. Cobra su sueldo y reparte todo.
- Y eso no pueden decir los que le andan desparramando calumnia.
- Yo diría que nos juntemos los que lo queremos a armar nota para cuando venga el gobernador al aniversario del pueblo.
- Buena idea. Y se la entregamos todos juntos.
- Ya mismo empezamos campaña. Si algo aprendimos de nuestro dotorarrastrapata es a no callar.
- Y que tenemos que saber leer y escribir, para no necesitar pedirle a la maestra que nos arme cartel para el apoyo a don Antonio el día del Pueblo. Y hasta tenemos la bandera con el zapallo de Piedras Blancas.

LA OFICINA ECOLÓGICA

Corría el verano neuquino a pleno. Para aproximar a la realidad, la situación ambiental permitía que los mejores huevos fritos se cocinaran en el pavimento a la hora de la siesta. Por si fuera poco, árboles no le sobraban a la capital provincial. Excepto a la vera del río o en algunas plazas, al verde ni se le daba por asomar.

La cosa era que la conducción formal de Salud Pública andaba floja de papeles. El Director Provincial estaba de viaje prolongado por los Buenos Aires gestionando recursos, un par de funcionarios ausentes por temas de enfermedad, y paremos de contar. Y se dio que andaba por Neuquén don Antonio. Y a falta de pan...

Era conocido por su carácter de itinerante. Lo que daba para hachazos de una vereda y aplausos de la otra. Nunca conformar a todos.

Fue entonces que, por esos azares del destino, tras el pedido del doctor Del Vas, don Antonio Gorgni quedó a cargo de la Dirección Provincial de Salud. No le faltaba audacia al Ministro. De modo provisorio, claro está. Porque al aludido no le daba la talla de orgánico institucional por ningún lado.

El interior del viejo edificio de Salud Pública de Roca al 265 estaba al rojo vivo. Los ventiladores no daban abasto. Tampoco la barra de hielo presurosamente requerida y distribuida en raciones presuntamente equitativas alcanzaba a paliar la situación. Todo era insuficiente. A la gota gorda que chorreaban los oficinistas había que agregarle los frecuentes cortes del sistema de provisión de energía, por llamarlo de alguna manera. Ningún dechado de perfección, los apagones seguidos eran aprovechado por las parejas que transitaban en horarios nocturnos calles y zaguanes. Pero los oficinistas sanitarios se derretían por ardores menos sentimentales. Al menos en las oficinas de la calle Roca.

Ante la eventualidad, el médico rural devenido burócrata - quién lo diría - se conmovió al escuchar las acongojadas quejas de la blonda y curvilínea Carmelina Figueras, a la sazón secretaria de la Dirección. La canícula le provocaba efectos indecorosos en su estética facial. Vale decir que se le chorreaba el maquillaje por su semblante cristalino con la transpiración. Don Antonio, que era sin dudas hombre de recursos procedió a gestionar la compleja crisis. No hay nada como un funcionario que se ocupe con todo su empeño de su gente.

Sin anestesia previa, indicó al personal de maestranza que procediera a cargar máquinas de escribir, sillas, pupitres y documentos en dirección a la plaza que estaba a la vuelta. Gentilmente ofreció su brazo a la acongojada desmaquillada e invitó al personal a

dirigirse a degustar de la sombra de los árboles placeros. El entusiasmo cundió presto, y enriquecido por iniciativas dignas de mención.

Mientras la mayoría elegía su lugar en el predio mencionado, don Evaristo Espinosa, voluntarioso maestranza de la repartición, entró a repartir envases de litro de tereré - infusión de yerba mate con agua helada - rememorando sus tiempos de Oberá, su lugar de origen. Así la cuestión, y dado que había alérgicos a la citada bebida de origen guaraní, doña Eufrosia Paredes, previa colecta entre otros afectados, procedió a distribuir helados de la renombrada confitería El Manantial, que estaba ahí nomás, en la otra cuadra. Hay que aclarar que los conseguía con descuento comprando en cantidad. Aprovechativa de ofertas doña Eufrosia.

Ya que estaban, al otro día continuó el jolgorio, y así durante cuatro días, salteando el jueves que se largó - al fin un respiro - llovía a pleno. Y era bien sabido que el agua de lluvia también perjudicaba el arreglo facial de la Carmelina. No sólo con lágrimas se corrompía su maquillaje.

El problema lo tuvo el Director titular a su vuelta. Su espíritu habituado a las normas tradicionales oficinescas se sintió compungido, por decirlo suavemente, ante la situación instituida. La gente se había malacostumbrado al espacio verde. El hombre no dejó arredrar, pero no le fue fácil. Aunque aceptó lo del tereré, ya que era adicto al mate y además, don Evaristo Espinosa era su compañero de truco en el club del barrio.

Eso sí, con buen tino, evitó reprender a don Antonio. Sabía que no le entraban balas, y para qué gastar pólvora en chimangos.

LOS FANTASMAS DE DON ANTONIO

Había partido de Andacollo hacia Las Ovejas en aquel *Guerrero* destartalado, camioncito malhabido, quien sabe de dónde salido, como tanto vehículo que supo conseguir. Tras cargar unas tortas fritas impuestas por doña Ermelinda, postergó el comerlas, y luego hasta llamó a Batuque, el perrito de la pensión, para que las aprovechara. No acudió a su silbido. Y allí quedaron. Casi sin pensarlo las metió en el bolsillo de su chaqueta. Si bien habían adquirido una consistencia inusual, todavía estaban comibles.

Sabía que el viaje sería tortuoso. Sumó la garrafa de ginebra que estaba a medio consumir. La intención era compartirla en Las Ovejas con don Pedro Inostroza, que la mezclaba con el agua del amargo. Le resultaba buena cosa matear con ginebra. Aliviaba dolores y temblequera de manos.

Se sentía muy cansado, pero no le cabía otra que llegarse a Las Ovejas. Recibió recado urgente por parte de don Pedro. El vecinaje estaba entusiasmado con la idea de armar la Cooperativa de Agua Potable. Había sido su ladero en aquella tarea de armado de escuela rural, y le seguía fuerte el aliento. Y para don Antonio el negocio de frenar las diarreas de los niños en el verano era redondo. Tenía que aprovechar y pegar en caliente. Más allá de su estado de salud, que venía declinando rápidamente.

A veces costaba impulsar a los pobladores. Don Antonio solía decir que los modos urbanos del comunicar no se enganchaban con los modos rurales del escuchar. Para hacerla corta, el barullo de los puebleros aturdió la oreja de los paisanos. Y cuando estaba de por medio la migración se armaba el desparramo.

En los parajes las familias crianceras tenían siempre a mano el ojo de una vertiente. Ya en el poblado la cosa era diferente. Los arroyos venían contaminados por los desechos de personas y animales. Los pozos redondeaban el desorden porque allá abajo se cruzaban con el material de los dispositivos sépticos. Las redes cloacales eran el privilegio de los alejados centros urbanos. Y costaba que el vecinaje adoptara la costumbre de hervir y agregar lavandina al agua para hacerla potable.

Para peor don Antonio cada día estaba más cansado. Los años no aparecían solos. Para más los suyos siempre bien trajinados, por cierto. Sobre todo, estaba lo de la soledad. Durante el día se las rebuscaba: el cariño de los vecinos, la intensidad del trabajo, los proyectos que surgían por todos lados. También, por qué no, las peleas con los que cortaban el bacalao, que si no aparecían él mismo las provocaba. Pero a la noche se le

aparecía la jodida soledad de siempre, con los recuerdos de aquella mujer que quedó en la ya lejana Suecia y de la que prefirió alejarse para que no quedara atada a su existencia de miseria y alcohol. Tal vez si lo hubiera pensado más, hasta hubieran tenido un par de hijos que ya estarían grandecitos.

¿Qué habría sido de ella? ¿Qué sería de él mismo?

Se mandó adentro un par de medidas, confirmó que el “*viejo guerrero*” tenía nafta suficiente y que el agua no le faltaba al radiador, y le encaró al camino hacia el norte. Eso sí, no registró el nivel de aceite del motor. Por suerte, don Renato García le había fiado el combustible. Era bueno el gallego para los negocios solidarios. Por cierto, el último tiempo había abultado fuerte la deuda. Un par de urgencias que tuvo que peludearle al barro le desbalanceó le cuenta. Para peor, había quedado más seco que lengua de loro el pasado fin de semana. Solamente recordaba que después de cobrar había repartido los habituales cuadernos y zapatillas a los mocositos, y después enfiló hacia el boliche a jugar un truquito y compartir un par de tragos con los presentes. Y después la nada hasta el despertar en lo de doña Nicolasa. Le contaron que lo habían recogido en la calle, con la ropa mugrienta de vómitos y el bolsillo vacío de billetes. Vaya a saber. Aunque no era la primera vez, y de seguro tampoco la última.

Tenía que conducir con cuidado. Porque el camino no daba para autopista. Apenas para huella bien modesta. Mucho barro y toscas. Ya había dejado muy atrás Las Piedras Meonas, allá por Bella Vista. Bello lugar para cuando uno anda de paseo. Pero no era el caso. La tensión del manejo se incrementó en el último tramo. El viento helado se había tornado intenso. Con el cielo encapotado y de modo repentino la lluvia cambió a nevada, para más con copos gruesos que rápidamente cubrieron la extensión. Maldijo no haberse procurado una pala. Seguro la necesitaría. Para peor las cubiertas del camioncito estaban más lisas que la cabeza de don Robustiano. No por nada tenía tres auxilios en la caja, uno peor que el otro. Transparentes las cubiertas robustianas.

Siguió avanzando muy despacio. La ruta ni se distinguía. Si bien la conocía palmo a palmo, se le había complicado todo. El aullar del viento lo ensordecía. La blancura que lo rodeaba se asemejaba a sus noches en vela. Alcanzó a distinguir a pocos metros una ruca semidestruída del lado derecho. Y fue un poco más allá que sintió un guascazo y *el Guerrero* frenó en seco ladeándose. Se había salido de la ruta y hundido en la zanja tapada por la nieve, que se acumulaba rápidamente.

Debía conseguir un refugio mejor que el viejo camión. Ya la ruca no se veía, pero al menos estaba orientado. Y mejor no perderse, porque el viento soplaba muy fuerte. Jodido el viento blanco. No perdonaba. En eso se parecía a la vida cuando se pone mañera.

A duras penas emergió del rodado. A tientas agarró las tortas fritas, la garrafa de ginebra y los fósforos, se encasquetó el viejo poncho de Castilla como pudo y rumbeó hacia la derecha. Dentro de todo, una suerte atascarse cerca de la ruca.

Y arrastrando su pata, desenterrando sus piernas a cada paso, afortunadamente llegó al pretendido refugio. Por una vez lo acompañó la suerte. Exhausto, pero con intención de zafar del mal momento. Lo de refugio era un decir. La ruca tenía agujeros por todos lados por donde se colaba el viento, que zumbaba como un latigazo sostenido. El techo de carrizo, se había derrumbado al fondo. Pero, de todos modos, era lo que había. Con la intensidad del nevazón, en poco tiempo hubiera quedado sepultado.

La inmensidad blanca del afuera lo apabulló. El quedarse en la ruca le daba alguna chance. Se arrebujó en un rincón en su poncho, fiel compañero que olía a humo y senderos recorridos. Era un valioso recuerdo de don Ermelindo Cayunir, de cuando lo acompañó en su despedida final.

El sopor del hielo lo fue ganando lentamente. Y medio se estaba durmiendo cuando algo lo interrumpió bruscamente. Cosas del alcohol. De repente te plancha, de repente te atropella la pensadera.

Sabía que para entonces su vehículo ya estaría tapado por la nieve, allá en la zanja donde había ido a parar. Los fósforos, humedecidos, se habían tornado inútiles. De todos modos, no había leña ni nada que se le pareciera. No disponer de ellos lo inundó de angustia. Necesitaba saber que podía alumbrarse, quizás más su adentro que el afuera.

Se acurrucó y las ideas fluyeron a empujones. Siempre que se encontraba en una difícil le ocurría. La esperanza era que el temporal amainara, y que Vialidad mandara alguna máquina desde Las Ovejas a despejar el camino. Pero eso sería después de la nevada.

¿Y si el frío le ganaba la pulseada?

Intentó manducar una torta frita, pero no la pasó. Alcanzó a echar un par de tragos que quedaban en la garrafa de ginebra, y lo ganó un profundo cansancio. Le costaba aceptar lo inmenso de su soledad. La oscuridad del refugio le atronaba su adentro. Lo invadió un terror que atenazaba desde lo profundo. Su tiempo avanzaba pesadamente, como remando en una ciénaga. Sintió una tibieza que se abría paso, aliviando su vejiga y peleándole al frío, que se mezclaba con los vómitos, ya viejos y ácidos.

La cosa no daba para ilusionarse.

Hasta que en algún momento el temporal cesó. Ya la ruca se había mimetizado en aquella blancura silenciosa que totalizaba el lugar, contrastando con su tiniebla interior.

Entonces aparecieron los temblores. Primero en el extremo de los dedos, luego las manos, después todo el cuerpo. A medida que se extendían aumentaban de intensidad. El sudor que lo impregnaba olía a infinito.

Su cuerpo entero se agitó por las convulsiones. Cada una de ellas le hacía crujir los menguados huesos y le revolvía hasta el alma. Fue entonces que gritó. Un grito que mezclaba el miedo con la impotencia. Que le surgió de lo más hondo. Un grito que desgarró su adentro y se prolongó como buscando sacudir la quietud de la blancura. Un grito que rugía rencores contenidos, que era queja de deseos incumplidos, de pasiones sin respuestas, de vida que se desparramaba entre vómitos y orines.

Y entonces ellas aparecieron de la nada en una danza siniestra. Manchas de todos colores, como globos que se inflaban y desaparecían para dar lugar a otras que las sucedían de modo interminable. Las manchas lo envolvían, y cuando se acercaban se convertían en murciélagos, serpientes y arañas. Que aumentaban de tamaño mientras su cuerpo empequeñecía.

Al silencio roto por el grito le sucedió un murmullo sordo. Primero casi imperceptible que fue ganando en intensidad. Y a lo lejos, en la otra punta del lugar, distinguió una pequeña planta que iba creciendo. Y a medida que aumentaba de tamaño engrosaban sus ramas, manos sostenidas por brazos que se enroscaban. Que primero lo rodearon, después lo manosearon y se metieron en su adentro a través de su boca y de su culo. Alcanzaron su cerebro desgarrándolo. De los poros de su piel brotaba un líquido viscoso de color carbón que olía a churretera.

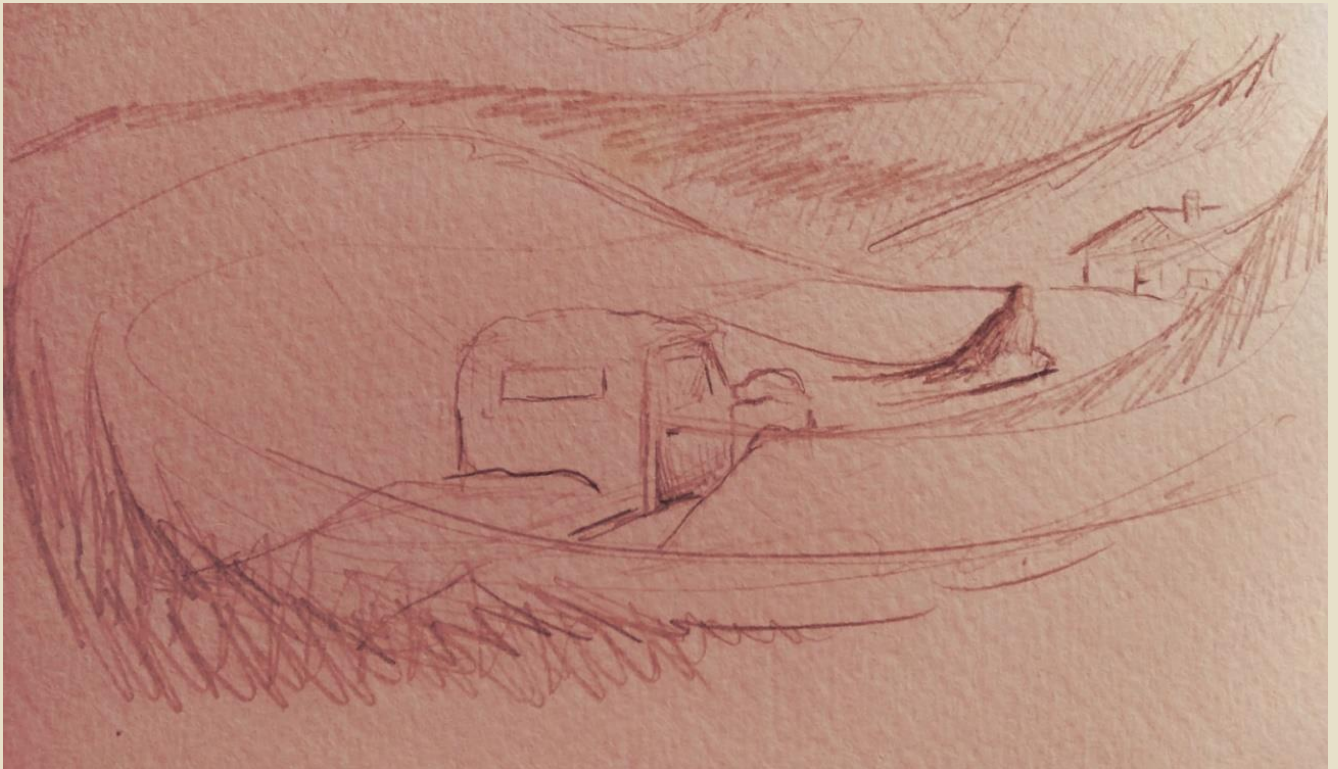
Las manos que lo envolvían fueron más. No pudo contra ellas. Todo era inútil.

Al final fue el abandono, y se enseñoreó la nada.

Cuando la máquina vial pasó, encontró al Guerrero ladeado, y en la ruca aledaña a don Antonio casi congelado. Su corazón apenas latía. Un rictus de abandono pincelaba su semblante.

Costó mucho el traslado hasta el Centro de Salud de Las Ovejas donde lo alojaron. Ni soñar con trasladarlo a Chos Malal. No daban los caminos nevados, no daba don Antonio con su cuerpo consumido. Necesitó dos semanas para reponerse.

Pero no le había llegado aún la hora. Le quedaba un último trecho, quizás el más difícil, por recorrer.



EL ULTIMO TRASLADO

El deterioro de la salud de don Antonio no tenía vuelta. Y no aceptaba ayuda de nadie. Sus amigos de siempre, ante su intemperancia, resolvieron actuar con energía. Para ello debían trasladarlo al hospital Bouquet Roldán, donde era director el Dr. Horacio Lores, uno de sus incondicionales.

Junto con otro de la banda, el Dr. Osvaldo Pellín, lo fueron a convencer. Nada menor la tarea. Para eso se llegaron al cuartito que ocupaba el resabiado galeno, en la pensión de Varvarco.

Don Antonio nunca quiso hacerse de casa. Merodeaba por camas de centros de salud, por catres de cuero vacuno en las rucas de las familias crianceras, por piezas de amigos y colegas, muchas veces en el asiento de alguna chata recorredora. Decía que teniendo poco se caminaba más liviano. Lo que no era poco teniendo en cuenta su cuerpo consumido y su cadera estropeada.

Hacía tiempo no se afeitaba, la ropa sucia se amontonaba en un rincón. Las moscas merodeaban los platos con restos de comida en la mesa, que también alojaba papeles revueltos y botellas vacías de ginebra.

- ¿Ustedes no pueden llevarme de prepo! Dicen que me quieren, pero no me hacen caso. Merezco más respeto.

El enojo de don Antonio esa vez se dirigía a dos de sus mejores amigos.

- Pero, don Antonio. Lo llevamos a internar en mi hospital hasta que se mejore. Y después vuelve y sigue trabajando.

- No te creo, Horacio. Y a vos Osvaldo, te digo que no me cabe que también estés en esto. ¡Hasta ustedes se me están dando vuelta ahora!

Los aventurados protectores se consultaban con la mirada ansiosos de encontrar el modo de convencer al resabiado. Titánica tarea, por cierto.

- ¿Y se puede saber dónde voy a seguir trabajando si me sacan de mi lugar?

Los reproches del galeno no daban para gritos dada su extrema debilidad, pero lo peor era su mirada que buscaba con desesperación por donde escapar. Tampoco le daba el físico para ello.

- Cuando mejore lo traemos acá de vuelta, don Antonio. Pero ahora tiene que dejarse ayudar. Si ni siquiera puede caminar.

- Además, los crianceros lo necesitan para que los acompañe en la veranada que viene. Y sus mocositos más aún. Y para eso tiene que mejorar. Si ni siquiera puede tenerse en pie.

La intervención de Osvaldo surtió - al fin - efecto.

- Si no hay otro remedio - con cansancio en el semblante la resignación se abrió paso entre el enojo -.

- ...

- Pero en cuanto mejore me traen de vuelta.

El remate gorgniano permitió que el dúo de incondicionales respirara aliviado.

Corría el año 1981. Lógicamente, no se hallaba en condiciones de trabajar. Menos aún a su estilo, que era el itinerante. Era famoso por ello. Los vecinos, en especial los pobladores rurales, lo recibían en sus ranchos con el mate en la mano y el corazón abierto. Los *mocositos* lo esperaban por todos lados con dibujos en sus cuadernos y afecto en sus sonrisas.

Pero todo ello era pasado. Para él ahora había que apechugar.

El traslado tan discutido se realizó inmediatamente. Sobre todo, para aprovechar el logro obtenido y antes de que el arrepentimiento destruyera aquel endeble consenso.

Desde entonces, nunca volvió a su Zona Norte neuquina, a la que llevó por siempre en su adentro. Que era su modo de quedarse.

LA SOBREVIDA CIUDADANA

Don Antonio vivió con sufrimiento el traslado a la capital provincial. Si bien acompañado en todo momento por su grupo de fieles amigos, varios de ellos colegas, otros pacientes. Es que irse de su lugar implicaba la distancia con sus vecinos, de sus ríos y montañas, de los amaneceres cordilleranos, de los crianceros de los parajes que eran el sentido de su existencia.

Su salud tan deteriorada le dificultaba la mínima actividad física. No obstante, su lucidez intelectual se expresaba, aunque fugazmente, en algunas situaciones de manera deslumbrante. Donde hubo fuego...

El trayecto a La Confluencia lo hizo en el auto personal del Dr. Horacio Lores, a quién acompañaban don Isidro Belver y don Julio Heffner, dos de sus vecinos más allegados. Apenas aceptó un par de mates y comenzó a vomitar. Su aspecto era calamitoso. Había perdido peso y su debilidad le impedía desplazarse. Necesitaba ingerir bebidas alcohólicas para frenar sus cuadros de abstinencia, pero inmediatamente se embriagaba, tal su poca resistencia. Su organismo estaba totalmente afectado y el pronóstico era ominoso. En consecuencia, el objetivo se limitaba a aminorar el sufrimiento en su último tiempo. Cosa nada fácil, por cierto.

Inicialmente quedó internado en el hospital Bouquet Roldán, cuyo Director era el Dr. Lores. Fue alojado en una pieza de pequeñas dimensiones originalmente destinada a enfermos infecciosos. Con baño, buena cama, un pequeño ropero y una biblioteca que contenía algunos libros de su preferencia. La presencia de amigos era constante. Se oponía a cualquier límite institucional, como era de suponer.

El aspecto médico quedó a cargo del servicio de clínica, ímproba tarea ya que se trataba de un paciente, para más colega, con patente de resabiado. Así, al grupo de camaradas del sistema sanitario se le sumaban los vecinos del norte neuquino que viajaban a la capital, a veces acompañados por algunos *mocositos*. En dichas oportunidades se levantaba el ánimo del enfermo sensiblemente.

Luego de varios meses de internación, se logró una discreta mejoría, siempre dentro de la gravedad de su enfermedad crónica. De común acuerdo se externó, y fue alojado en el domicilio de doña Salomé Argüello de Orellana, o en la del maestro Navarro, del núcleo de los incondicionales.

Los últimos tiempos de vida de don Antonio transcurrieron en dicho tono. Tiempos en los que sufrió dolores, físicos y de los otros. Su deterioro fue progresando y poco de él recordaba a aquel hombre entusiasta, tenaz y creativo que supo ser.

Su situación laboral hacía tiempo era compleja. Gozaba de licencia por enfermedad prolongada. La conducción política provincial lo sostenía, a pesar de las provocaciones que había sufrido de su parte. Su trayectoria médica y social lo ameritaba. Un signo no menor del valor de su tarea.

EL PODER DE DON HORACIO

- ¿Por qué no te dejás de joderme la vida? Ya bastante tengo con mi pata, que cada día me duele más.

- Pero, don Antonio. ¿No se da cuenta que alguien tiene que cobrar su sueldo?

El tono de voz del Dr. Horacio Lores, siempre pausado y sereno, iba aflojando de a poco la habitual intolerancia de don Antonio.

- No necesito plata para nada. Me la paso internado en el hospital, y el poco tiempo que zafo de nuestros colegas tengo la casa de mi querida Salomé.

Doña Salomé Argüello de Orellana se había convertido en la protectora de don Antonio, y no solamente por hospedarlo en su domicilio. Le guardaba cariño y lo admiraba por su tarea social.

- Pero doctor, por favor. Piense que tiene que comer, vestirse, colaborar con doña Salomé.

- Ojalá me dejara hacerlo. Pero es más terca que yo, y es mucho decir. No me deja ayudarla en nada.

- No puede quedarse sin dinero para cualquier necesidad.

- La razón que tenía para usar dinero era mis vecinos y mis mocositos de la Zona Norte. Y desde que me obligaron a dejar mi lugar ya no los tengo.

Por cierto, que don Antonio fue trasladado en contra de su voluntad a la capital de la provincia para intentar cuidar de su ya muy deteriorada salud. Casi no podía deambular, se agitaba al menor esfuerzo, su hígado casi no funcionaba probablemente debido a su alcoholismo crónico, y había perdido mucho peso. Para peor, si bien nunca había sido un dechado de amabilidad su situación lo irritaba en grado sumo.

- Hagamos una cosa. Usted me firma el poder, yo cobro su sueldo y una parte se lo mandamos a don Julio, su amigo, para que lo distribuya a sus mocositos.

- De acuerdo. Hablando se entiende la gente.

DESCENDIENDO LA CUESTA

El deterioro de la salud de don Antonio se desparramó. Se levantaba a duras penas. En ocasiones, y a su pesar, debía pedir ayuda. Le costaba comer. A veces solo ingería algún caldo, otras veces optaba por el rechazo liso y llano.

Sufría en extremo la limitación de bebidas alcohólicas, cuando estaba internado en el hospital. Entonces los temblores, sudores y las crisis de ansiedad se sucedían a pesar de la medicación instituida. Las pocas veces que podía burlar la vigilancia se embriagaba con muy poco.

Casi todos los días tenía compañía. A veces amigos y vecinos de los pagos norteños, o colegas del grupo de los incondicionales, otras veces eran integrantes del plantel de Salud Pública, en general jóvenes atraídos por el mito de su persona y trayectoria.

Cuando no estaba hospitalizado lo acogían sus amigos ciudadanos que se esmeraban en cuidarlo. Conservaba su estilo huraño y con frecuencia se enojaba consigo mismo por sus limitaciones. Añoraba sus montañas, piedras y arroyos, las visitas a los parajes, las conversas con los vecinos, incluso aquellas habituales reyertas con funcionarios y personas del poder. Se le iluminaba el rostro y retornaba la sonrisa a su semblante cuando de la mano de sus padres aparecía alguno de los *mocositos*. Para dichas ocasiones tenía reservados libros, cuadernos y revistas que distribuía con genuina alegría.

Lo del sueño era todo un tema. Le costaba horrores. En realidad, el insomnio lo había acompañado toda la vida, pero acostumbraba aprovecharlo para leer o escribir. Pero ya su visión y lucidez se incluían en el deterioro general. No obstante, ocasionalmente aparecían chispazos que recordaban su antigua plenitud.

Como no podía leer los acompañantes suplían la carencia con los diarios, cuentos o poesías de sus autores preferidos. En aquellas noches daba vueltas en su cama una y otra vez. A veces se sentaba en el pasillo y contemplaba pensativo el cielo estrellado.

Detrás de las interferencias alcanzaba a escuchar los tangos y cuecas con que pretendía entretener su ocaso de mano de su vieja radio portátil Spica. De modo llamativo se aliviaba cuando llovía y sobre todo cuando nevaba... Cuando finalmente podía sumergirse en las tinieblas habitualmente aparecían pesadillas. Otras veces, sin embargo, era el momento del recuerdo de los seres del afecto. Los amados y los otros. Emergía entonces la figura autoritaria de su padre, la incondicionalidad afectiva de su madre, la lejanía de sus hermanos. Los diálogos sobre autores y libros con la guía de su referente

de la niñez, el doctor José Rosenbaum. O los entreveros para la redacción de algún artículo para el periódico Tierra y Libertad con don Ignacio Andreu, los que indefectiblemente desembocaban en una reñida partida de ajedrez. También aparecían las peleas con los docentes de todos los niveles del saber por los que transitó. O sus recorridos conociendo mundo, con el deleite de aquellos anocheceres en la popa del buque ensimismado en sus viajes internos.

La imagen de su amada nórdica, con la frescura de su sonrisa, le permitía revivir la felicidad de sus encuentros amorosos, así como su soledad desde que la vida los separó.

El tiempo del descubrir cuando niño su Cordillera del Viento en el norte neuquino, y su retorno, años después concretando aquel sueño largamente acariciado. Y con ello el vínculo con las familias crianceras, las contadas en los fogones.

O las controversias, en ocasiones temibles, con algunos funcionarios. Aunque también la comprensión de otros que le facilitaron, más allá de sus enojos, la participación en un proyecto sanitario con matices de utopía, bien a su estilo. Y entonces, las figuras de don Felipe, con su modo campechano, del doctor Del Vas con su lucidez, así como la enjundia del doctor Perrone y la doctora Moreno.

Sus compañeros y grandes amigos, Gallo, Lores, Belver, Figueroa, Kurchan, entre muchos otros. O doña Irma Colombino, la maestra que lo acompañó en su épico viaje a Buenos Aires con los niños de Las Ovejas. La familia Arin, que lo acogió en su hogar tantas veces, con sus pequeñas Doris y Lucía, las “*mecánicas*” - por usar enteritos símil fierreros -. Doña Salomé Argüello, paradigma de amistad leal. Y sobre todo los *mocositos*, sus *añorados mocositos*, que lo sostenían en su esperanza de reencuentro.

Para ese entonces le restaba muy poco hilo en el carretel de la vida.

MANOS SOBRE MANOS

El día anterior don Antonio se había sentido sofocado con mayor frecuencia que lo habitual. En los últimos tiempos la disminución de peso se acentuó y su abdomen estaba hinchado. Los temblores no lo abandonaban, y se sucedían las crisis de convulsiones a pesar de la dedicación del equipo tratante.

Sabía que la vida se escapaba a pasos agigantados y la lejanía de su gente del norte de la provincia lo hundía en la soledad. Rememoraba sus felices tiempos en los parajes cordilleranos, su compartir historias y búsquedas, su acompañar proyectos.

Los cambios de postura se sucedían en la vieja cama del hospital que lo acogía. Buscaba relajarse y pudo al fin conseguirlo gracias a un somnífero que había manoteado en la sala de enfermeros. Era un sucedáneo de la clásica ginebra que lo acompañara tantos años. Pero en la internación era imposible obtenerla.

La lluvia se escuchaba ya muy lejana y de a poco fue ingresando en un sopor extraño. Vagando en la penumbra de pronto accedió a un sitio conocido en tanto que una corriente cálida invadía su interior. Allí observó un banco y a su querido don Ignacio, el viejo luthier anarquista que le cebaba un mate. Enjuto y grave como siempre, con su vieja chaqueta descolorida y su inseparable boina colorada. Al lado su bicicleta apoyada en el árbol de siempre. Enfrente aquel portero de entonces cerraba las puertas de la Biblioteca del Maestro. La noche se cernía en la plaza otoñal.

Las miradas brillosas se buscaron hasta encontrarse. Sus reflejos contaban de largos caminos recorridos. De pequeños logros poco conocidos, de contrastes nunca suficientes para detenerlos, de tiempos y ausencias dolorosas, de anhelos compartidos.

Y fue entonces que sucedió aquel abrazo. Mejilla contra mejilla, los pechos se fundieron. Y se desparramó el llanto. Que tenía el gusto a la distancia y tiempo transcurrido y a la alegría del encuentro.

Aquel su banco los acogió en su mansedumbre. Los amargos se sucedieron a ritmo pausado. El silencio se había apoderado del lugar y del momento. Las manos se encontraron y sostuvieron unas con otras. Sobraban las palabras. El olor a paz del otoño expulsó el dolor del semblante de don Antonio. Al fin llegaba el tiempo de la brisa que mecía la esperanza.

Las sombras iniciaron de a poco su retirada. En aquel momento los amigos se levantaron y comenzaron a caminar rumbo a Callao, tomados por los hombros.

Aquel viejo tomo de La Guerra y la Paz descansaba en el bolsito que llevaba don Antonio acompañando a sus historias.

El crujir de las pisadas se fue apagando al igual que las figuras que se fueron perdiendo en la penumbra del amanecer.

BIOGRAFIA ANTONIO GORGNI

Nace 1914. Muere en 1983.

Familia social y económicamente bien posicionada de Bahía Blanca. Una hermana monja. Habría recibido apoyo económico hasta su madurez.

Distocia de cadera en relación con tuberculosis ósea.

Egresó como médico en la Universidad Nacional de Buenos Aires el 20 octubre 1948. Medalla de oro.

Trabaja en la Marina Sueca. Naviera Johansen Line.

1958-1962. Provincialización Neuquén. Gobierna la UCRI. Don Ángel Edelman y don Alfredo Asmar.

1959. Ingresa a Neuquén. Contratado por Dirección General de Salud. Director Hospital de San Martín de los Andes.

Director Gral. Salud: Dr. Gervasoni.

1960. Médico Chos Malal; Junín de los Andes; Villa la Angostura. Habilita Puesto de Salud de Andacollo.

1962-1963. Gral. Juan C. Onganía en Nación. Don Rodolfo Rosauer en Neuquén. Es designado como Intendente de Andacollo.

1963. Médico Loncopué y Andacollo.

1964. Habilita Puesto de Salud Las Ovejas. Trabaja junto a él como Enfermera la Sra. Marta Navarrete.

Beca OEA Educación para el Desarrollo en México.

1965. Cooperativas de Agua Potable de Loncopué, Las Lajas y El Huecú.

1968. Viaja a Buenos Aires con la maestra doña Irma Colombino y 24 chicos de Las Ovejas.

1970. Don Felipe Sapag de Gobernador. Coordinador del Programa de Salud Rural Provincial. Asesor del Ministro Dr. Antonio del Vas para el Plan de Salud armado por el Dr. Néstor Perrone y la Dra. Elsa Moreno

Plan de Salud Rural. Ingresan 12 médicos en Zona Norte.

1970. Fundación escuelas rurales en Butalón Norte, Manzano Amargo y Rahueco.

1972 Fundación Escuela Secundaria de Andacollo. Fundación Escuela Rural Chihuidos Sur. Relación fuerte con tres amigos: maestros: Navarro, Heffner y Belver.

Habilita Puesto Sanitario Varvarco.

Conflicto con políticos de la región.

1976. Proceso Militar. Inicialmente Gral. Eduardo Contreras Santillán y Gral. José Martínez Waldner.

1976. Lo trasladan a Neuquén. Internaciones reiteradas.

1978-1983. Gral. Manuel Trimarco Gobernador. Ministro Salud Dr. Héctor Jorge. Subsecretario Salud Dr. Jorge Otonello.

Apoyo de las familias de la Sra. Salomé Arguello de Orellana y del maestro don José Navarro.

1982. Jubilación.

1983. Fallece.

AGRADECIMIENTOS:

Horacio Lores	Enrique Olarte
Rogelio Figueroa	Beatriz Heffner
Isidro Belver	Doris Arin
Elsa Álvarez	Rafael Urretabizkaya
Adelia Harilao	Coby Vross
Fernando Leonfanti	Pablo Bestard
Martín Sapag	Antonio Arrúe
Josefina Arrúe	Dibujos de Ana Luz y Suyai Ancina

Y a los vecinos del Norte Neuquino, muchos de los cuales no dispongo de sus nombres, adeptos y críticos al protagonista, que me relataron historias.

APUNTES DEL AUTOR

Mi primer encuentro con don Antonio fue en el hospital de Junín de los Andes, promediando la década del setenta. Recién había arribado a la provincia y casi todo me era desconocido. Se hallaba conversando en un pasillo con el doctor Alfredo Honsberg, quién era el médico más antiguo del lugar. Ignoraba todo de él y en la oportunidad ni siquiera alcancé a saludarlo.

Hubiera pasado desapercibido a no ser por doña Olga Matus, cocinera del hospital, quién me señaló que debía presentarme pues era un médico muy reconocido de la zona norte de la provincia. Típico de doña Olga, que era persona muy considerada. Cuando terminé la consulta intenté ubicarlo, pero ya se había ido.

Posteriormente a través de compañeros del sistema sanitario registré la polémica que suscitaba tanto su persona como su tarea.

Una circunstancia fortuita me permitió un acercamiento territorial al personaje y su contexto, al tener que cubrir un reemplazo en el hospital de Chos Malal, cabecera de la Zona Norte, durante un par de meses en el año 1977. Escuchando a los pobladores del lugar tomé conciencia de la obra y perfil personal de don Antonio. Las familias de los parajes, en general dedicadas a la cría de chivos y ovejas, lo admiraban y querían. Me llamó la atención la adhesión de los niños, cosa no habitual tratándose de un médico. En cambio, los vecinos vinculados al poder, incluidos unos cuantos colegas, lo destrataban, por decirlo de algún modo.

El único encuentro con todas las de la ley que sostuve con él fue en las postrimerías de su vida. Había ido a Neuquén acompañando a un paciente derivado del hospital de San Martín de los Andes. Se encontraba internado en el hospital Bouquet Roldán. Sabía que estaba mal de salud, y decidí visitarlo pese a que no me conocía. Ya para ese entonces admiraba su obra. Además, estaba prevenido de algún potencial rechazo debido a su carácter resabiado.

El médico de guardia me facilitó la entrevista. En un rincón del establecimiento, una pequeña pieza, discreta iluminación, libros diseminados, lo encontré concentrado en su cuaderno de notas. Pude registrar en él un fuerte deterioro físico, pero también lucidez intelectual y perfil actitudinal solidario. Al enterarse que había transitado por los lugares norteños me acribilló con preguntas por personas y situaciones de todo tipo, muchas sin respuestas - por desconocimiento - de mi parte.

Pude así disfrutar de un diálogo prolongado. Se sucedieron anécdotas de todo tipo, ocurridos y ocurrencias. Algunas giraban sobre el tema sanitario, pero muchas sobre la cuestión social, histórica y geográfica. Transcurrieron velozmente las horas y me retiré cuando le trajeron la cena.

Cuando me despedí me instó a un abrazo. Su calidez me ganó. Nada que ver con mi prevención inicial. Intuí que no volvería a verlo. Agradecí haberlo encontrado en un lapso lúcido.

La noticia de su muerte, si bien no me sorprendió, me dolió profundamente. Lamenté no haberlo conocido más. Ya para entonces sentía la necesidad de difundir su historia. Fácil hablar de enfoques integrales de salud. Lo difícil es llevarlo a la práctica. Y entendí que su trayectoria era un ejemplo vivo de ello.

Y acá apareció la otra cuestión. Mi historia con esa historia. Que data de ese entonces y que sufrió idas y vueltas, en sintonía con el protagonista.

Mi intención inicial era hablar de su trabajo. Pero hacerlo sin referirme a su persona era imposible. Cabía, pues, una narración biográfica. Inicié entonces una búsqueda de datos de su vida. Aproveché las recorridas periódicas - una semana por mes durante algunos años - por la zona norte y me lancé a la épica literaria. Pronto me desayuné que mi registro se limitaba al tiempo - lapso intenso, por cierto - en que don Antonio transitó el suelo neuquino.

Como corresponde a un personaje de su característica, y atendiendo a mi modo de construir historias, escuchaba los sucedidos y sus diversos narradores una y otra vez. Cada uno con su versión. Algunas bastante disímiles. Y no encontré los documentos que “certificaran” los hechos. Escuché muchas veces versiones de unas famosas cajas que contenían sus escritos. Pero habían desaparecido misteriosamente. Pronto abandoné la idea de la exigencia inicial, de narrar la “*historia*” verdadera. Es que don Antonio y sus sucedidos se habían convertido en un mito. Para los que lo querían y para los de la otra vereda.

Y tampoco creo haber escapado a ello. Nunca seré un historiador como la gente. Y ya que estaba en el baile... Acepté que mi “*historia*” de Gorgni sería la que se construyera desde los relatos de mis entrevistados, más allá de documentos no encontrados. Y así, ante varios registros de algún sucedido, elegía alguno atraído por la razón que fuera. A veces por la historia en sí, otras por el narrador que la enunciaba, otras por mi intuición, y así. En alguna oportunidad mi elección surgió de un cara o cruz. Como vemos me aparté de la rigurosidad técnica, que nunca fue mi fuerte. Y como por agregado

ignoraba tramos importantes de su vida, con toda impertinencia decidí crearla, sobre todo en las etapas de su niñez y juventud. Como no soy demasiado imaginativo, más de una situación refleja episodios de mi propio acontecer.

Eso sí, estoy convencido que desde las nubes o desde las llamas, don Antonio aprobó mi estilo.

Quisiera ahora hablar de los narradores. En mis recorridas me encontraba con vecinos que habían sido los “*mocositos*” de don Antonio, o los crianceros de los parajes. Como lo dije, eran los de su palo. Y muchos, por cierto. Algunos de esos nombres aparecen en la narración. Otros se perdieron. Que aportaban las diferentes versiones a los que hice mención. Las versiones, a veces en competición, estaban enmarcadas por el recuerdo cariñoso, y pobladas de matices que los diferenciaban.

El eje “formal” de la historia neuquina de don Antonio surgió de algunos referentes, todos del grupo de sus incondicionales:

- Don Rogelio Figueroa, prócer del norte neuquino y paladín de la forestación regional, que lo acompañó en sus años mozos. A él llegué gracias a la ayuda que me brindó mi colega Elsa Álvarez que siendo médica de Huinganco generosamente armó el encuentro.

- Don Isidro Belver, otro prócer norteño, maestro de maestros, historiador de aquellos, que me proporcionó un material invalorable y aliento imprescindible. Incluyendo un itinerario biográfico escrito por el propio don Antonio.

- Doctor Horacio Lores, pilar del sistema sanitario neuquino. Me proporcionó la semblanza central institucional.

- Doctor Enrique Olarte, que me traspasó un legado que don Antonio depositó en sus propias manos. Mapas, cuaderno de notas, croquis diversos, en los que detallaba con precisión datos geográficos, proyectos a desarrollar y panoramas relacionales individuales, familiares e institucionales de un modo tan minucioso como admirable.

La perspectiva menos formal, enriquecida por los decires de cada informante se fue construyendo con los vecinos en mis recorridas por el territorio.

No puedo ni quiero dejar de mencionar - y agradecer- los aportes de los críticos de la tarea de don Antonio. Sabedores de mi intención literaria, accedieron al diálogo, proporcionaron sus versiones, pero me pidieron reserva de identidad.

En ellos incluyo en primer lugar a los colegas que no acordaban con su perfil médico “*disperso*” que lo apartaba de lo que entendían debía ser la tarea sanitaria. También los que planteaban que le faltaba idoneidad científica.

Otros cuestionadores eran referentes políticos, y aclaro, pertenecientes a diversas corrientes ideológicas. También sumo a esta franja a algunos estancieros y caracterizados comerciantes.

Las acusaciones habituales del conjunto aludían a la limitación que devenía de su fuerte afición a las bebidas alcohólicas, que comprometían su accionar médico a más de su salud. Ni qué hablar del impacto en su conducta, que muchas veces inspiraba rechazo y hasta temor. Don Antonio era lo que se dice un tremendo resabiado y en ocasiones se tornaba agresivo.

También estaban los que lo acusaban de homosexual, fundados en que no se le conocía pareja. Ubiquémonos en el tiempo y la sociedad patriarcal por la que transitó. Un par de vecinos prominentes pegaron más fuerte y lo tildaron de pedófilo, quizás inspirados por el vínculo de afecto que construía con sus “*mocositos*”.

Infructuosamente indagué buscando alguna denuncia formal.

Lo cierto es que, impactado por ello, mis apuntes gorgnianos pasaron a hibernar en el arcón de las intenciones. Había caído en lo que ahora entiendo un falso dilema. En tanto escribí libros de antropología médica, de cuentos y alguna novela. Y así hasta que en un taller de redacción al que concurría, Gustavo Santos, que lo coordinaba, me pidió que contara de alguna propuesta en mente. Y saltó - en calidad de desechado - el proyecto de marras. La respuesta grupal fue unánime en cuestionarme el abandono. Se habían entusiasmado con la complejidad del protagonista.

Comprendí mi confusión. Un autor no tiene porqué ser juez, ni fiscal ni defensor. Y un protagonista no es sinónimo de ángel ni demonio. Es suficiente con que sea protagonista.

Por si todo fuera poco, ya había dado por terminada la redacción de la obra, cuando mágicamente me informan que el Archivo Histórico Provincial había comenzado a digitalizar cuarenta y siete cajas de material escrito producido por don Antonio.

Ante la disyuntiva concreta decidí, previa consulta con don Isidro Belver, historiador y amigo del protagonista de mi narración, no dar marcha atrás con lo producido. En síntesis, renuncio a ser su biógrafo formal.

De última, cada uno tiene, de los personajes complejos y de los que no lo son, su propia versión. Más allá de los documentos. Empezando y terminando por cada lector. Y sin duda por cada autor.

Si no fuera así, no existiría la subjetividad. Que es parte fuerte de la vida.

Wille Arrúe.
